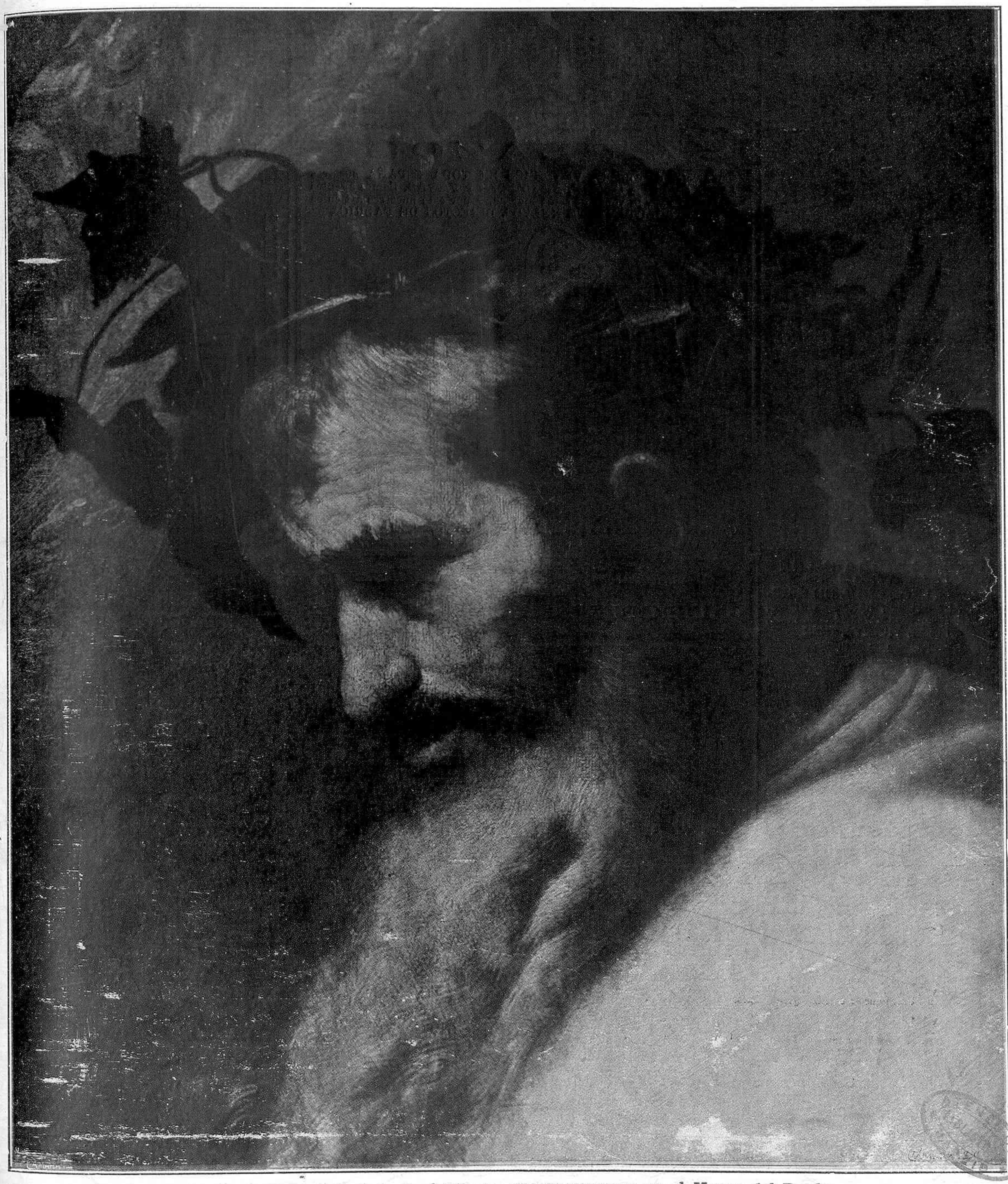
La Esfera

19 AGO 1922

Año IX • Núm. 450

Precio: Una peseta



BACO, cuadro original de José Ribera, que se conserva en el Museo del Prado

(c) Ministerio de Cultura 2006

"LA CANASTILLA"

Especialidad en ropa de niños :: Ropa blanca :: Equipos para novia :: Camisería :: Géneros de punto

RUPERTO GONZALEZ

Fuencarral, 16, é Infantas, 2.—Madrid

¡Oh, PECA-CURA! Yo te saludo.
Honrando á España, te coronamos;
pues lo castizo de la española
lograron sólo Cortés Hermanos.

Jabón, 1,50.— Crema, 2,50.— Polvos, 2,50.— Agua cutánea, 5,50.— Agua de Colonia, 3,50, 6, 10 y 16 pesetas, según frasco.— Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES

Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICO, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3.—Polvos, 4.—Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).

Terraza-Restaurant

LA PLAYA

El mejor sitio de Gijón * Gran Café * Sobre la misma playa

Gregorio Martín del Río

PROPIETARIO

CONSERVAS TREVIJANO

LOGROÑO

A PLAZOS

con precios de contado, VENDEMOS EN TODA ESPAÑA nuestros Aparatos y Discos **ODEON, FONOTIPIA** y **FADAS.** Somos agentes exclusivos para la venta de estas marcas, y por esto nuestros artículos son ABSOLUTAMENTE NUEVOS, DIRECTOS DE FABRICA

Confíe usted sus compras á la honorabilidad de esta antigua Casa, donde podrá elegir libremente su Aparato y Discos de los Catálogos **ODEON, FONOTIPIA** y **FADAS,** en los que encontrará el más extenso y selecto repertorio y por los artistas más afamados.

Pida usted Catálogos y condiciones de las VENTAS A PLAZOS, dirigiéndose á

ODEON, Preciados, 1, Madrid

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.

De venta en todas las farmacias y droguerias.

Lea Ud. hoy LA NOVELA SEMANAL

Para toda la publicidad extranjera en "La Esfera" y "Mundo Gráfico", dirigirse á la Agencia **Havas.** Paris: 62, rue de Richelieu. Londres: 6, Bream's Buildings, Chancery Lane. London. E. C. 4.

MONDARIZ

Prov.ª Pontevedra (Galicia)

LA SUIZA ESPAÑOLA

AGUAS BICARBONATADO-SÓDICAS

Gran Hotel del establecimiento

BALNEARIO á cargo

Messrs. Baer y García

(Invierno en Tenerife. Gran Hotel Taoro)

Suntuoso edificio. 300 habitaciones y salones. *Confort* moderno. Esmerado servicio. Cuisine soignée. Delicioso sitio de verano. Término medio de pensión completa y habitación, 21 pesetas. Servicio automóviles con las estaciones de Salvatierra y Porriño.

BELLEZA

PARÍS Y BERLÍN
Grand prix et Medailles d'Or

No dejarse engañar y exijan siempre esta marca y nombre BELLEZA (Registrados)

DEPILATORIO BELLEZA Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raiz, por fuerte que sea, el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis, por delicado que sea. Resultados rápidos, prácticos y sin molestia ninguna. Unico que ha obtenido gran premio.

Es el ideal RHUM BELLEZA Fuera canas

A base de nogal. Basta unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas,* devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una ó dos veces por semana, se evitan los *cabellos* blancos; pues, *sin teñirlos,* les da vida y color. Es inofensivo. Cura el herpes y la caspa. No mancha, no ensucia, ni engrasa. Se usa lo mismo que el *ron quina.*

CREMAS marca BELLEZA *(liquida ó en pasta espumilla).* Blancura, hermosura y conservación del cutis, sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas é inofensivas (blanca ó rosada).

LOCION BELLEZA Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las *arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc.* Completamente inofensivo. Deleitoso perfume.

TINTURAS WINTER Marca Belleza. Basta una sola aplicación para teñir en el acto las *canas.* Sirven para el *cabello, barba* y *bigote.* Se preparan para *castaño claro, castaño obscuro* y *negro.* Dan colores tan naturales é inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

POLVOS BELLEZA (selectos é higiénicos) Por su calidad superfina, distinguido perfume y adherencia al cutis, son los mejores que existen. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

De venta en perfumerías de España, América y Portugal.—En Canarias, droguerías de A. Espinosa.—En Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139. **En Lisboa,** Perfumaria da Moda, rua de Carmo, 7.—**En Habana,** droguería de **Sarrá.—FABRICANTES: Argenté, Costa y Cía., Badalona (España).**

(c) Ministerio de Cultura 2006

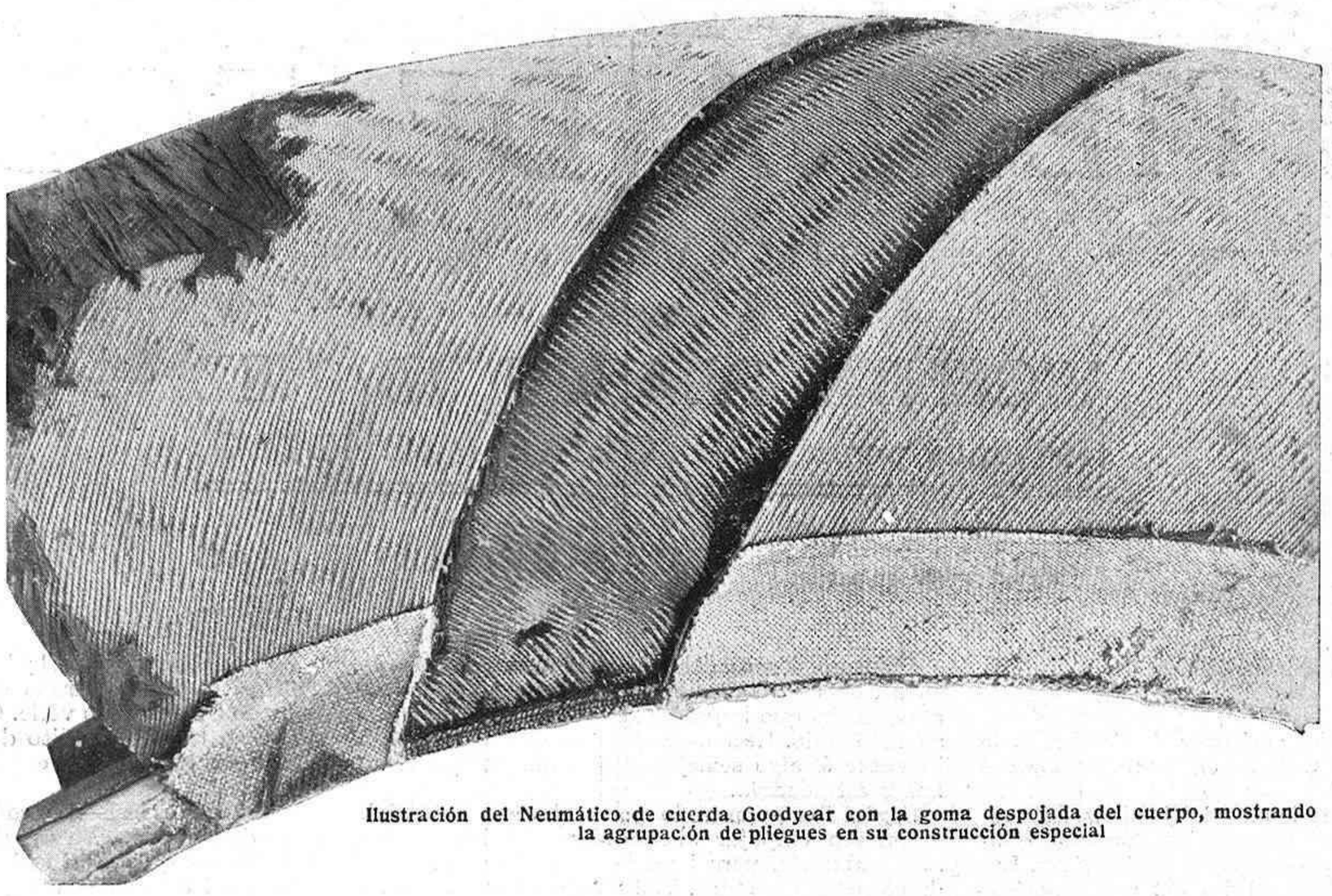


Ilustración del Neumático de cuerda Goodyear con la goma despojada del cuerpo, mostrando la agrupación de pliegues en su construcción especial

SU CONSTRUCCIÓN LOS CONSERVA FRESCOS

El método empleado por la Casa Goodyear en la fabricación de los neumáticos de cuerda es de colocar las cuerdas en líneas paralelas y las capas en grupos en vez de sencillas.

Este sistema tiene la ventaja que permite que cada cuerda se cubra completamente de goma, lo que la proteje enteramente de toda fricción con sus vecinas. Por consiguiente, hay menos calor y menos gasto.

Este baño en caucho líquido, junto con la ausencia del entretejimiento de las cuerdas y la construcción, capa sobre capa, ha dado los mejores resultados. Conserva á los neumáticos de cuerda más frescos cuando están en uso é impide que se rompan las cuerdas. En resumen, el neumático entero tiene más resistencia y dura mucho más tiempo.

Usando los neumáticos Goodyear también se desconocen ciertas clases de percances que tienen los neumáticos, llamados comunmente «Rotura de las cuerdas», porque los golpes del camino tienen muy poco efecto sobre las cuerdas cubiertas de goma muy elástica.

Los neumáticos de cuerda Goodyear se fabrican en dimensiones métricas y americanas, con y sin pestaña.

NEUMATICOS DE CUERDA

GOODYEAR

EL NEUMATICO GARANTÍA

(c) Ministerio de Cultura 2006

A

LA TIERRA DE TODOS

NOVELA

DE

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

(Publicada por la EDITORIAL PROMETEO)

ILUSTRACIONES DE FEDERICO RIBAS

(CONTINUACIÓN) XIII

pimientos de la Rioja, aceitunas de Sevilla, todo venido, á través del Océano, en botes metálicos ó cubiletes de madera.

Lo más extraordinario eran las bebidas. Sólo algunos *gringos* procedentes de los llamados «países latinos» buscaban las botellas de vino tinto. Los demás, especialmente los hijos del país, consideraban los líquidos de color de sangre como una bebida ordinaria, apreciando la claridad y el tono blanco de los vinos como signo de aristocracia. Resonaban continuamente los taponazos del champaña. Algunos bebían el vino espumoso como si fuese agua del río.

—Esto es caro en Europa—decía un ruso de pelo

largo y grasiento—; pero aquí, ¡con la diferencia del cambio!...

Moreno, hombre de orden, consideraba con inquietud la sed creciente de los invitados. Al mismo tiempo hacía recomendaciones de parquedad y prudencia en el servicio al entusiasta Friterini con palabras deslizadas al paso y misteriosos ademanes.

«¡Con tal que alcancen los pesos de Canterac! —pensaba—Empiezo á creer que no tendremos bastante para pagarlo todo.»

Mientras tanto, el ingeniero francés avanzaba entre los árboles con Elena ó se detenía para mostrarle los ejemplares más corpulentos.

—Esto no es el parque de Versalles, bella marquesa—dijo, imitando los ademanes galantes de otros siglos—; pero representa, á pesar de su modestia, el gran interés que tiene un hombre en serle agradable.

Pirovani, fingiéndose distraído, iba detrás de ellos á cierta distancia. Le era imposible ocultar el despecho que le producía esta fiesta ideada por su adversario. Reconocía que nunca hubiera sabido inventar él algo semejante. ¡Lo mucho que sirve haber estudiado!...

Según iba avanzando por el bosque artificial, procuraba empujar disimuladamente los árboles más próximos, para hacerlos caer. Pero este mal deseo resultaba inútil. Todos se mantenían firmes. Aquel imbécil de Moreno había hecho bien las cosas al ayudar á Canterac.

Sintió frío en sus extremidades y que toda la sangre se le agolpaba al corazón viendo cómo se ocultaba la pareja en un tupido cenador de ramaje, al final de una avenida. Era el famoso «santuario» del oficinista.

—La reina puede sentarse en su trono—dijo Canterac.

Y mostró á Elena un banco rústico rematado por una especie de doselete hecho con guirnaldas de follaje y flores de papel.

Excitado el francés por la soledad, habló con gran vehemencia de su amor y de los grandes sacrificios que estaba dispuesto á hacer por Elena. Muchas veces había dicho lo mismo; pero ahora estaban solos y aquella fiesta parecía haber aumentado su agresividad pasional.

Ella, que se había sentado en el banco rústico, teniendo cerca al ingeniero, mostró cierta inquietud, aunque sin perder por esto su sonrisa tentadora. Canterac le cogió ambas manos é inmediatamente quiso besarla en la boca. Como la Torrebianca esperaba la agresión, se defendió á tiempo, haciendo esfuerzos por repelerle.

Se hallaban en esta lucha, cuando apareció el contratista en la entrada del cenador. Pero ninguno de los dos pudo verle. Canterac seguía ocupado en su tenaz propósito de besarla; y ella, olvidando sus remilgos de coqueta, lo repelía violentamente.

—Esto no es leal—dijo con voz jadeante—. Debo estar despeinada... Va usted á romper mi sombrero... ¡Estese quieto! Si insiste usted, le abandono.

Vióse al fin obligada á defenderse con tal brusquedad, que Pirovani creyó llegado el momento de intervenir, avanzando resueltamente dentro del cenador. El ingeniero, al verle, abandonó á Elena, poniéndose de pie, mientras la mujer reparaba el desorden de su peinado y sus ropas. Los dos hombres se miraron fijamente, y el italiano consideró necesario hablar.

—Muestra usted mucha prisa—dijo con ironía—en cobrarse los gastos de su fiesta.

Resultaba tan inaudito para Canterac que un simple contratista se atreviese á insultarle allí mismo, en el costoso parque inventado por él, que permaneció algunos momentos sin poder hablar. Luego, su cólera de hombre autoritario estalló en fría llamarada.

—¿Con qué derecho me habla usted?... Debí abstenerme de invitar á un emigrante sin educación, que ha hecho su dinero nadie sabe cómo.

Se enfureció Pirovani, pero con una cólera ardiente, al recibir tal insulto en presencia de Elena. Y como su violencia de sanguíneo necesitaba pasar á la acción, por toda respuesta se arrojó sobre el ingeniero, abofeteándole. Inmediatamente los dos hombres se agarraron, luchando á brazo partido, mientras la Torrebianca, perdida la serenidad, empezaba á dar voces de espanto.

Acudieron los invitados, siendo de los primeros en presentarse Robledo y Watson, cada cual por un lado distinto. El ingeniero y el contratista, estrechamente agarrados, rodaban por el suelo, derribando gran parte del «santuario de verdura».

Pirovani, más carnudo y vigoroso que Canterac, lo sofocaba con su peso. La cólera le hacía olvidar todo lo que sabía de español, y lanzaba blasfemias en italiano, aludiendo á la Virgen y á la mayor parte de los habitantes del cielo. Además, pedía á los que intentaban separarlos que le dejasen comerse tranquilamente los hígados de su rival. Había vuelto en unos segundos á los años de su adolescencia, cuando se aporreaba con los compañeros de pobreza en alguna *trattoria* del puerto de Génova.

A fuerza de tirones y algún que otro puñetazo, varios hombres de buena voluntad consiguieron separar á sus dos jefes. Watson, despreciando á los combatientes, había corrido hacia la marquesa, colocándose delante de ella en actitud defensiva, como si le amenazase algún peligro.

Robledo miró á los dos adversarios. Contenido cada uno de ellos por un grupo, se insultaban de lejos, con los ojos inyectados de sangre y la lengua estropajosa. Ambos habían olvidado de repente el español, y cada uno barboteaba las peores palabras de su respectivo idioma.

Luego contempló á la marquesa de Torrebianca, que suspiraba como una niña, apoyándose en Watson.

«¡Sólo nos faltaba semejante escándalo!—se dijo—Temo que alguien va á morir por culpa de esta mujer.»

XIII

Acabaron su cena silenciosamente Watson y Robledo, preocupados por lo que había ocurrido horas antes en el parque inventado por Canterac.

Un obstáculo invencible parecía haberse levantado entre los dos. Watson tenía el rostro sombrío y evitaba mirar á Robledo. Este, al poner de vez en

(c) Ministerio de Cultura 2006

cuando los ojos en su asociado, sonreía con una expresión amarga. Pensaba en Elena, dominadora y malvada, que tal vez había aconsejado á Ricardo contra él.

Se levantó el joven de la mesa, saludando con algunas palabras confusas, y tomó el sombrero para salir.

—Va á verla—se dijo el español—. Ya no vive tranquilo si no está á su lado.

En la calle central encontró Watson muchos grupos discutiendo acaloradamente. Los rectángulos rojos que proyectaban sobre el suelo las puertas del boliche eran eclipsados con frecuencia por las sombras de los que entraban y salían. Adivinó que todos disputaban sobre lo ocurrido aquella tarde, tomando partido por el ingeniero ó por el contratista.

Al llegar á la casa de Elena salió á recibirle Sebastiana en lo alto de la escalinata. La mestiza también se mostraba preocupada por los sucesos de la tarde.

Miró á Ricardo con severidad, pensando sin duda en la niña de la estancia. ¡Ay, los hombres! Hasta este *gringo* que ella creía buenazo resultaba tan perverso como los otros.

Pasó adelante el joven, sin fijarse en tal mirada, y encontró en el salón á Elena, que parecía esperarle.

Quiso ocupar una butaca, pero la marquesa se opuso.

—No; aquí, á mi lado. Así nadie podrá oirnos.

Y lo obligó á sentarse en el sofá, junto á ella.

Tenía el rostro pálido y la mirada dura, como si aún estuviese conmovida por recientes y desagradables impresiones. La pelea de Pirovani y Canterac había pasado á segundo término en su memoria. Le molestaba más, haciéndola estremecerse de cólera, la imagen de Celinda con el látigo levantado.

Pero olvidó su rencor al ver que Ricardo acudía puntualmente, atendiendo el ruego que ella le había hecho al anochecer para que pasase la velada en su casa. Al notar que Watson miraba con inquietud las puertas del salón, creyó oportuno tranquilizarlo.

—Nadie vendrá. Mi marido está en su cuarto, quebrantado por una mala noticia que ha recibido de Europa... Una desgracia de familia que esperábamos hace tiempo; algo que en realidad no me interesa mucho.

Luego cambió de gesto y de voz, para continuar hablando.

—¡Cuánto agradezco que haya usted venido!... Temblaba ante la idea de pasar sola estas horas de la noche. ¡Me aburro tanto aquí!... Por eso le supliqué hoy, cuando nos separamos, que no me abandonase...

Y al decir esto tomó una mano de Watson, contemplándole al mismo tiempo con ojos acariciadores.

El joven se sintió halagado en su vanidad masculina por esta mirada, pero surgió en su memoria inmediatamente el recuerdo de lo ocurrido aquella tarde.

—¿Por qué han reñido esos dos hombres?... ¿Fué por usted?...

Quedó ella indecisa; y al fin, entornando los ojos, contestó con cierto abandono:

—Tal vez; pero yo los desprecio á los dos. Para mí sólo existe usted, Ricardo.

Puso sus manos en los hombros de él, y al hacer esto, pareció estirarse con felina ondulación, aproximando su rostro.

—Sospecho—murmuró—que vamos á ir tal vez más allá de los límites de una simpatía amistosa. ¡Me interesa usted tanto!...

Excitados por la soledad, sentían ambos en su interior la audacia de un deseo vehemente. Iban á correr en breves minutos un camino que á él, en su inexperiencia, le había parecido siempre que exigiría larguísimas jornadas. Elena pensó en la amazona juvenil que había querido golpearla. Su vanidad ultrajada y el deseo de vengarse le hicieron adoptar mentalmente cínicas resoluciones, celebrándolas con una risa oculta que parecía reflejarse en sus ojos.

«Ya que eres celosa—pensaba—, debes serlo con motivo. Yo te devolveré el latigazo.»

Además, al recordar cómo aquellos dos hombres se habían golpeado en su presencia, sin que esto le causase profunda emoción, creyó, con un ilogismo propio de su cerebro desordenado, que el medio más seguro para restablecer la paz entre ambos era que ella se entregase á un tercero, más digno de su interés.

Watson, por su parte, consideraba á esta mujer más hermosa y apetecible después que dos hombres habían intentado matarse á causa de ella. Una sensación de orgullo varonil, de vanidad sexual, se mezclaba con las emociones que iban despertando en su interior las palabras de la Torrebianca y el contacto de su cuerpo.

Al descansar ella las manos sobre sus hombros, había acabado por juntarlas, y poco á poco el joven se sintió aprisionado por unos brazos adorables. Algo se reanimó en su pensamiento, como una llama moribunda que resucita. Creyó ver el rostro noble y triste de su compañero Torrebianca, é inmediatamente quiso hacer un movimiento negativo y echarse atrás, repeliendo á Elena... No podía traicionar á un camarada. Era innoble proceder así, estando bajo el mismo techo que el otro y separado de él solamente por unos tabiques. Luego se vió á sí mismo y vió á Celinda, cuando marchaban los dos alegremente por el campo. Quiso mover otra vez su cabeza negativamente y parpadeó con una expresión angustiosa, pretendiendo defenderse y teniendo al mismo tiempo la certidumbre de que le sería imposible.

«¡Pobrecita Flor de Río Negro!», pensó.

Los brazos que rodeaban su cuello le oprimieron dulcemente y tiraron de su cabeza, inclinándola poco á poco hacia el rostro femenil que avanzaba unos labios ávidos y audaces. Las dos bocas acabaron por unirse, y Ricardo pensó que este beso iba á ser interminable.

Experimentaba la sorpresa del que al entrar en un palacio maravilloso ve francas las puertas de un segundo salón todavía más admirable, y luego penetra en un tercero que le parece superior, perdiéndose en lontananza la sucesión de habitaciones deslumbradoras abiertas ante él. Cuando se imaginaba haber poseído por entero aquella boca, los labios se entreabrían con un bostezo de fiera, dejándole avanzar para revelarle inéditos contactos de estremecedora voluptuosidad. Creía ya agotadas todas las sensaciones ocultas entre aquellas dos valvas carnosas, suaves y húmedas, y nuevos escalofríos de placer bajaban verticalmente por el dorso de su cuerpo.

Pensó confusamente, en aquel momento, lo mismo que todos los personajes simples de la Presa que corrían enloquecidos detrás de la Torrebianca: «Esta es la verdadera mujer. Sólo merecen admiración las hembras que han conocido la vida elegante.»

Vagaron las manos de él sobre los relieves del cuerpo adorable, intentando libertarlos del encierro de las ropas...

De pronto se repelieron los dos con el empellón de la sorpresa, procurando al mismo tiempo reparar el desorden externo de sus personas. Al otro lado de la puerta, Sebastiana golpeaba la madera con los nudillos, pidiendo licencia para entrar. La mestiza era demasiado bien criada para abrir una puerta sin permiso; pero antes de solicitarlo creía oportuno siempre mirar un poco por el ojo de la cerradura. Cuando asomó al fin la cabeza entre las dos hojas de madera, dijo bajando sus ojos maliciosos:

—Mi antiguo patrón don Pirovani quiere ver á la señora. Parece que trae prisa.

Ricardo se levantó para irse y Elena le rogó que se quedase, prometiendo despedir en un momento al intruso. Pero el joven se había serenado, dándose cuenta del peligro que acababa de correr, y quiso aprovechar esta ocasión para marcharse, antes de quedar otra vez á solas con ella. Casi tropezó en la puerta con el contratista, que entraba saludando desde lejos á la «señora marquesa». Estrechó su mano y desapareció inmediatamente.

Elena no quiso ocultar la cólera que le había producido esta visita inoportuna, y recibió al italiano con visible mal humor.

Se mantuvo de pie para hacerle comprender que su entrevista debía ser corta; pero el otro, distraído por sus preocupaciones, pidió permiso para sentarse, y antes de que ella respondiese ocupó un sillón. La Torrebianca se limitó á apoyar su cuerpo en el borde de una mesa.

—Mi marido está algo enfermo—dijo—, y necesito atenderle... No es cosa de cuidado: la emoción por una desgracia de familia. Pero hablemos de usted: ¿qué le trae aquí á estas horas?...

Tardó Pirovani en contestar, para que de este modo sus palabras resultasen más solemnes.

—El señor de Canterac cree que debemos batirnos á muerte después de lo de esta tarde.

Ella, que sólo pensaba en Watson y estaba nerviosa por la presencia del hombre que lo había ahuyentado, hizo un leve gesto revelador de que la noticia no le interesaba. Luego procuró disimular su indiferencia, diciendo:

—No encuentro extraordinaria la proposición. Si yo fuese hombre, haría lo mismo que él.

Pirovani, que vacilaba hasta poco antes por creer disparatado el reto de Canterac, se levantó de su sillón con aire resuelto.

—Entonces—dijo—, si á usted le parece bien, no hay más que hablar. Me batiré con el francés, y me batiré si es preciso con medio mundo, para que usted se convenza de que soy digno de su estimación.

Al hablar así había tomado una mano de Elena; pero esta mano le pareció tan blanda y muerta, que tuvo que soltarla, descorazonado. Ella hizo un gesto de cansancio mirando hacia el interior de la casa, donde estaba su marido. Este gesto indicó á Pirovani que debía marcharse, y el contratista se apresuró á obedecerla; pero mientras se dirigía hacia la puerta todavía la atormentó con palabras y gestos de enamorado que desea inspirar admiración por su heroísmo.

Cuando Elena se vió sola, llamó á gritos á Sebastiana. La mestiza tardó en presentarse. Había tenido que ir hasta la puerta de la calle, acompañando á su antiguo patrón.

—Vea si puede alcanzar al señor Watson—ordenó Elena apresuradamente—. No debe estar lejos; dígale que vuelva.

La mestiza sonrió, bajando sus ojos para decir con fingida simplicidad:

—No es fácil alcanzarlo. Salió disparado, como si huyese del demonio.

Al abandonar su antigua casa, se dirigió Pirovani á la de Robledo. Este leía un libro apoyándolo en la lámpara de petróleo que ocupaba el centro de su mesa. Al ver entrar al contratista, le saludó con gestos y exclamaciones de reproche.

—Pero, ¿qué ha sido eso?... Un hombre de su edad y de su carácter... ¡Ni que fuese usted un muchacho de quince años que se pelea por la novia!...

El italiano repelió con altivo ademán esta admonición, juzgándola tardía, y dijo solemnemente, como si le enorgulleciesen sus propias palabras:

—Me bato á muerte con el capitán Canterac, y vengo á buscarle para que usted y Moreno sean mis padrinos.

Prorrumpió Robledo en exclamaciones de escándalo, al mismo tiempo que levantaba las manos para hacer más patente su protesta.

—¿Usted cree que yo voy á mezclarme en sus disparates y á parecer tan falto de juicio como usted ó como el otro?...

Y siguió hablando contra la absurda petición de Pirovani; pero éste movía la cabeza con tenacidad haciendo signos negativos. Estaba resuelto á todo después de haber oído á Elena.

—Yo soy un hombre de origen humilde—dijo—; un hombre que sólo conoce el trabajo, y necesito demostrar que no le tengo miedo á ese señor, acostumbrado al manejo de las armas.

Robledo se encogió de hombros al oir unas palabras que consideraba absurdas. Al fin se cansó de protestar en vano.

—Veo que es inútil querer infundirle un poco de sentido común... Bueno; accedo á representarle; pero con la condición de que será para arreglar el asunto lógicamente, evitando el duelo.

El contratista tomó una actitud caballeresca, como si acabase de recibir una ofensa.

—No; el duelo lo quiero á muerte. Yo no soy un cobarde ni he venido en busca de arreglos.

Luego expresó lo que verdaderamente pensaba.

— Aunque no he recibido una educación brillante, sé lo que hay que hacer en casos como el presente. Conozco, además, la opinión de personas muy altamente colocadas. Debo batirme, y me batiré.

Dijo esto con tal sinceridad, que Robledo pensó en Elena al oirle mencionar las «altas personas» que le habían aconsejado. Le miró con lástima, manifestando á continuación, de un modo brusco, que se negaba á apadrinarle.

Convencido Pirovani de que nada conseguiría, se despidió de él, dirigiéndose á la casa de Moreno.

Al día siguiente, en las primeras horas de la mañana, don Carlos Rojas recibió una visita. Estaba en la puerta del edificio principal de su estancia, cuando vió llegar á un jinete vestido como es de uso en las ciudades y sobre un caballejo que le hizo sonreir. Era el oficinista.

—¿Adónde va montado en ese mancarrón?... Eche pie á tierra. ¿No le parece que tomemos un mate, amigazo?...

Entraron los dos en aquella pieza que servía de salón y despacho á don Carlos, y mientras una criadita preparaba el mate, vió el oficinista por una puerta entreabierta á la hija de Rojas sentada en una butaca de mimbres, con aire pensativo y triste. Llevaba traje femenil, y al abandonar las ropas masculinas parecía haber perdido su audacia alegre de muchacho revoltoso.

La saludó Moreno desde el otro lado de la puerta, y ella contestó á su saludo melancólicamente.

—Ahí la tiene usted—dijo el padre—; parece otra. Cualquiera creería que está enferma. Son cosas de los pocos años.

Sonrió Celinda con indolencia, haciendo un signo negativo al oir la suposición de su enfermedad. Después abandonó aquella habitación, demasiado inmediata al despacho, para que los dos hombres pudieran hablar libremente.

Cuando hubieron tomado el primer mate, Rojas ofreció un cigarro á Moreno para que «pitase», y encendiendo el suyo se preparó á escuchar.

—¿Qué le trae por estos pagos, tinterillo?... Porque usted no es hombre de á caballo, y cuando echa una galopada debe ser por algo.

El oficinista, al que apodaba «tinterillo» el estanciero, siguió fumando con la calma de un oriental que considera conveniente excitar la curiosidad de su interlocutor antes de emprender la conversación.

—Usted, don Carlos—dijo al fin—, fué en su juventud un hombre de armas. Me han contado que

(Continúa en la página C)

(c) Ministerio de Cultura 2006

SAN SEBASTIÁN

Overland
TRADE MARK REG.

TORPEDO 5 asientos equipado 8.000 pts.
LANDAULET 6 íd. íd. 12.500 íd.
LIMOUSINE 6 íd. íd. 12.500 íd.

ENORME «STOCK» DE PIEZAS DE RECAMBIO

AUTOMÓVIL PALACE

ENTREGA INMEDIATA DE

Soberbio CABRIOLET DELAGE, 6 cils (último modelo)

Torpedo ADLER 16-50 H. P.
Id. BRADLEY 37 H. P.
Id. DELAYE 16-24 H. P.
Id. DION-BOUTON 12-20 H. P.
Id. STADEBAKER 20-30 H. P.
Precios reducidísimos

«STOCK» de neumáticos DUNLOP, NACIONAL, etc.

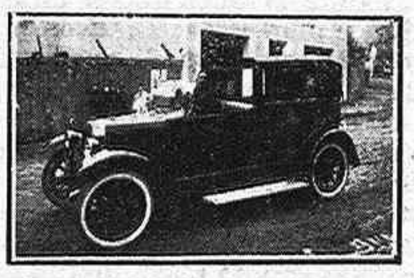
Inmenso surtido de accesorios y últimas novedades en automovilismo

ALQUILER de AUTOMOVILES de TURISMO
á 75 céntimos el kilómetro

AUTOMÓVIL PALACE

GUETARIA, 2 SAN SEBASTIAN

Construcción y Reparación de CARROCERÍAS-AUTOMÓVILES
Especialidad en carrocerías de lujo



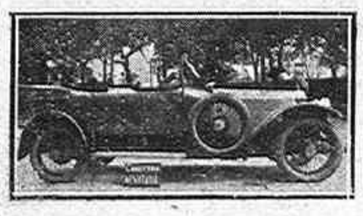
CARROCERIAS "BRIZ" Talleres y oficinas:
ATOCHA Y EGUIA. Teléfono 1956 SAN SEBASTIÁN

¡Veraneantes!

Con la cantidad que pagáis cada verano por alquiler de **una villa ó piso** podéis adquirir, en propiedad desde el primer día, un Chalet de nueva, sólida y elegante construcción, con jardín y servicios de alcantarillado, agua, gas, electricidad y baño, en Ategorrieta, al pie del tranvía. Grandes facilidades de pago, en plazos hasta 50 años.

AGENCIA INMOBILIARIA
DIRECTOR:
Tomás Carasa Torre
Hernani, 5, 1.º—Teléfono 406—Apartado núm. 31
SAN SEBASTIAN

CARROCERÍAS AUTOMÓVILES



Mendizábal y Compañía
Paseo de Atocha, H
Teléfono 2424
SAN SEBASTIAN

SAN SEBASTIAN

Grandes Carreras de Caballos

organizadas por el

"Jockey-Club de San Sebastián"

Bajo el Patronato de S. M. el Rey
Don Alfonso XIII

27 Reuniones
Del 9 de Julio al 1.º de Octubre

1.500.000 pesetas de premios

El Domingo 10 de Septiembre

GRAN PREMIO DE S. M. EL REY
DON ALFONSO XIII

550.000 pesetas

El premio más importante conocido hasta hoy

GRAN CASINO DE
ZARAUZ

Delicioso panorama
Toda clase de recreos
Campo de Tennis

Todos los días conciertos en su hermoso Parque
Bailes en el espléndido Salón de fiestas del Casino
Durante todo el presente verano actuarán en su teatro los principales artistas

---

Gran Hotel Hispano Americano

Vista parcial

ABIERTO
RECIENTEMENTE
CON
GRANDIOSAS
REFORMAS

SAN SEBASTIAN
(ESPAÑA)

BANCO GUIPUZCOANO

CAPITAL SOCIAL:
10.000.000 DE PESETAS
RESERVAS:
2.500.000 PESETAS

Sucursales en Tolosa ▪ Irún
Vergara ▪ Azpeitia ▪ Eibar
Villafranca ▪ Oñate ▪ Pasajes
Azcoitia y Deva

Cuentas corrientes en pesetas, francos y libras á la vista, abonando interés al 2 por 100

Cartas de crédito. Giros. Depósitos. Ordenes de Bolsa.

Emisión de
BONOS A VENCIMIENTO FIJO
devengando el 2 1/2, 3 y 4 por 100 anual

Toda clase de operaciones de Banca, Bolsa y Cambio

RAMÓN PEÑA

Sucesor de D. Andrés Peña

Elcano, 8 SAN SEBASTIÁN

Antigua Casa que se ocupa de ofrecer á los forasteros los pisos y villas de verano en condiciones inmejorables y libres de comisión

Compra-venta, hipotecas y alquileres de fincas

JOYERÍA Y PLATERÍA
ALFONSO DE BLAS

Casa de confianza por su buen gusto y economía de precios

Loyola, 3
SAN SEBASTIÁN

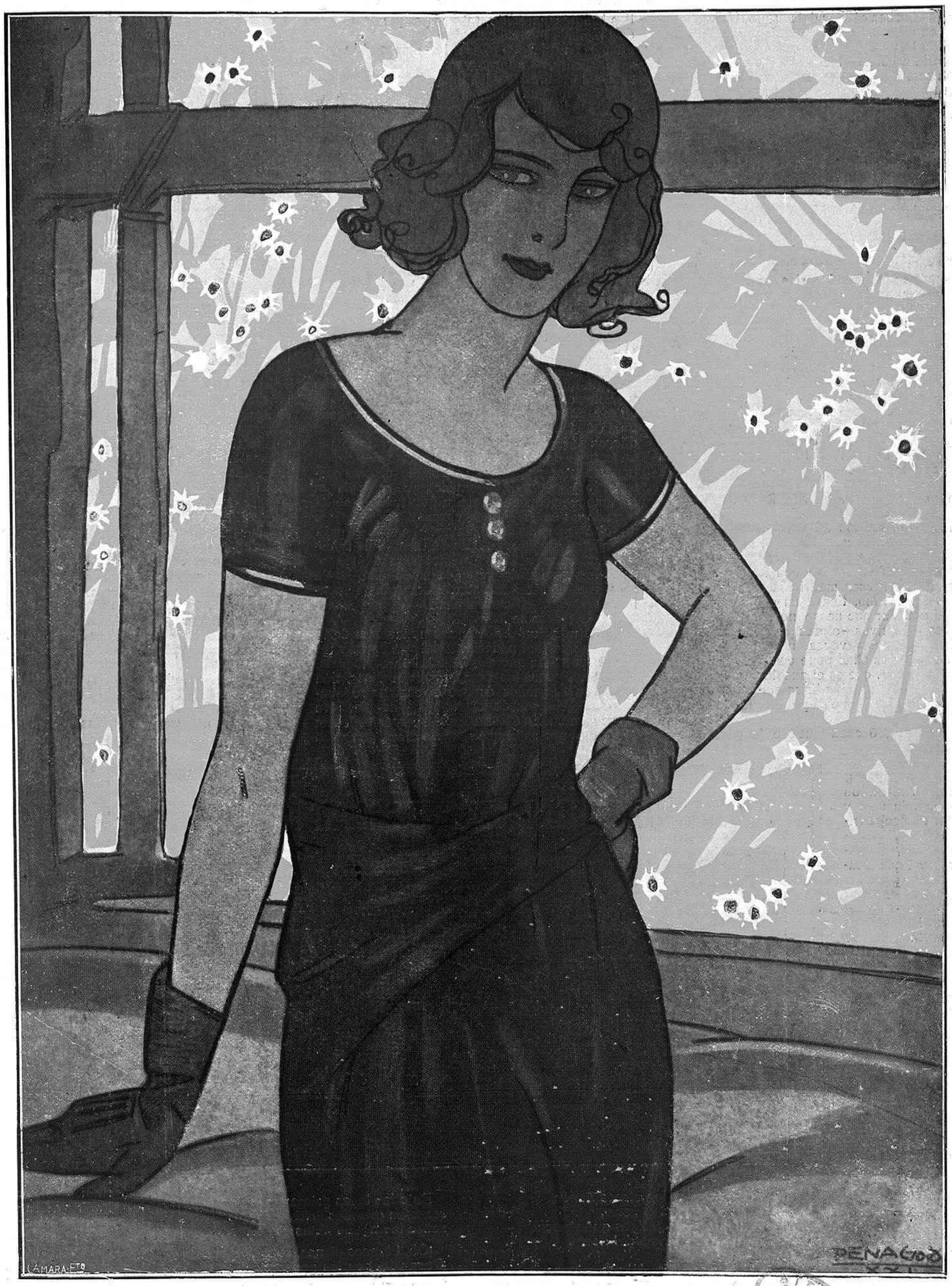
(c) Ministerio de Cultura 2006

La Esfera

Año IX.-Núm. 450 Madrid, 19 Agosto 1922

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

DIRECTOR: FRANCISCO VERDUGO



EN LA TARDE INFLAMADA

Dibujo original de Rafael de Penagos

PATRIMONIO NACIONAL BIBLIOTECA MADRID

(c) Ministerio de Cultura 2006

DE LA VIDA QUE PASA

EL MADRID LEJANO DE LAS VERBENAS

En las noches cálidas del verano, las verbenas son algo así como un pleonasmo viviente: son la vida que se asoma á la vida. La alegría de la verbena—luces que rutilan, voces que enardecen, risas que enfebricitan—no sería verdadera alegría si careciera del fondo de una noche de estío madrileño, que en sus albores ya se abre amable y jaranero, porque aún conserva el efluvio lírico de la lírica primavera, encantadora y ensoñadora...

En Madrid, una noche verbenera en pleno estío tiene, además, la suprema delicia de algo que no halla parecido en otras tierras ni bajo otros cielos. Y no es que viva en un lugar de propósito determinado, con un marco siempre igual y siempre favorable. No. Desde lugares ribereños á ese río que, aunque de continuo lleve menguado caudal de agua, ya ha adquirido más personalidad que muchos grandes ríos, que son prez de populosas capitales europeas, van las verbenas á llevar su espectáculo manducante y animado y á poner el resplandor de su iluminación brillante ante la sombría y noble espesura de la arboleda del Botánico ó tras la tapia de lo que fué paraje de un rey dado al solaz y al esparcimiento, que tenía lleno el corazón de fuego y la cabeza de magníficas ilusiones.

Nada convenientes son, en verdad, los marcos citados; mas pecan de precarios y desentonados, aunque de la imaginación se borre cuanto en ellos pudiera haber de deleznable, como precarios y desentonados son también esos otros del ombligo de la urbe y que se llaman plaza de Santiago y calles de San Andrés, Toledo y Humilladero, en donde por reducido espacio, angustiosamente, los grupos de verbeneros, en movimientos de denso mar humano, se mueven, se cruzan, se separan y luego se vuelven á juntar... Así, en marcos distintos y con fondos desfavorables, las verbenas madrileñas, en las noches cálidas del verano, tienen un carácter de originalidad peculiar que acaso no sea debido á sus amables atractivos—olores acres, ruidos inarmónicos, rasgadas voces, ambiente espeso—, sino á cuanto en ellas pone exaltación el pueblo para que nacen, que es el pueblo que de año en año, con una evocación lírica que siempre tiene el presente para el que ha pasado, las va haciendo vivir.

La verbena, ó cosa que se le parezca, es absolutamente necesaria, porque Madrid, sin verbenas, sin enguirnaldados bailes de plazuela y sin olor de aceite frito en todos lados, durante los meses estivales, no sería Madrid. Está ya todo esto, que con un sano criterio hemos de reputar de lamentables defectos, tan en la idiosincrasia de los madrileños, que hasta personas de gusto exquisito y refinado temperamento muestran no sólo disculpable, sino hasta agradable el ambiente plebeyo—plebeyismo de bar y de pianola—de las verbenas.

Cierto. En parte interesantes las verbenas, ferias peculiarísimas al resplandor de caprichosas iluminaciones, pero estas verbenas llenas de aparatos mecánicos, de fotografías absurdas y de orquestones eléctricos, no son las clásicas verbenas de Madrid como aquellas de que nos hablan Bretón de los Herreros y Mesonero Romanos; aquellas han desaparecido, tal vez porque aquel Madrid también ha desaparecido...

No me refiero en ellas á lo externo, á lo que, simplemente, es adorno y apariencia. Eso, claro está, va del brazo de los tiempos, que al fin y al cabo son los que imponen las modas al uso. En cierto modo, la misma representación tenían los coches de colleras y los ligeros calesines que los automóviles y las motocicletas; lo mismo era, ya unos años después, ir á la botillería del Príncipe ó de Solís que sentarse en la terraza de un café de nombre más ó menos extranjerizado... Las que han cambiado, casi rotundamente, son las esencias espirituales del pueblo, su contacto íntimo y su fondo temperamental. De aquel Madrid lejano, que ha llegado hasta nosotros en el vehículo de una regocijada literatura costumbrista, ya no queda nada, porque ha dejado de ser lo que era: una mezcla, hasta armónica á veces, de lo pícaro, lo pintoresco y lo sentimental.

□□□

¡Qué tristeza la de Bretón de los Herreros y hasta la del mismo Mesonero Romanos si la muerte, que es piadosa siendo eterna, los instalase, de nuevo, en la vida! Se encontrarían más extraños en este ambiente actual de Madrid que un español que, por un azar cualquiera, arribase á una de las islas oceánicas. Todo cuanto ellos dijeron se ha ido ó se ha acabado. Y repito que no se trata de lo externo, de lo puramente superficial. Hoy se piensa y se siente de distinta manera; la levadura de ingenuidad que se ponía en las manifestaciones de alegría del pueblo se ha trocado en complicar los elementos recreativos de forma que al mismo tiempo sean solaz para el espíritu y halago para los sentidos. Si la transformación operada no hubiera sido de fondo, sino simplemente de matiz, de modalidad, hoy á las verbenas, como á cualquiera otra fiesta popular, se iría con el ánimo aniñado, de igual manera que entonces se iba.

Pero, no. Son las esencias nonnativas de la vida las que han padecido total mudanza, y las que no permiten que ese ánimo, hoy como ayer, se aniñe... Todos los momentos de la generación actual, aun aquellos en que el espíritu se inunda de alegría, son de una honda y aniquiladora preocupación. En estos años que corremos, hasta el pueblo, que es el que siempre más á hurto ha vivido de pensamientos que suspendieran sus acciones, ha perdido todas sus cualidades ingénitas que culminaban en su gesto, siempre jaranero, y en su risa, siempre saltarina.

A las fiestas de hoy cada cual lleva sus afanes, tal vez porque las fiestas de hoy sean la realización de un afán más sobre el que la esperanza de amables atractivos derrama su bálsamo consolador. Además, antes estas expansiones del pueblo eran realmente del pueblo entero, de cuantos forman el conglomerado social de una nación. Acudían á ellas desde las criadas malignas y revoltosas hasta las más encopetadas y linajudas damas; desde el tahur hasta el prócer. Estas fiestas populares, ahora han quedado reducidas á un público que sólo habita en un sector moral; á un público que auna los instintos groseros con la inteligencia mediocre. Las verbenas madrileñas, estas regocijadas y clásicas verbenas madrileñas, sólo son el pretexto para que unos cuantos comerciantes, al atisbo de la oportunidad, construyan en los lugares más apetecibles y frecuentados de la Villa y Corte un espectáculo animado que les da ocasión para expender una antiestomacal manducatoria, y les sirva á la vez á unas cuantas mujeres, con la moralidad en huída, para ostentar el encanto de sus amables atractivos. Esta es, lisa y llana, la verdad de lo que son estas verbenas, que desde las riberas del río Manzanares saltan hasta la espalda de las frondas del Retiro, después de breves estancias en los barrios más populares y más populosos de este Madrid alegre, jaranero y superficial.

□□□

¡Oh, aquellas verbenas, pintura fiel de una sociedad y espejo de sus acciones! ¡Coches con cascabeleantes collares, carretelas charoladas y refulgentes, calesines inquietos y pintureros! ¡Todo un pueblo, que abandonando las estrechas calles del centro de la ciudad, iba á refluir sobre los sitios donde se celebraban las verbenas, dotándolas de un alma que era muestra del carácter, de originalidad peculiar, de un pueblo en una época!

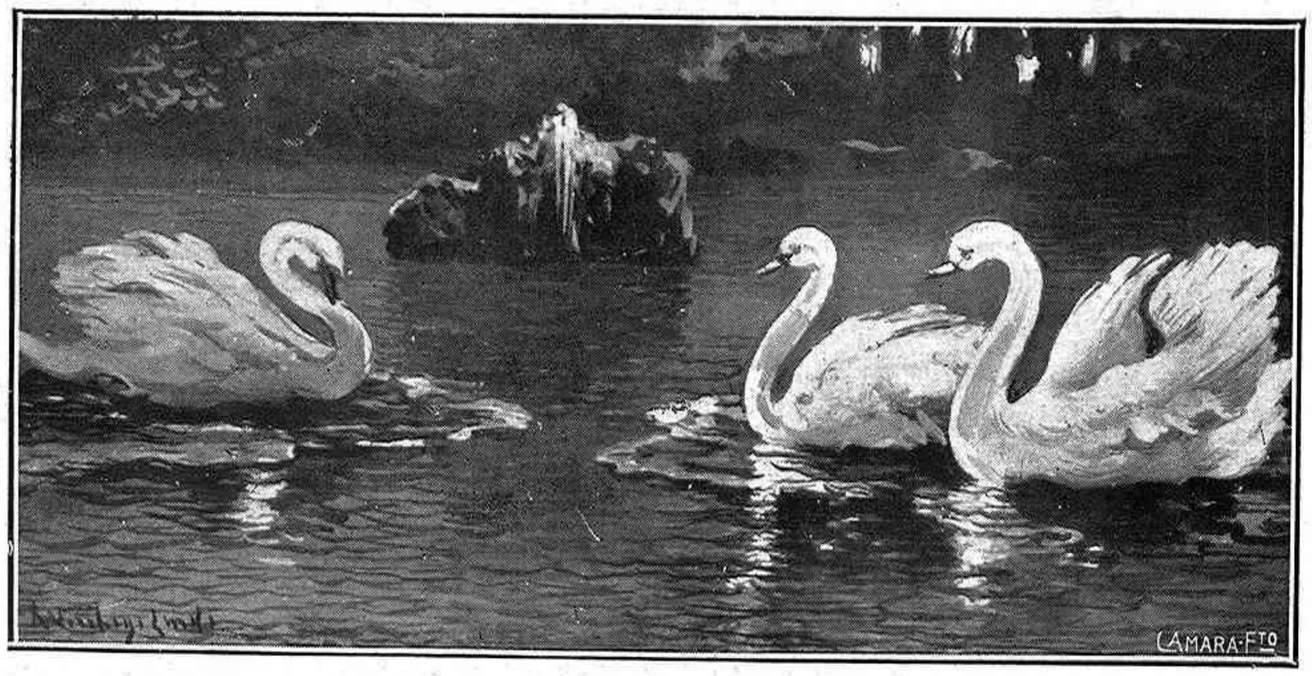
No había, no, como hay hoy en todo algo indeciso é indeterminado, algo híbrido y descompuesto, que revela la confusa mezcla de nuestras costumbres antiguas, saturadas de españolidad, de castiza españolidad, con las imitadas de los países extranjeros.

Las fiestas populares de España son las que han perdido más en carácter. Los demás pueblos han puesto siempre un especial cuidado en seguir cultivando la tradición, no solamente en aquello que es de mero entretenimiento, panorámico y espectacular, sino en cuanto atañe á su fondo ideológico y sentimental, mientras que los españoles hemos tratado de olvidarla, por creer — crencia que ha sido y es un lamentable error—que estar apegados á lo tradicional era retardar los avances políticos que anhela todo pueblo.

Lo cierto es que en España todo va careciendo de ambiente tradicional, y que este Madrid es ya un Madrid lejano de aquel otro que dió vida á sus verbenas, vida que planeaba sobre rutilantes luces, entre voces que ensordecían y risas que enfebricitaban...

Luciano de TAXONERA

CISNES EN EL ESTANQUE



En el estanque, los cisnes tienen
un legendario y altivo porte,
como de príncipes magos que vienen
desde las frías tierras del Norte.

Sus albos cuellos, del amor lazos,
que escorzan una pregunta muda,
cuando se encorvan fingen los brazos
de una divina mujer desnuda.

Bajo las luces primaverales,
semejan grandes lirios vernales
sobre las aguas tibias y quietas.

¡Oh, blancos cisnes, suaves y líricos!
¡Para vosotros los panegíricos
sean, y el lauro de los poetas!

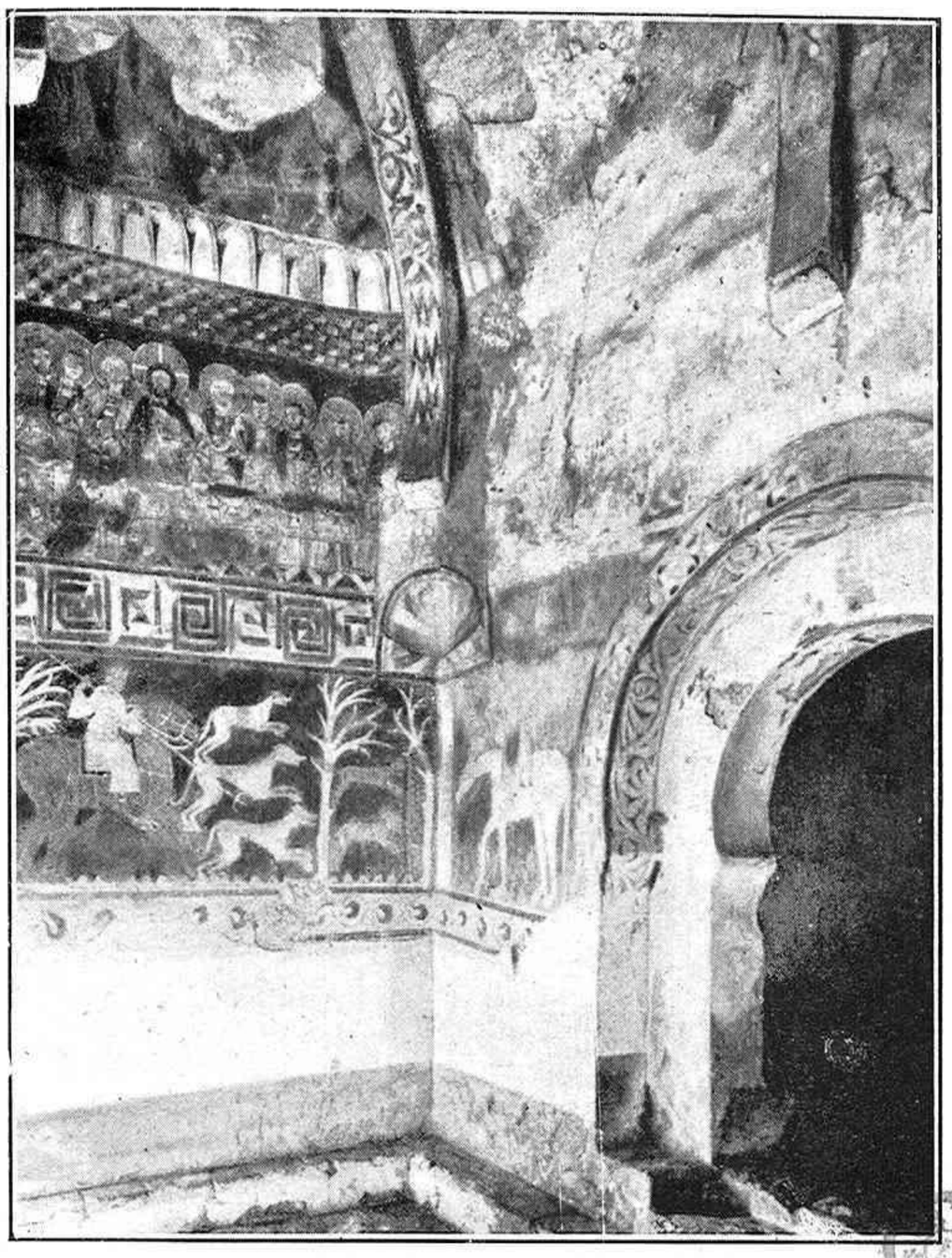
José M.ª QUIROGA

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

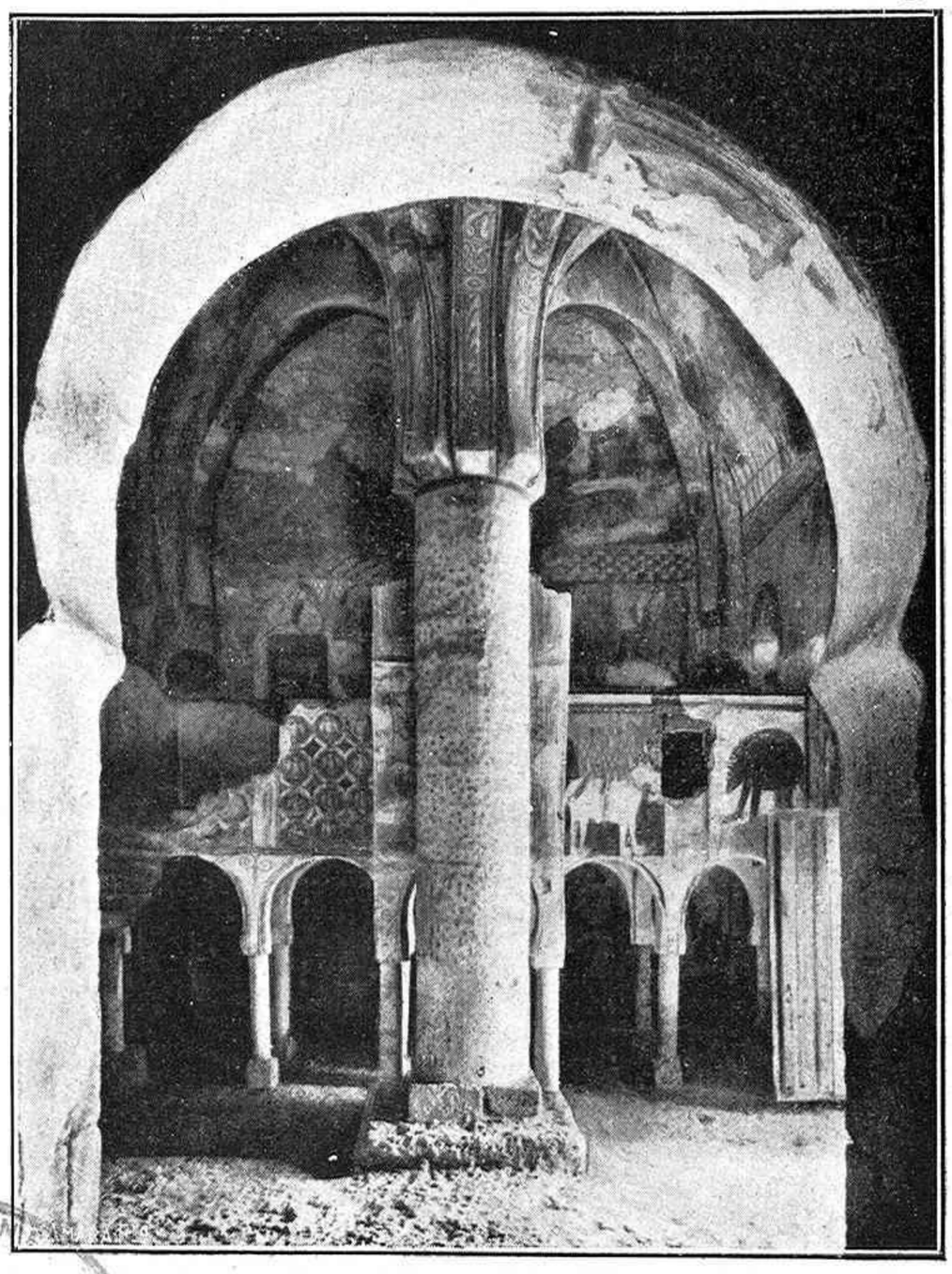
(c) Ministerio de Cultura 2006

DESPOJO ARTÍSTICO EVITADO

Las pinturas murales de San Baudelio de Casillas de Berlanga



Detalle de las pinturas murales



Columna central y coro

El caso de la ermita de San Baudelio es de los más representativos del peligro que corren nuestras antigüedades. Este pequeño templo mozárabe, declarado monumento nacional en 1917, que no tiene retablos de valor, ni estatuas, ni preseas religiosas, sin otro mérito que el de su curiosísima traza arquitectónica y los sesenta metros cuadrados de pinturas al temple que ornamentan sus paredes interiores, parecía á cubierto de la codicia de los mercaderes de arte, que no podrían arrebatarle nada de interés de no arrancar el edificio mismo, y sin embargo ha estado á pique de ser despojado en muy pocas horas de todas esas pinturas que son su principal realce y el documento más elocuente para estudiar la historia de su fundación y aun para datar siquiera sea con fecha *ante quem* la época en que fué construído.

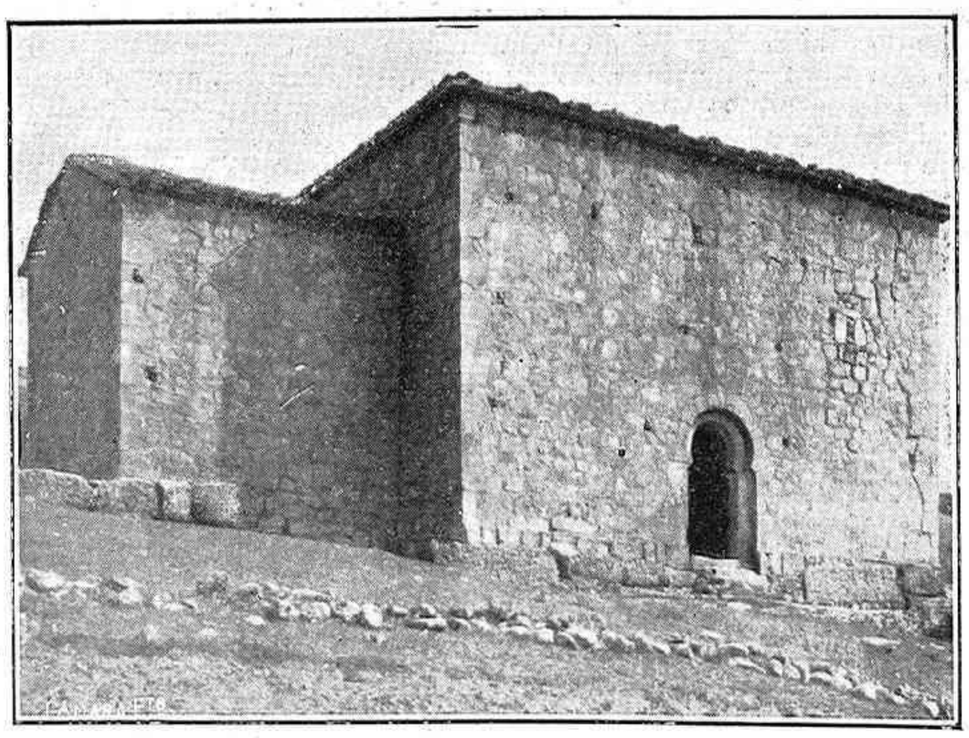
En la ribera del Escalote, en campos de labor que antes fueron inmensos robledales, se alza hoy esta humilde capilla, edificada por cristianos huídos del poder musulmán; su pintoresca traza, con la puerta formada por archivolta de arcos de herradura, la bóveda sostenida por ocho arcos árabes que arrancan de una columna central y mueren en pequeñas trampas; el coro, sostenido sobre otra columnata también de arcos de herradura, en el que avanza una minúscula capilla hasta la robusta columna del centro y con la pequeñísima y oculta linterna que forma un vano entre la bóveda y el remate de aquel apoyo, parecen haber decidido á los doctos á clasificarla como uno de los ejemplares más interesantes de la arquitectura mozárabe de que tan pocos monumentos claros y definidos han quedado en España.

Las pinturas que decoran sus paredes están hechas al temple, es decir, aplicadas directamente sobre el enlucido de yeso por medio de colores disueltos en agua de cola, y con esta misma capa de yeso que durante ocho siglos las ha sostenido, iban, hace pocos días, por obra y gracia de la codicia de un chamarilero, á ser pegadas sobre lienzos, arrolladas después y luego trasladadas á los Estados Unidos, á un país donde todas estas pinturas primitivas, aunque conserven su valor artístico, pierden en absoluto el valor histórico, por estar separadas de la tierra, del cielo y de la fe que las crearon, y más todavía que otras pinturas románicas, éstas de San Baudelio, que en sus raras escenas de montería parecen aludir directamente á la vida del santo anacoreta que morara en la cueva vecina de la ermita.

Las pinturas románicas de San Baudelio, obra de la segunda mitad del siglo XII, más arcaicas que las de San Isidoro de León, que datan del año 1180, y más ricas y profusas que ningunas de España, con esas curiosas escenas de montería en que un caballero con sus lebreles persigue un ciervo, con las exóticas representaciones de elefantes, de águilas ornamentales y guerreros, con la variada serie de temas religiosos, de las bodas de Canaán, la Cena eucarística, la resurrección de Lázaro, etc., son fiel trasunto de las pinturas que ornaban los códices medievales, obras de la paciencia inagotable y del fervor de aquellos monjes que en el retiro de sus bibliotecas salvaron del olvido la cultura clásica y prepararon el alborear del Renacimiento.

La última vez que tuvimos ocasión de visitar este curioso templo, después de su declaración de monumento nacional, y después también de haber sido restaurado por cuenta del Estado, limpias ya sus pinturas, robustecida y reparada la cubierta, asegurado convenientemente con fuerte cerramiento, dotado, en fin, de todas las garantías que merecía su extraordinario valor, creímos hallarnos ante un preciado y gigantesco códice, el más rico y cuidado del magnífico tesoro del arte nacional, que para gloria nuestra había sido descubierto, estudiado y atendido sólo por manos españolas. Hoy los lienzos adherentes que ocultan sus pinturas son un insulto al monumento y piden el castigo de los culpables.

Tras las pinturas murales de San Baudelio han sido arrancadas las de San Esteban de Gormaz; compradas las de Morteruelo, de Segovia, y en punto de perderse para España los tapices mozárabes y ternos de la Catedral de Lérida. Ha llegado el momento de aplicar las leyes con todo rigor, ó de modificarlas, si no son del todo severas sus sanciones.



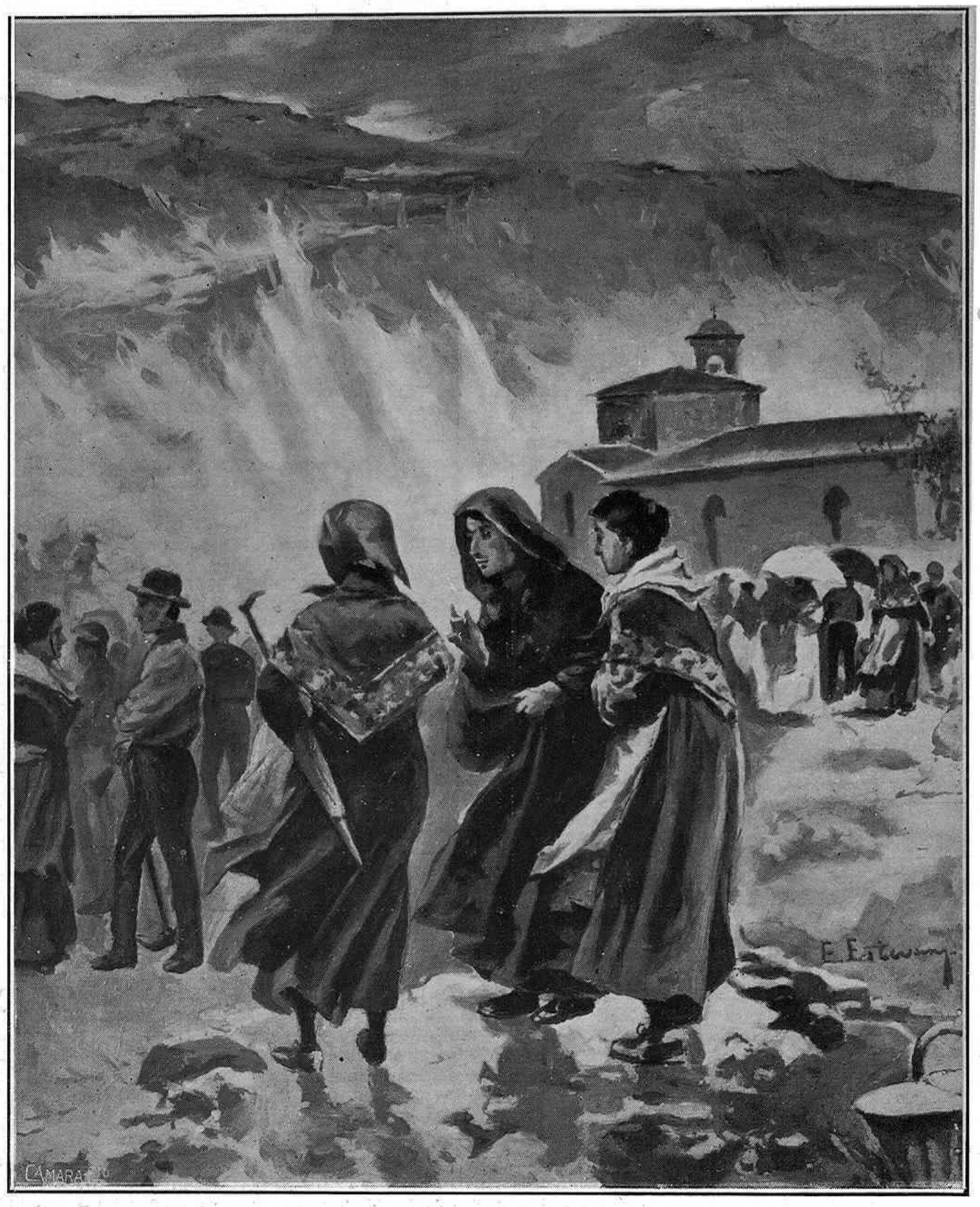
Vista de la ermita de San Baudelio

FOTS. CABRÉ

B. TARACENA AGUIRRE

(c) Ministerio de Cultura 2006

LLAMARADA



Era una iglesia blanca en la que el sol, como en las últimas nieves, relucía.

Sobre la tierna colina verde semejaba un pombal.

Estaba el pórtico y el porche que lo cubría mirando hacia el Poniente; rodeaba el atrio, en el que se levantaba un ciprés, un atrio lleno de rosales viejos, de ortigas, de cicuta, de troqueles, de zarzas henchidas de nidos, una pared baja y caída, en la que tomaban el sol los lagartos; tenía en el campanario una sola campana, y sobre él una cruz.

Esta tierna y verde colina se erguía en el centro del valle, acosada por las fuertes y vigorosas montañas de su rededor, en las que anidaban los milanos y tenían los lobos sus cubiles.

Quizá este manso collado hubiese sido, en la edad céltica, templo y fortaleza. Templo para adorar á la encina y para invocar los dioses en el plenilunio, y fortaleza para defenderse de los hombres extraños y de las fieras iracundas.

Quizá hubiese sido después el pedestal de un templo helénico, en el que se invocasen dioses luminosos y alegres.

Quizá porque en aquel mismo lugar se encontraran columnas y lápidas de mármol con inscripciones borradas, que sirvieran para erigir esta sencilla ermita cristiana.

Desde la colina se veían en las montañas de enfrente, que subían á pico, los rebaños blancos. Parecía que aquellas montañas y aquellos roquedos iban á desplomarse sobre el vallecito verde. En los numerosos prados, divididos por setos de mimbres é hileras de álamos cabeceantes, pastaban vacas rubias, que sacudían el campano pendiente del cuello, de larga papada, llenando de ritmo musical y sencillo el silencio de las cosas y del paisaje.

El trabajo de los labriegos había ido escalando las montañas, cavando la tierra, llena de cepas y de pedernal, quemando los grandes terrones, en hormigueros que sahumaban el aire de aroma intenso á tierra quemada, que hacían más obscuro el cielo gris. Por eso en el otoño, la verdura de las praderías se prolongaba, por la falda de las montañas, á las searas verdecentes.

Tenía aquel valle hondo una luz triste, la luz del verde de sus prados, la luz del cielo melancólico, que cuando no lloraba, estaba lleno de nubes ahumadas que caminaban lentamente.

Un río, lleno el alveolo de pedrería pulida, de remansos de arena, de lajes que cortaban el agua, de juncales fangosos, en los que cantaban las ranas, bordeaba la colina. Sobre la tranquila y nemorosa corriente tendíanse rústicos puentes de árboles cortados.

Subíase á la iglesia de San Mamed por claros senderos de pastor.

Un día al año, en el estío, se llenaba de regocijo aldeano.

Venían romeros de muy lejos, de diez leguas á la redonda, atraídos por la milagrería de San Mamed. ¡Tenía mucha eficacia la devoción de aquel santo!

Muchas mujeres que se habían ofrecido subían de rodillas los senderos de la colina.

Los hombres vestían sus zapatos nuevos, sus chalecos de bayeta amarilla, roja, verde; venían envueltos en sus mantas de colores.

Los mozos se contoneaban con su cayado de adornos al fuego, parrafeando con las muchachas, ruborosas y morenas.

Volteaba la campana más leda que nunca, porque estaba de fiesta. Doblaba á muerto, por necesidad. Pero á ella le gustaba tocar á muerte de niño inocente ó á fiesta, que parecen una misma cosa.

En la misa solemne oficiaban tres curas, de casullas doradas, en las que refulgían traviesos rayos de luz.

Los ramistas traían una banda de música para la fiesta—la de Guimarey, la de Castrolanzán—, que tocaba el *Himno de Riego* inocentemente durante la misa.

Salía la procesión alrededor de la iglesia. Cantaban los sacerdotes y los romeros la *Letanía*. La campana volteaba gozosa en aquel día de sol. Un ramista, subido á la pared del atrio, con una mecha en la mano, iba encendiendo las bombas que le daba un muchacho. Las bombas de palenque subían en un silbo, poderosas, y estallaban con un inmenso estruendo en el cielo azul, lleno de resonancias y de claridad.

□□□

Al mediodía se iban dispersando los romeros por las laderas, por los dulces abrigos de la colina, á la sombra materna de los castaños.

Los mendigos que mostraban sus lacras, sus monstruosidades; los ciegos que rascaban en sus violines dolientes; los viejos que tocaban una gaita llorosa ó riente, que daban vueltas al manubrio de su zanfonía, andaban entre los grupos festeros.

Las familias aldeanas—el petrucio, la madre, los mozos, los rapaciños—sentábanse sobre el musgo, sobre la hierba tierna, y abrían el mantel de lino lleno de sanas provisiones. El borriquillo peludo pacía alrededor.

Después de haber comido las roscas, las frutas tempranas, de haber bebido el vino rojo por el jarro de barro, los mozos bailaban.

Entonces comenzaba la fiesta pagana en los llanos calveros, en el atrio. Comenzaban las danzas antiguas, los parrafeos, los cantos, y por el atardecer, la learaza de los hombres jóvenes de aldeas distintas y rivales.

Venían mercaderes, buhoneros de lejos, y sobre los carros del país instalaban sus tiendas de dulces, de frutas. Los taberneros subían á la colina, con dos parejas de bueyes, un carro cargado con un ventrudo tonel de vino.

Las bombas de palenque subían raudas y rectas al azul infinito, explotando en una apoteosis inmensa.

Los muchachos disparaban cohetes á ras de tierra, que hacían huir despavoridas á las rapazas. Otras veces seguían la estela de las bombas, y corrían detrás de ellas para coger los junquillos.

De cuando en cuando, los cohetes de lucería llenaban el cielo de un azul desleído de estrellas de colores.

Un cohete lanzado en parábola dejó caer sus bengalas en la montaña de enfrente, en la seara madura y dorada.

El viento estaba calmo, y no se movía ni una sola espiga.

Los romeros que vinieran de Fontarón, exclamaban:

—¡Dios no quiera que prenda lumbre!

—¡San Mamed nos valga!

Pero poco tardó en verse subir una leve columna de humo y levantarse una gran llamarada en la seara.

Los hombres, las mujeres de Fontarón que vinieran á la fiesta, comenzaron á lamentarse.

—¡San Mamed nos valga! ¿Qué sera de nosotros? La única riqueza...

El fuego iba en aumento, extendiéndose por

(c) Ministerio de Cultura 2006

la ladera de la montaña. Sentíase el crepitar de la paja seca y de las espigas maduras.

Los romeros de Fontarón formaban un grupo espectante. En sus ojos, agrandados por el terror, se reflejaba la llama del incendio. Viejos que sufrían en silencio con dolor; mujeros que lamentaban desgarradoramente; muchachas morenas engalanadas con pañuelos rameado; mozos con el cuello tendido, como si quisieran ir allá; niños que miraban con sorpresa.

Una voz metálica de mujer interrogaba trágicamente:

—¡Ay! ¿Qué será de nosotros?

Vieron bajar por los caminos, á la seara, los únicos hombres que quedaron en las casas. En la mitad de la seara se pusieron á cavar.

—Quieren atajar el fuego.

—¡Vamos allá!—gritó un hombre joven.

Todos, en un impulso, se pusieron á andar.

Un anciano, con voz reposada, los detuvo:

—Quedaivos aquí ó id despacio. ¿Para qué caminar deprisa si hemos de llegar tarde? Ha de arder toda la seara antes de que vosotros lleguéis. Yo, con mi paso cansino, he de llegar á tiempo para besar las cenizas.

—¡Ay! ¿Qué será de nosotros?

—Mal año vendrá. El hambre nos hará oubear como á los lobos.

—¡Dios lo ha querido! Todo sea por Dios.

El fuego iba devorando las mieses doradas. Poco faltaba para que llegase á la zanja que iban abriendo ardorosamente los hombres. Se les veía levantar é hincar en la tierra las azadas en mangas de camisa.

Se levantaba una gran llamarada hasta el cielo, que había ido tomando un rubor rosa, por el reflejo. Toda la montaña parecía una inmensa pira ardiente.

El incendio bajaba por la ladera, como si lo arrastrase el viento.

Detrás de él quedaban los pajonales quemados, negros.

—¡San Mamed nos valga!

—¡Dios quiera que se salve la Agra de Abajo! Ni nos quedará pan para la simiente—gritaban las mujeres, suplicantes.

Los hombres cavaban más de prisa. El incendio iba llegando despacio hasta ellos.

Si no terminaban la zanja, para separar la seara en dos, pasaría el fuego á la Agra de Abajo.

Los romeros, en haz doloroso, veían cómo el incendio devoraba la mies.

—¡Quince días me costó cavar aquel trozo ardido! En todo el día sólo comía un poco de pan. Tenía esperanza en este año, ¡bien lo sabe Dios! Pagaría la renta atrasada...—decía un hombre, lentamente.

El humo, en columnas densas y anchas, entristecía el cielo.

Un lamento desgarró el silencio obsesionante.

Largas lenguas de fuego lamieron la parte baja de la seara, que comenzara á arder. Ya no había salvación.

—¡Ay! ¿Qué será de nosotros?

—¡Año de hambre!

—¡Bah!—dijo un hombre joven, con aire jocundo, para desvanecer los tristes pensamientos—Se abona bien la tierra. Para el otro año habrá hartura de pan.

—No rías, Xabiel, que no es cosa de risa.

□□□

En la luz del atardecer, pálida y esmorecida, se veían subir por los caminos blancos de la montaña negra, quemada, grupos de romeros que volvían de la fiesta.

Todo había ardido: la mies, los setos, las sebes, los árboles, las florecitas, las briznas de los caminos, la tierra...

Los sarmientos de los brezos quemados se retorcían como nidos de culebras. Los árboles semejaban manos abrasadas y horribles, que se crisparan al cielo.

Los cantares lejanos eran lamentos.

Se oía una gaita llorosa allá lejos.

Empezaban á nacer las estrellas en el cielo de la noche. De cuando en cuando un cohete desparramaba su lucería por el cielo, que se convertía en estrellas rojas, azules, amarillas, verdes... Era como si á la explosión huyesen despavoridas y temblorosas todas las estrellas del cielo, cayéndose algunas en la tierra, como esos pájaros ciegos y aturdidos que apenas saben volar, convirtiéndose en esas luciérnagas que hay á la vera de los caminos, en esas luces lejanas, en esas florecitas de los campos...

CORREA-CALDERON

DIBUJO DE ESTEVAN

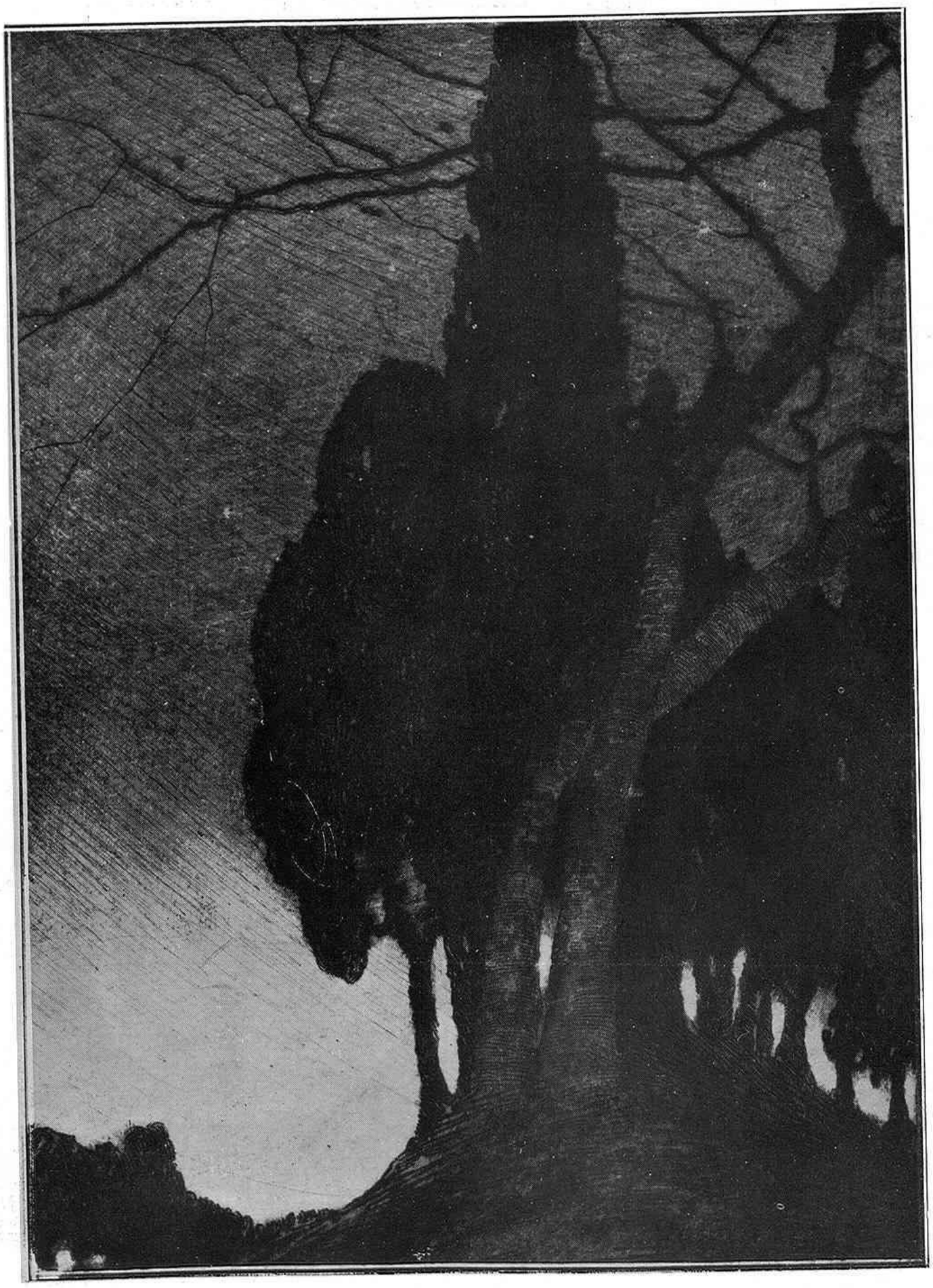
MOTIVOS SENCILLOS

El álamo romántico

En mis paseos por el valle solitario
he sorprendido la pasión que dulcemente,
como un efluvio, eleva al Sol el alto álamo...
De entre el macizo rumoroso de los árboles
que van el río mansamente bordeando,
él se ha elevado por mostrar su amor al Sol.
Y, desde lejos, ya se ve que gallardea
cuando lo mece en su caricia el leve céfiro
y en un suspiro tiembla grácil su penacho...
Es el más alto, el más esbelto de los álamos...
La más romántica y viviente aguja gótica...
Por su lirismo, el escogido de los pájaros...
El imposible de su amor le ha dado una
melancolía aristocrática á su euritmia
y á su vaivén imperceptible, dulce, lánguido...
Y es cada vez más pasional; y son también
sus movimientos de vaivén más apagados;
y el plata y verde de sus hojas, poco á poco,
toma un matiz aristocrático de oro
que se agudiza en el livor de su penacho...
Y en su fragancia solitaria goza y sufre,
que es su pasión como la excelsa de las vírgenes,
secreta y tímida, caudal que no se atreve
á confiar, como un consuelo, en otro árbol.
Mas, como yo, la ha sorprendido el sutil céfiro
y entre los árboles, burlón, la ha divulgado...
De un lado á otro, juguetón, ha ido meciendo
las verdes copas de los árboles del río,
que se han burlado, rumorosos y rientes,
de la imposible pretensión del alto álamo...
¡Qué saben ellos de las ansias inefables
por imposibles vaguedades inconcretas
en esfumados infinitos del espíritu!...
¡Qué saben ellos, sólo amantes de la tierra,
de la sublime excelsitud de lo romántico!...
Y, desde el día en que á las frondas dijo el céfiro
el dulce amor que por el Sol inquieta al álamo,
éste se encuentra cada vez más solo y triste
y cada vez se eleva más hacia el azul
con su follaje envuelto en un polvillo áureo...
En una excelsa timidez tiene un altivo
desdén piadoso por los árboles burlones
que no podrán nunca sentir su amor romántico.
Y en los susurros rumorosos de los árboles
vibra la idea, ¡oh, envidioso regocijo!,
de que en su altura no hace caso el Sol al álamo.
Mas en la paz crepuscular he visto yo,
ya el Sol oculto entre celajes irisados,
cómo ha dejado, apasionado, sobre el trémulo
airón del álamo, vibrante de emoción,
¡sólo sobre él, en la agonía del ocaso!,
un postrer rayo epitalámico de oro
con la dulzura de los besos prolongados...

Francisco de TROYA

DIBUJO DE CASTRO GIL

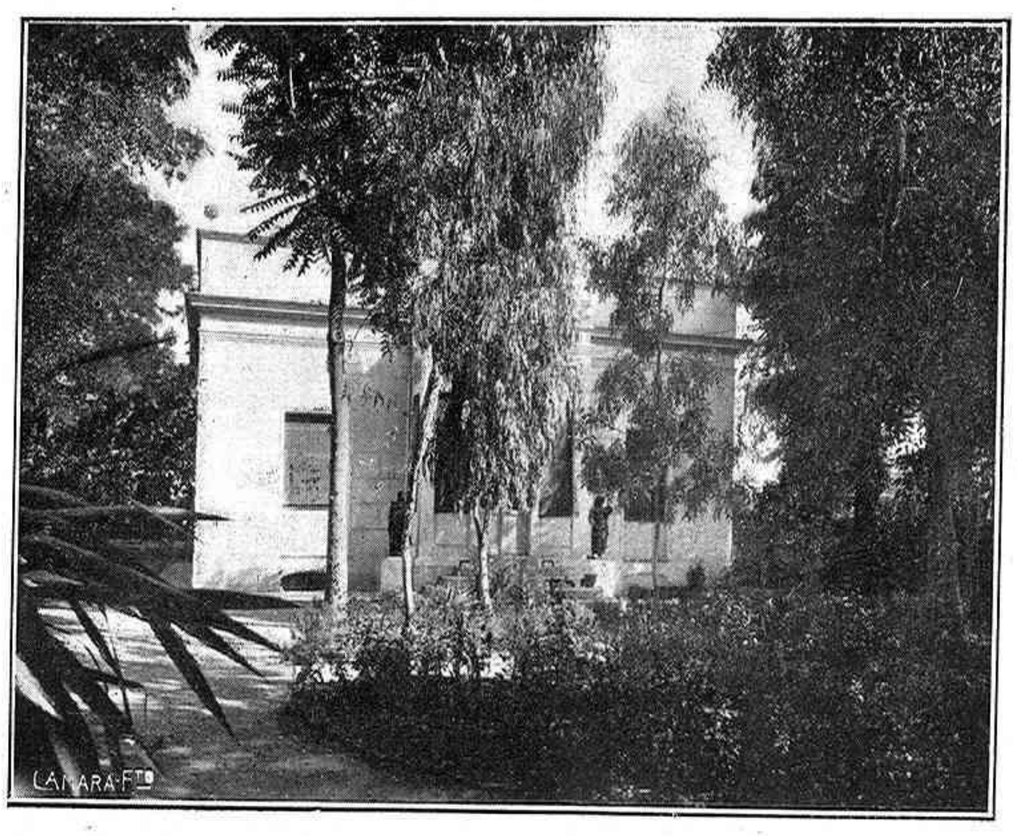


(c) Ministerio de Cultura 2006

«Retrato del pintor Valeriano Bécquer»

UN RECUERDO Y UN MONUMENTO

La Casa de los Bécquer



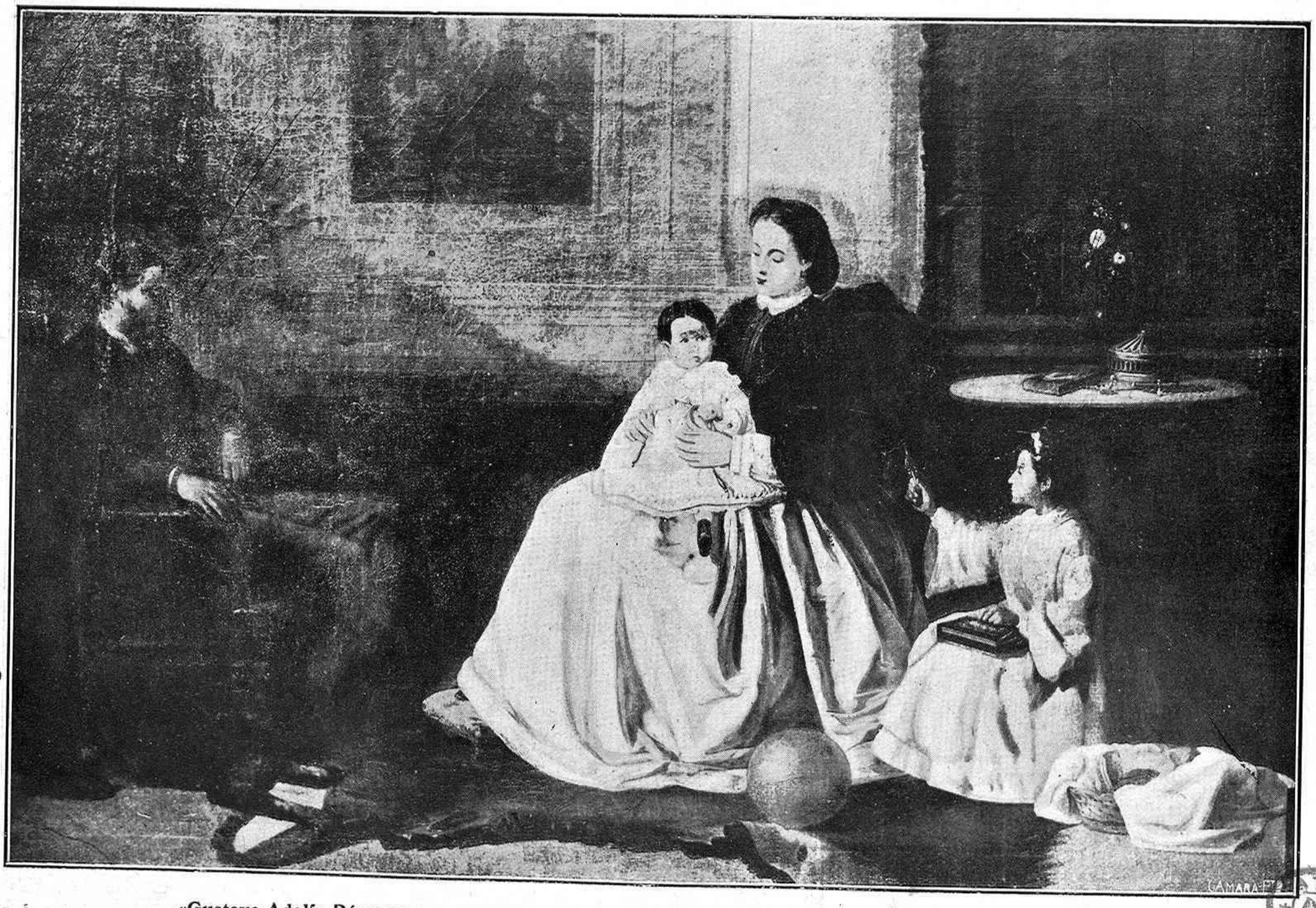
Hotelito de la calle Pedro de Heredia que habitaban en Madrid los hermanos Bécquer y en el que murió el pintor Valeriano

«Gustavo Adolfo Bécquer», retrato hecho por su hermano Valeriano

A la derecha del final de la calle de Alcalá, poco antes de llegar al puente de las Ventas, conserva su aspecto amable de retiro, entre una grata frondosidad, la antigua barriada de hotelitos de «La Peninsular». Edificados en los últimos años del reinado de Isabel II, cuando el único vehículo público más cercano era el ómnibus que desde el centro de Madrid iba hasta la puerta de los Campos Elíseos, y desde esa parada (próximamente hacia donde se halla la calle de Castelló) era preciso seguir á pie hasta aquellas márgenes del Abroñigal, vivir en la colonia «Peninsular» representaba un verdadero apartamiento de la vida madrileña, entre delicias de una existencia campesina, que realmente con honores de oasis podía aparecer esa agrupación de viviendas con jardín, en tan áridos parajes de las cercanías de la Corte.

La barriada daba á sus calles una denominación nacional. La plaza principal se llamaba de España, y es la única denominación de las primitivas que allí permanece, á pesar de la otra gran plaza del mismo nombre trazada sobre los solares de San Gil. Las calles restantes, cuya rotulación ostenta actualmente algunos nombres históricos, recordaban entonces los de las principales capitales españolas. Llegó á tener el barrio un prestigio poético, no sólo por su aspecto, sino por la calidad de sus habitantes. En uno de los hotelitos vivía la hija de Espronceda y de Teresa; en otro de la calle que entonces se denominaba de Sevilla, y ahora de Sancho Dávila, hacía una vida de disipación y de holgura Augusto Ferrán, el autor de *La Soledad*, que dilapidaba en un nido de amor cierta copiosa herencia. Y en la calle de Valencia, actualmente de Pedro de Heredia, tenían su grato y plácido refugio los hermanos Bécquer.

No ha cambiado apenas su aspecto esta vivienda aureolada por un recuerdo glorioso. Continúa ostentando su entrada el número 6, que corresponde á la numeración antigua, y un rótulo de doradas letras señala el objeto á que se halla desde hace poco tiempo dedicada la finca: «Hospital Evangélico». Una



«Gustavo Adolfo Bécquer con su esposa», cuadro de Valeriano Bécquer, existente en el Museo de Cádiz

(c) Ministerio de Cultura 2006

emoción profundamente melancólica se siente al penetrar en aquel jardín.

Yo lo he hecho en compañía de una dama que parece hacer revivir con su presencia en el vergel la fragancia de las flores de antaño, y en la casa el aliento del desaparecido hogar. Es D.ª Julia Domínguez, la hija del pintor Valeriano Domínguez Bécquer, y sobrina, por lo tanto, del poeta Gustavo Adolfo. El mismo nombre que esta señora lleva, recuerda el de la musa de las *Rimas*, Julia Espin, la madrileña cantatriz, sobrina de otra cantante famosa hija de Madrid, la mujer de Rossini, y como ella triunfante en los grandes teatros de la ópera en Europa.

Al fondo del jardín está el hotel, que es más bien un sencillo pabellón de un solo piso. Lo que era un atrio sin techo cuando los artistas habitaban allí, ha sido cubierto, formando un breve vestíbulo, que encima da espacio á una pequeña azotea junto á los aposentos de las guardillas. Y en seguida se penetra en la estancia central, que era el comedor de verano, así como el saloncito de la izquierda era el cobijo donde en las veladas invernales se congregaba la familia. A la derecha encuéntrase, en primer lugar, el aposento donde tenía Valeriano su estudio, y que, adornado con antiguos y artísticos muebles, pues los Bécquer vivían con cierto desahogo, harto lejano de la casi indigencia en que se les ha querido suponer, servía como sala de recibir.

Detrás de la estancia central, consérvase el cuarto donde dormía Gustavo Adolfo con su hijo, y al lado derecho, la alcoba donde murió Valeriano. Donde está el cuarto de baño era el aposento infantil de la hija del pintor, que recuerda al penetrar en él la mañana dolorosamente inolvidable en que los llantos y los ayes de dolor la despertaron y la hicieron conocer la desventura de su orfandad.

Guardan la gradería de granito que da entrada al hotel dos figuras, ahora pintadas de color de bronce, y que entonces, blancas, se destacaban en unas hornacinas del atrio. Representan las dos estaciones más bellas del año: la Primavera y el Verano. Generalmente suelen, en la estatuaria de fontanas y de jardines, ponerse las cuatro; pero aquí no hay vestigio de las otras dos, ni la habitante de antaño en la apacible mansión recuerda haber visto allí nunca más que aquéllas. Y esto hace pensar en una preocupación de artistas. En un afán de poseer la visión optimista de la vida, y no querer pensar más que en las dos estaciones en que la Naturaleza es más grata y en que siente de una manera más amable el encanto de vivir.

Y he ahí que, como si el melancólico Otoño y el lúgubre Invierno quisieran tomar su venganza por aquella aversión, Valeriano moría en esa casa al comenzar aquél, y tres meses después, al comienzo invernal, casi coincidiendo con el solsticio, como su hermano con el equinoccio, dejaba Gustavo Adolfo su envoltura mortal.

El hotelito de la calle de Valencia era una mansión apacible y retirada, muy digna con su quietud de recoger lejos del tráfago cortesano á aquellos artistas cuyos espíritus inquietos tanto debían rememorar los días de sus andanzas por tierras pintorescas de España buscando tipos y costumbres populares, ó las horas sosegadas de la permanencia en el Monasterio de Veruela. Gustavo Adolfo veíase, sin embargo, obligado á venir diariamente al centro, donde como director de *La Ilustración de Madrid* tenía que asistir á las oficinas, que eran las mismas de *El Imparcial*, en el número 5 de la plaza de Matute, y no dejaba luego de recalar en el Suizo, hasta que, tomando el ómnibus de los Campos Elíseos, poníase en camino hacia su apartada vivienda. En ella permanecía más tiempo Valeriano, donde, además de las pinceladas á sus últimos lienzos, entreteníanle los dibujos de la guerra francoprusiana, que al mismo tiempo que los apuntes de escenas populares madrileñas y campesinas, publicaba en la revista dirigida por su hermano, á la cual daban también análogos trabajos Pradilla y Casado del Alisal, Bernardo Rico, Perea y Pellicer.

En su refugio frondoso y florido encontraba Gustavo Adolfo el descanso inefable de la amistad. En el hotel contiguo al suyo vivía D. Francisco de Laiglesia, el historiador esclarecido, que ha hecho un culto de la memoria de sus amigos los Bécquer, y precisamente acaba de rendir en un interesante libro un nuevo homenaje á la memoria del poeta. Y cerca de allí, en la misma colonia, ya queda dicho que habitaba Augusto Ferrán, el sentido poeta de los cantares, quien, como su protagonista de *La Soledad*, había de abandonar aquellos lugares para ir á la casa de la calle de Claudio Coello, donde vivía otro gran amigo de ambos, Ramón Rodríguez Correa.

La vida familiar de Gustavo Adolfo hallaba sus dulzuras en el amor á su hijo, que se llamaba como él, y en el cariño entrañable de su hermano y de sus sobrinos. Ello era muy necesario para mitigar la amargura de aquel hombre á quien el dolor de su pasión por la hija del maestro Espin había inspirado la mayor parte de las *Rimas*, y fué luego infortunado en su matrimonio con la también hermosísima Casta Esteban Navarro.

Tú creces de mi vida en el desierto,
como crece en un páramo la flor.

Así decía el poeta, después de cantar su figura, su voz y su aliento á la mujer con quien decidió casarse, creyendo encontrar en ella el consuelo para aquellos otros amores sin ventura. Pero pronto una disparidad, harto frecuente, por desdicha, entre la belleza del cuerpo y la castidad espiritual, le hizo apartarse de su esposa, llevándose con él los hijos que en ella hubo, y á los que consagró todos sus tesoros de ternura.

Los hermanos Bécquer cuidaban de su huerto.

En él recogían las fresas primaverales, y durante el estío atisbaban diariamente el proceso de la madurez de las frutas que habían de deleitar su gusto cuando su sazón otoñal. También cultivaban su jardín. Los macizos floridos y los arriates no estaban sólo bajo la vigilancia del jardinero profesional, sino que recibían el continuo halago de los cuidados del poeta y del pintor. Pero el otoño de 1870 llegó con tanta crueldad para los moradores de aquella apacible vivienda, que las ofrendas de Flora y de Pomona quedaron abandonadas ante el paso siniestro de la implacable Pálida.

La muerte de Valeriano ahuyentó á Gustavo Adolfo de aquel paraje, y el poeta salió de esa casa, herido también de muerte para morir tres meses después que su hermano, en la calle de Claudio Coello, número 7 entonces, y 23 ahora, donde vivía Rodríguez Correa, su cordial amigo. ¡Oh, insensato destino de las cosas! El hotelito de los Bécquer tuvo en seguida otro arrendatario, y fué lugar de escenas muy distintas de las plácidas y familiares que hasta entonces había presenciado. Arderíus, el empresario y director de los Bufos, que aquella temporada había tomado el Teatro de los Campos Elíseos, hubo de alquilar la casa recoleta que había albergado á tan altos artistas, y donde hubo muerto uno de ellos, y la utilizaba para comidas y holgorios con sus amigos y las suripantas de su Compañía.

Y á quebrantar la paz del jardín y la poética morada, vinieron los taponazos del champaña, los pasos de cancán y las desenfadadas canciones de Offembach.

Pero vuelta la calma á la vivienda y al vergel aquellos, sólo un recuerdo perdurable quedó flotando y permanece en el ambiente de tan señalado paraje. El de sus moradores los Bécquer, que allí vivieron sus postreras ilusiones, y allí vieron irse extinguiendo sus preciosas vidas.

La casa sin esenciales modificaciones, y el jardín conservando su aspecto de antaño, rediviven tan interesantes figuras de las letras y de la pintura españolas. Los árboles frondosos que les acogieron bajo su dosel de verdor. Y allá, á la derecha del hotelito, crece enmarañado y copioso un viejo rosal. Tal vez le plantaron en aquel arriate las propias manos de Gustavo Adolfo; pero desde luego ellas regaron su entonces débil tronco, dirigieron sus ramas y acariciaron sus flores. ¡Oh, rosal venerable!

Una tarde, cuando esplendas florido, iremos ante ti con lírica devoción unos cuantos peregrinos del ideal, para juntar con tu perfume el aroma eterno de los versos del poeta que se recreó en tus primeras rosas.

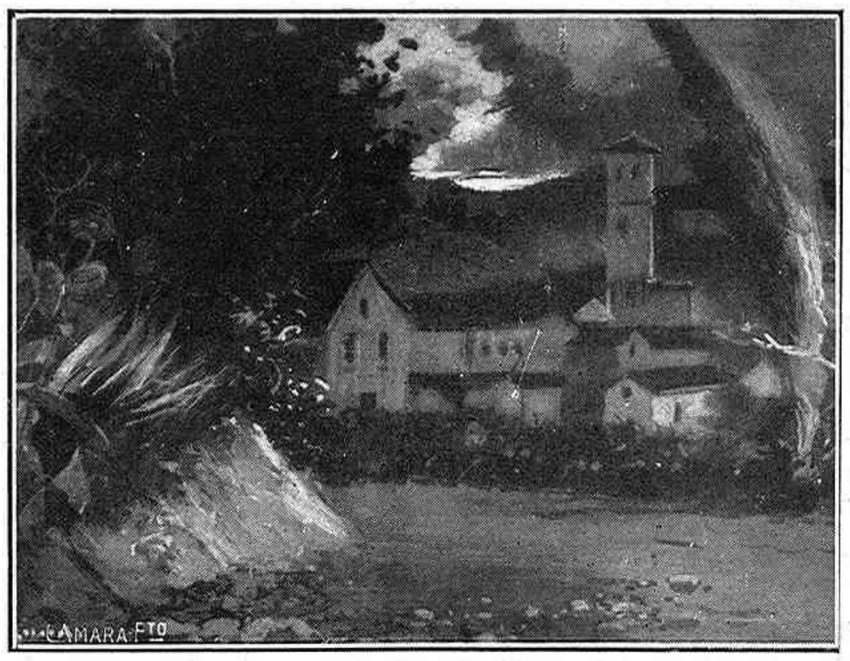
Existe el propósito de alzar en Madrid un monumento á Gustavo Adolfo Bécquer, y hay una Junta dispuesta para ello, á la cual pertenece quien estas líneas escribe. Yo quisiera proponer que, ya que el autor de las *Rimas* y de tanta poesía en prosa tiene su estatua en Sevilla, el monumento madrileño sea para los dos hermanos, tan unidos en el vivir y en el morir, y tan ilustre el uno como el otro en la diferente expresión de sus espíritus de artistas.

Es más. Huyendo de sembrar de cenotafios el Retiro y el Parque del Oeste, creo que Madrid, cada día mayor en extensión, debe ser embellecido en sus más distintos y separados lugares.

Y que no sería un desdoro para el escultor ni para el pintor y el poeta honrados con su representación monumental, el que el grupo estatuario de los Bécquer se alzase en medio de la vieja plaza de España, entre los boscajes de los hotelitos de «La Peninsular», lugar, por otra parte, llamado á una pronta importancia de población y, desde luego, el más indicado para aquel fin por su proximidad al florido recinto que conoció los días finales de Valeriano y Gustavo Adolfo Bécquer.

PEDRO DE REPIDE

LA ALDEA



En la paz amorosa de la estancia,
mientras desciende, pertinaz, la lluvia,
yo sueño con la exótica fragancia
de tu divina cabellera rubia.

Es tan triste la tarde, amada mía,
bajo el cielo plomizo y ceniciento,
que yo lloro el recuerdo de aquel día
en que te hice un divino juramento.

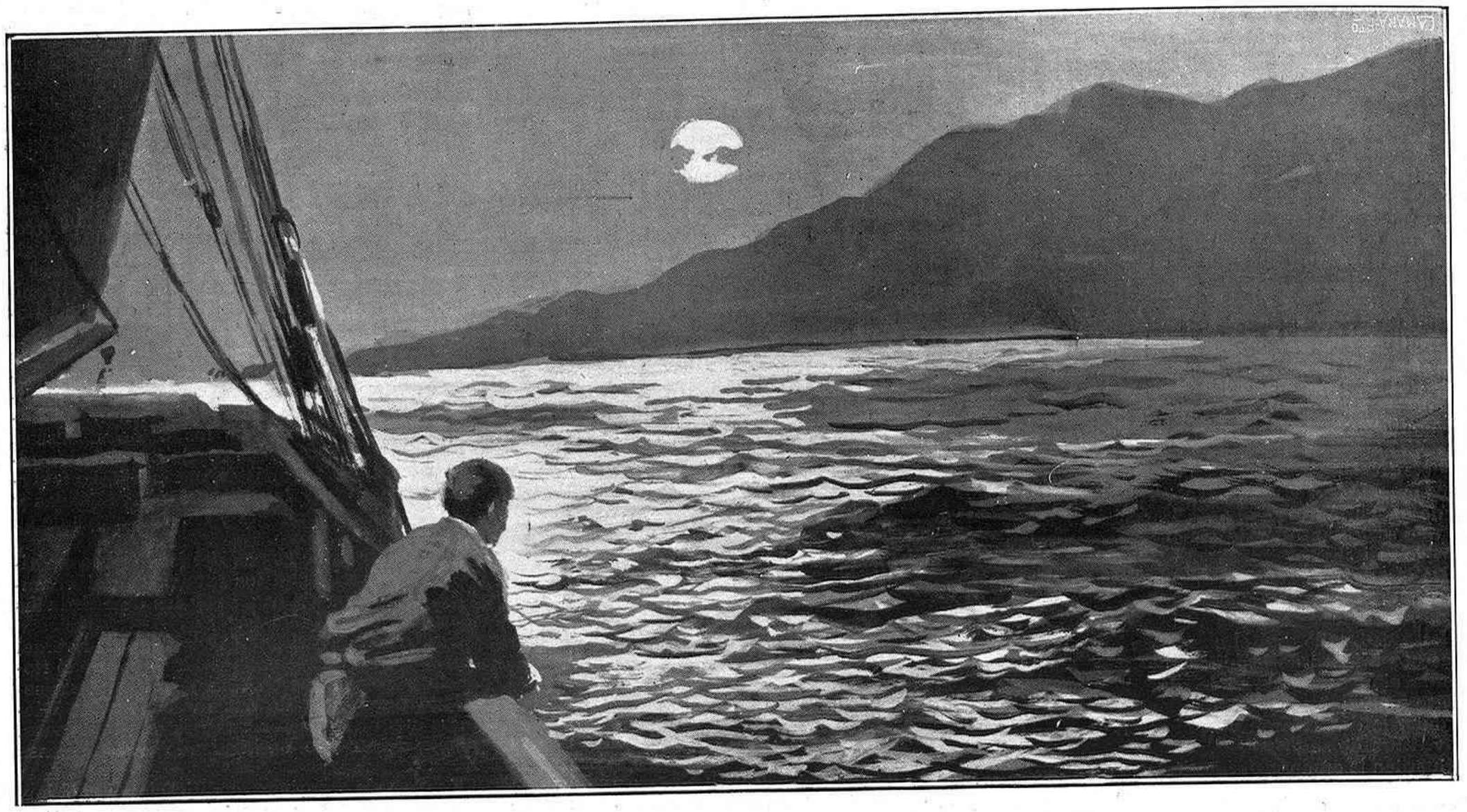
Cae la lluvia sin fin. Repiquetea
en los cristales del balcón. La aldea
queda envuelta en la paz nocturna y triste.

Y mientras sueño con tu amor lejano,
puesta en el pecho la cansada mano,
mi corazón persiste.

Armando BUSCARIMI

(c) Ministerio de Cultura 2006

MARUJILLA



¡Cuánto tarda!—rompió, impaciente, Ana María.

—El pobrecito no podrá venir antes—intercedía, indulgente, Marujilla.

—No le defiendas, mujer. Hace mal en retrasarse.

Las dos muchachas eran hermanas. Pasaban el verano en Nareña, risueño rinconcito de la costa asturiana.

La mayor, Ana María, resaltaba por su esbelta gentileza. En la hoguera de unos ojos de ébano, llenos de ansia y promesas, ardía una alma vibrante y pasional. De modelación soberana, su temperamento exaltado y fogoso rimaba con la música sonora de sus alocadas risas.

Marujilla contrastaba con ella. De claros ojos azules, como jirones de cielo, era una muñequita esplendorosamente rubia; la espuma en ondas de su cabellera besaba el nácar de aquella frente plena de luz. Y en la serena diafanidad de un mirar purísimo, latía un alma todo ternura y sentimiento. Pasionaria virginal, nacida entre abrojos, llevaba en su misma abnegación el germen de su infortunio.

Aquel verano ofrecía una novedad. Daniel, hijo de un amigo del padre de las muchachas, pasaba una temporada en Nareña. Era un brillante marino de guerra que á su rostro, luminoso y vivaracho, unía una simpatía singularmente comunicativa. Alegre y varonil, el jolgorio y la francachela plasmaban sus novelescas andanzas y galantes devaneos. Para las mujeres tenía un extraño poder de sugestión; las cautivaba con la magia de una charla zalamera esmaltada de mil ingeniosidades y picardías.

Cortejaba á Ana María únicamente por sentir el incentivo de la belleza extraordinariamente sensual que brotaba de aquella chiquilla seductora y hermosa. Ella lo sabía con ese oculto instinto femenino que adivina las pasiones suscitadas, y, halagada, se dejaba querer acogedora y mimosa.

Marujilla notó esta predilección por su hermana. En un principio, tuvo esperanzas de ser la favorecida, pero no tardó en ver su error. Daniel sólo se interesaba por Ana María. Dado á las fugacidades del amor placentero, prefería sus incitantes atractivos á la ingenuidad candorosa de la dulce Marujilla. Ella bien lo sabía. Enamorada del muchacho, le amaba con ese inmaculado cariño que sólo florece en los espíritus limpios como la azucena de su alma. El nunca lo comprendió.

Su tormento crecía por ser testigo de aquel idilio. Una mañanita dorada los vió muy juntos. Daniel oprimía, con deseo, el talle de Ana María, que, feliz, sonreía mostrándole su tesoro de gemas. Presintiéndolo, cerró los ojos. Un rayito de amor llameó en la frase temblorosa de sus labios bermejos.

□□□

—Buenos días.

—Muy buenos, Daniel.

—Ahora mismo pensaba en usted—dijo, mirándola con rara insistencia.

Marujilla, ruborosa, bajó la cabeza. Sentada graciosamente en un banco del jardín, estaba monísima. Un vestidito sencillo inundaba de vaporosidad y encanto aquel cuerpo divino.

Emocionada, respondió muy bajito:

—Mil gracias por su cariñoso engaño.

Nubló la frase en tal desaliento, que el muchacho, acercándose á ella, suplicó con dulzura:

—¿Por qué me habla usted de ese modo? ¿Tal vez le han herido mis palabras?

—¡Qué tontería!—exclamó con viveza.—¡Si estoy muy contenta! — agregó, aparentando alegría.

—Todo se lo merece usted. Es usted tan bondadosa conmigo, que no sé cómo corresponder... ¡Me sentiría tan dichoso en complacerla!... Créamelo. Se lo dice la nobleza de un amigo que le admira.

Hablaba Daniel con acento tan extraño y ponía tal unción en sus palabras, que la chiquilla creyó realizado el milagro. Su ilusión sólo brilló un momento. Una esfera diamantina rodó presurosa buscando el refugio de sus guedejas de oro.

No tuvo valor para contestar. El geranio de su boquita libertó un suspiro.

Hubo una pausa solemne. El jardín, en silencio, contemplaba la escena. Espesábase el cielo; algodones plomizos amenazaban lágrimas. Albahacas y magnolias espaciaban un vaho oloroso.

Daniel sentíase cohibido ante la inocencia nítida de aquel querubín rosado. Reflexivo, comentó:

—¡También es muy buena mi Ana María; mi...!

Un estremecimiento conmovió á la muchacha; pero pudo dominarse.

—¡Oh, sí! ¡Mucho, mucho!—gimió con desconsuelo.

Rechinaron los guijarros. Daniel prorrumpió alborozado:

—¡Es ella que nos llama!...

Gozoso, echó á correr como un niño. La chiquilla le vió alejarse. El no notó que sus pasos dejaban una estela de sollozos y un corazón punzado por el desengaño.

Marujilla sufría intensamente. Sabía que con la fidelidad á aquel cariño imposible se tejía la corona de su martirio; pero su desventura no tenía remedio. Daniel no la querría nunca..., y ella no podía... La fiebre agostaba aquel lirio núbil que llegó á enfermar. Los foquitos de su cara tornáronse obscuros; en la soledad de su espíritu recias tormentas cubrían de nieve aquella faz macilenta. Ni á su misma madre descubrió la causa de sus penas. Y en las horas de reposo, inmóvil ante la calma serena de la noche, recostaba la cabeza en el borde del balcón. La luna, entre gasas, plateaba su frente purísima, enviándole el mensaje de su luz como ofrenda de otros mundos. Extática, bañada en su propia amargura, evocaba la estatua del dolor.

□□□

Daniel volvió á Nareña. Allí le enteraron de todo. Marujilla, en su lecho de muerte, lo había confesado. En adelante no volvió á hablar de amores á Ana María. Había cambiado mucho. Aquella sonrisa que esclarecía su rostro había huído para no volver jamás. Y en los grises ocasos, envuelto en la penumbra del crepúsculo, un joven abandonaba la paz santa de un lugar de misterio... Los cipreses, gemebundos, prosternaban sus copas sombrías en oración lastimera. El paisaje se embebía en nostalgia. Todo era quietud, descanso, melancolía. Camina solo, pausado. Sus ojos, caídos, están velados por una tristeza infinita, y en las negruras de su alma lacerada mantiene inextinguible el culto á la memoria sacrosanta de un cariño inolvidable, luz mortecina de una existencia sin redención posible.

□□□

Deslizóse el tiempo; volaron los años, y un día... El sol, vencido, desangrábase sobre las remotas cumbres, deshaciéndose en cendales de púrpura; un mar, rojizo, espejaba su agonía de fuego. Los ecos lejanos de una canción vesperal sumían el ánimo en recogimiento místico. La Naturaleza hundíase, majestuosa, en el arcano solemne de la noche augusta.

Un barco resbala en silencio sobre el cristal argentado. En la barandilla, nimbada por la astral claridad, surge la efigie de un hombre. Abisma su angustia en la inmensidad celeste. Con ansia escudriña las estrellas, como queriendo arrancarlas de su palpitación rutilante el secreto de una verdad eterna y presentir en su centelleo una esperanza inefable, rocío consolador de su alma desolada.

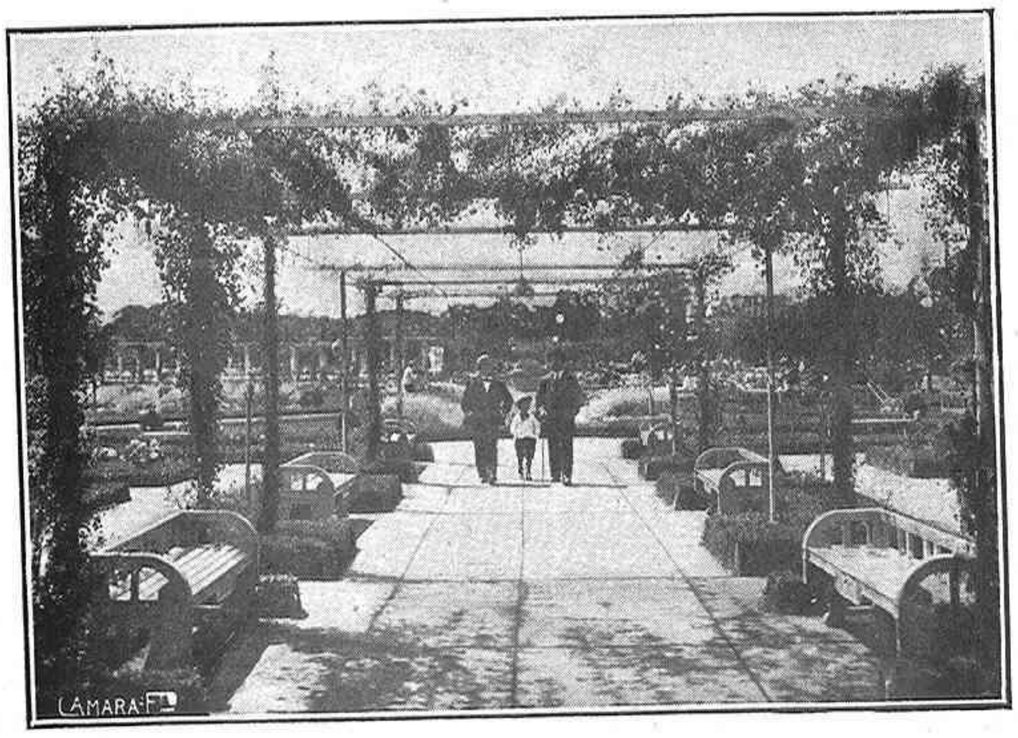
París, Julio 1922 ANGEL BOZAL

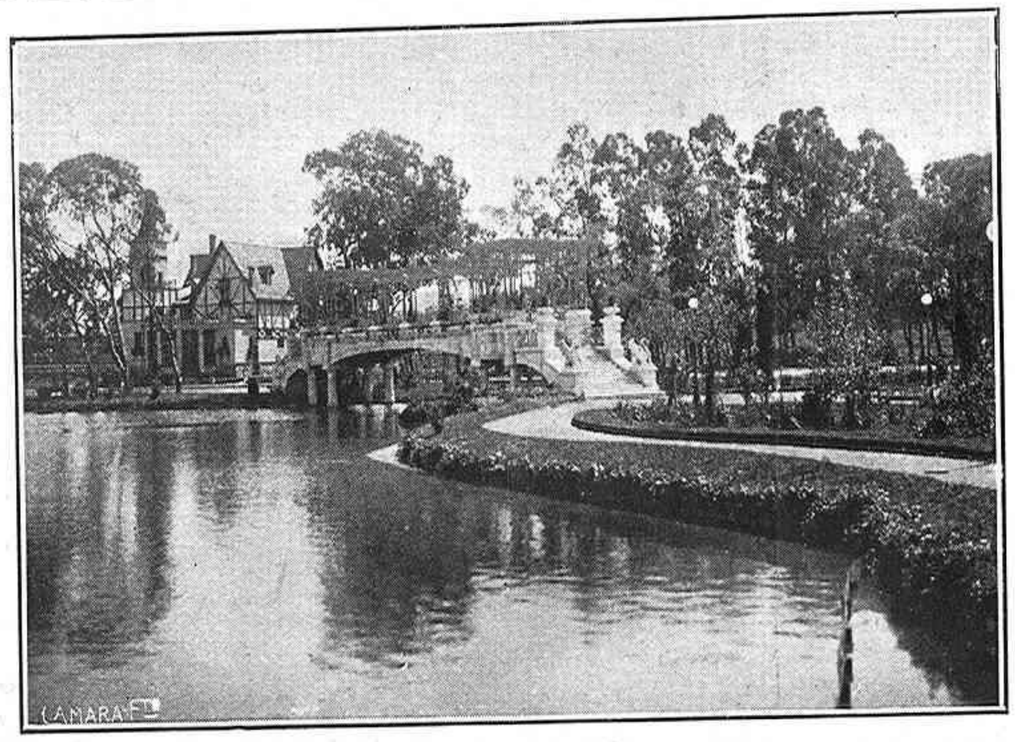
DIBUJO DE VERDUGO LANDI

(c) Ministerio de Cultura 2006

BELLEZAS DE BUENOS AIRES

EL ROSEDAL DE PALERMO





Pintoresco aspecto del Rosedal de Palermo, en Buenos Aires

Rosas, rosas; rosas, rosas...

Rosas de sangre primaveral y juvenil, rosas rojas, corazones de llamas vitales; rosas de resignación y de tristeza, rosas té, carne lírica ideal y melancolía de tardes de otoño; rosas blancas de claustro, de soledad y silencio, virtud que tiene vida, blanca rosa inmortal.

Rosas rojas: alegoría de las rudas batallas y de los soles del trópico, del crimen y de la lujuria, del odio y del instinto: forja crepuscular, blasfemia, pasión, grito, frenesí.

Ensueño, recuerdo que pone el corazón en fiesta de amargura, ¡oh, rosas amarillas!, alegóricas de las horas estériles, de las carnes enfermas, de los países remotos, de las buenas y pobres esperanzas quebradas: fiebre, fatiga, suspiro tímido, sonata de tarde larga y quieta, oro pálido, tristeza, sueño, sueño.

Y las de siempre jamás, las de la novia confiada y serena, de las lunas románticas, de las frías estepas, ¡oh, rosas blancas! ¡Oh, rosas blancas! Alegoría de la ingenua creencia que todo lo sabe, del martirio; melodía en la noche, sabiduría de patriarca, quietud, niño, jaculatoria, perdón.

Estas y todas las otras, ¡carne de mujer!

Viajeros curiosos, que han pasado por el mundo como por las sendas familiares de un jardín doméstico, cuentan no haber visto nunca (ni en las rutas usuales ni en las tierras remotas) tamaña feria de rosas vivas. Más de tres mil especies distintas, nacidas al calor de soles de todos los climas, injertos absurdos, razas teratológicas, floraciones monstruosas, frívolos caprichos de una primavera, de una semana ó de un día. Troncos rectos y diminutos, como el asta de una bandera de pigmeos, sostienen un enorme *bouquet,* digno de la más exigente Pompadour; arbustos de dos palmos abren sus largos brazos tatuados de innumerables rosas; otros, trepadores, flanquean audazmente una columna ó un pórtico; los hay rastreros, agazapados, humildes; de tronco recio, de tallo flébil, de ramas breves; los más no tienen hojas ó apenas son como pinceladas de efecto para la armonía del conjunto, y en todos se amontonan las rosas fabulosas, fantásticas, infinitas, llenándolo todo, cubriendo, invadiendo, abrumando, como en una industria gigantesca que en unos metros de terreno hubiera de producir rosas para perfumar todas las tristezas del mundo.

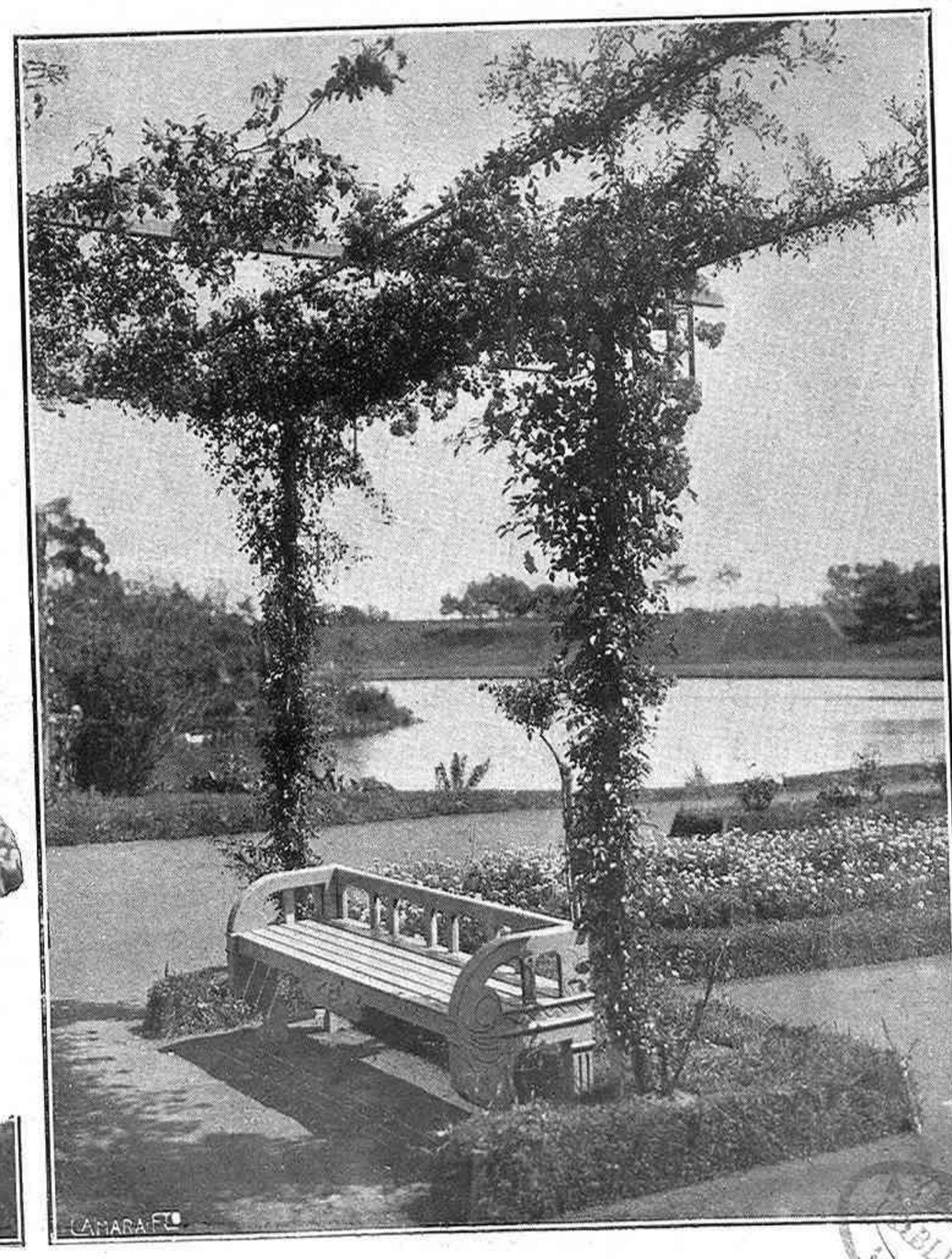
Pero no es la Naturaleza poderosa y bárbara la que exuda sus tropeles vegetales en una jubilosa expansión de energías, ni la feria ocasional que acumula pasajeramente productos de acarreo. Es el laboratorio y el jardín y la clínica y el almácigo y hasta la asamblea, todo como medido y pesado, hecho arte y ornamento bajo el cuidado vigilante de manos que, por lo milagrosas y eficaces, se creerían manos de mujer.

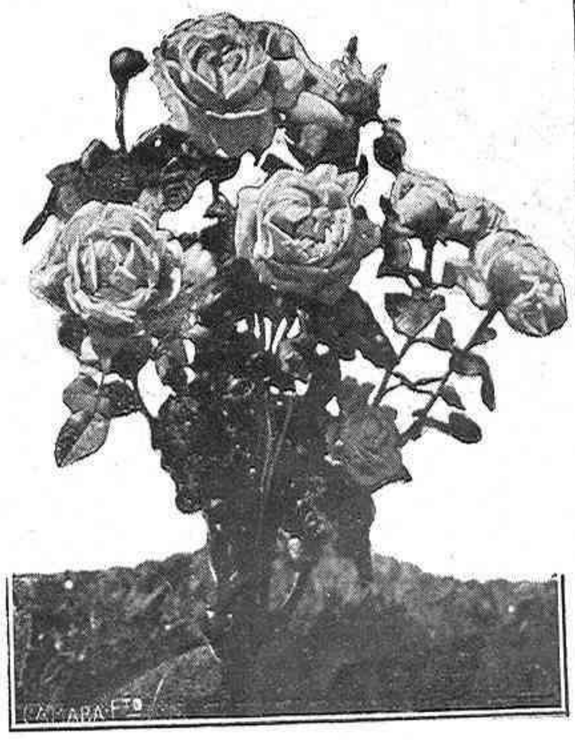
Cada rosal tiene su ficha envasada en un diminuto tubo de cristal del tamaño de un termómetro, que al ser examinado por un paseante observador parece que estuviera graduando las fiebres de las rosas. El Rosedal es el paseo predilecto en estos días de plena floración. Muchedumbres numerosas cruzan por los senderos con una devoción admirativa. Y es grato ver que ni aun en la noche encubridora no haya manos sacrílegas que corten una flor, ni bastones distraídos que estoqueen un tronco. El jardín tiene siempre un aspecto nuevo, como de cosa recién hecha, limpio, pulcro, esmerado, tal que esperando siempre la inminencia de una solemne recepción.

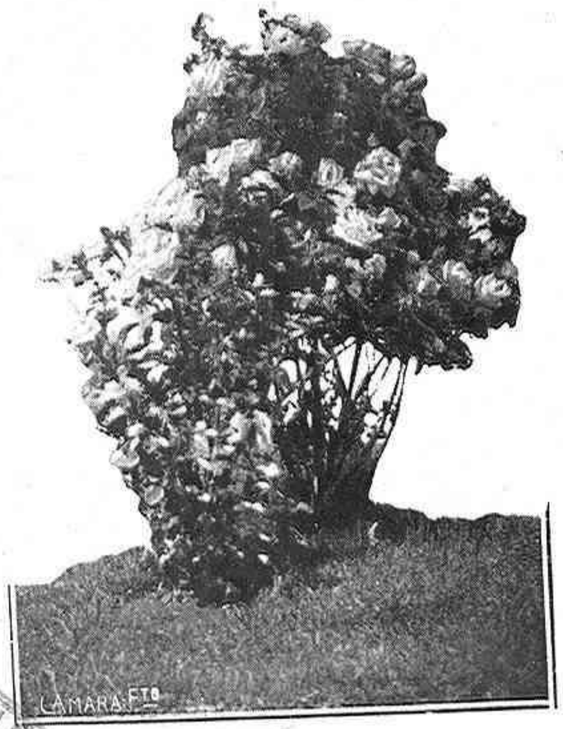
Los paseos, de polvo de ladrillo, y los bancos, de madera laqueada, ponen su nota roja y blanca junto al césped de los canteros. En las tardes de diario la concurrencia es selecta. Las gráciles figuras de estas porteñas finas, suaves, elegantes, agregan su maravilla humana al fecundo milagro de los rosales pródigos. Al cobijo de una techumbre de rosales se sorprende á veces una confidencia de ninfas ó un *flirt* discreto y mundano. Al caer el sol lanzan los pavos reales sus sonidos y desfilan por los estanques con una serenidad mitológica los aristocráticos cisnes.

Un perfume enervante embebe el aire tibio, y mientras las rosas se apagan como brasas que ya hubieran ardido demasiado, salen al cielo, á ver á sus hermanas de la tierra, las estrellas de la noche.

HUINCA RENANCÓ



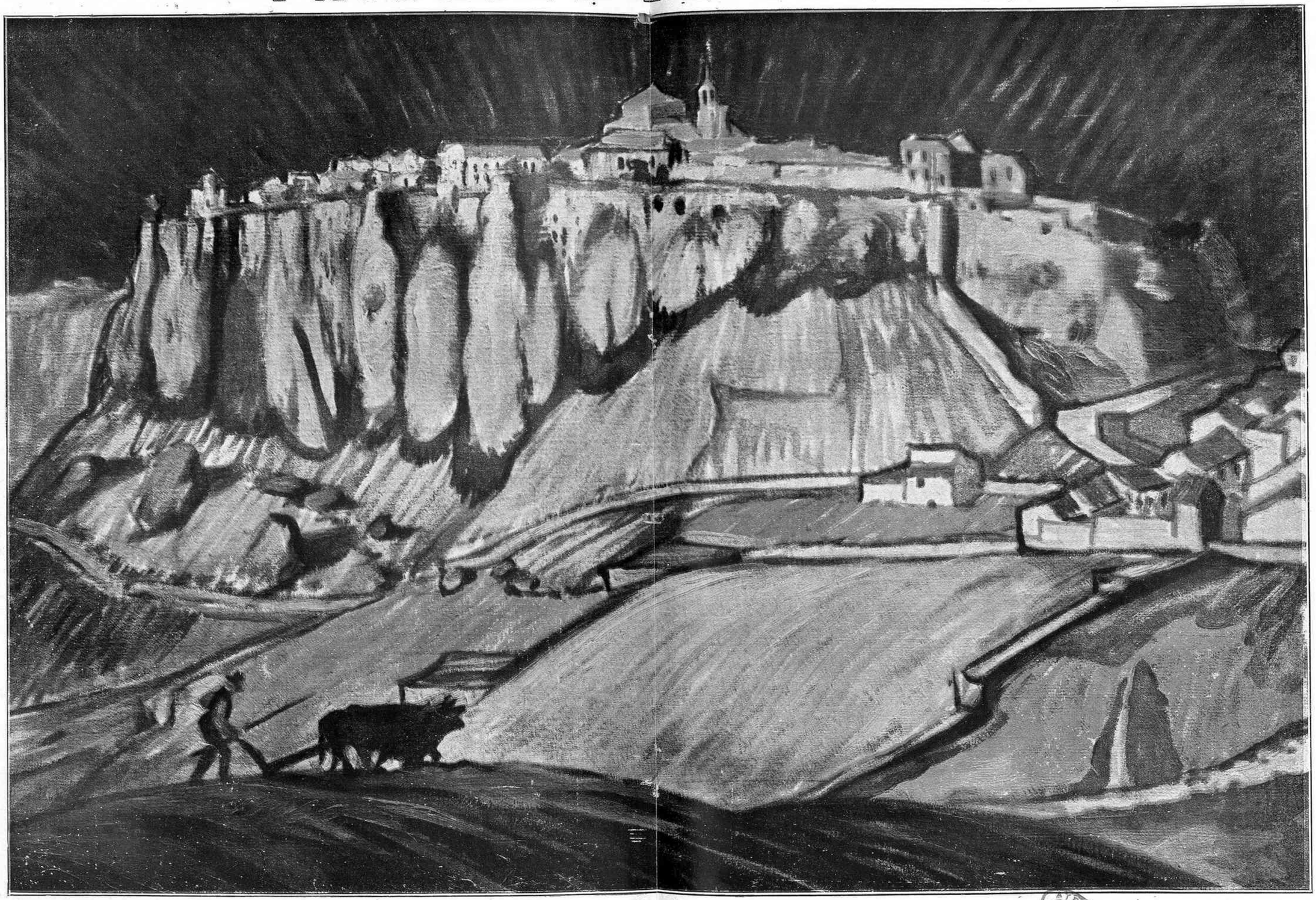




Un bello rincón del Rosedal de Palermo

(c) Ministerio de Cultura 2006

PAISAJES DE ESPAÑA



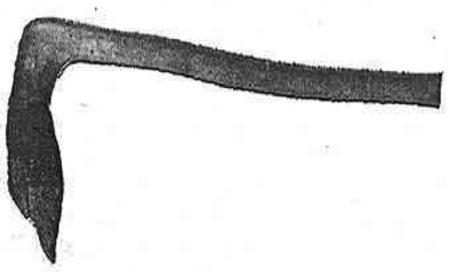
VISTA DE RONDA, cuadro original del pintor alemán B. Terhorst

HEMEROTECA BIBLIOTECA MADRID

(c) Ministerio de Cultura 2006

Hoz de ls Edad de bronce

Hoz de la Edad de piedra



Azada de la Edad de piedra

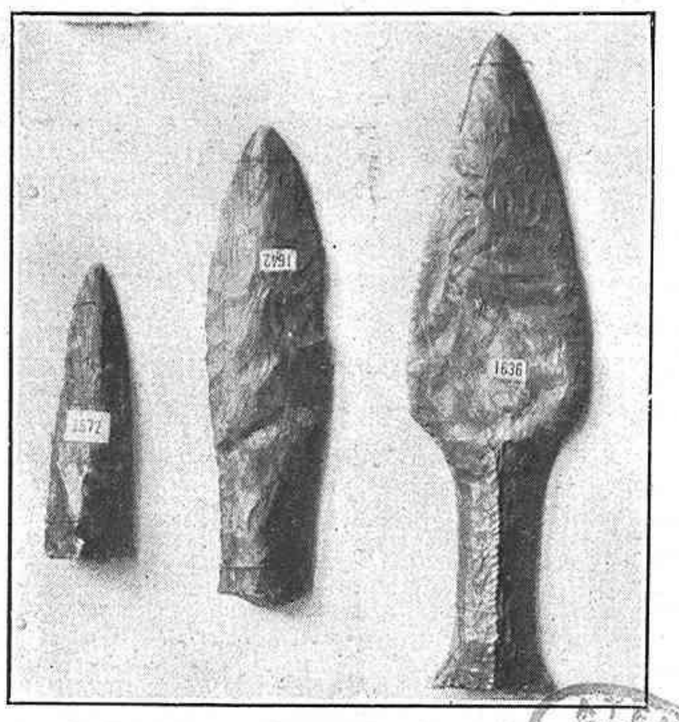
Piedra de corte con mango de cuerno, de la Edad de piedra

NUESTROS ANTEPASADOS DE HACE CUATRO MIL AÑOS

Aunque resulta más sabrosa para el público en general la lectura de acontecimientos de palpitante actualidad, ya sean pertinentes á las altas esferas políticas, ya al vulgarote crimen pasional del vino ó de la navaja, no por eso han de tenerse condenados al eterno olvido otros acontecimientos que nos interesan á todos los españoles igualmente, supuesto que se refieren á hombres y mujeres de quienes hemos recibido el germen de vida que ahora tenemos. Muchos señores de los que hoy poseen extensos y magníficos palacios deberían pensar en que uno de sus ascendientes en línea recta conquistó, en ruda lucha con las fieras, una cueva en la que albergó su familia; muchos obreros que se quejan de la ruda labor á que la necesidad les obliga deberían tener interés en saber cómo trabajaba, cómo vestía y cómo se alimentaba un antepasado suyo en aquella época, en la cual ni se conocía el oro, ni el hierro, ni el cobre; ni se sabía hilar ni tejer; ni se conocía el pan, ni los guisados, ni los licores, ni casi nada de lo que hoy nos sirve de alimento, de vestido ó de recreo. Podrán replicar que es molesto recordar tiempos en que los hombres vivían en pleno salvajismo; pero el hecho es que al esfuerzo de aquellos salvajes debemos la vida que hoy tenemos, y aquella sangre que vivificó á los citados seres es la misma que vivifica nuestros cuerpos.

Está fuera de duda que en el territorio que forma hoy la Península ibérica hubo habitantes, muchos habitantes, hace más de cuatro mil años. Es también una verdad inconcusa que de ellos descendemos una gran parte de los que ahora vivimos; y sentadas esas dos premisas, es lógico que asalte el deseo de saber cómo eran y cómo vivían aquellos hombres de quienes hemos heredado nuestro ser y nuestro valer. Aunque he fijado la fecha de cuatro mil años, hay que entender que es el espacio más corto posible, siendo muy probable que estos antepasados existieron hace cinco mil, seis mil ó más años. Yo, para mis cálculos, me atengo á una cronología, que creo muy próxima á la verdad, á saber: desde hoy hasta Jesucristo, 1.921 años; desde Jesucristo hasta la época en que se trabajó el hierro, 1.000 años; de forma que desde nuestros días hasta el tiempo en que se conoció y utilizó el hierro en España pasaron 2.921 años. Antes de la Edad del hierro hubo otra en que se utilizó el bronce, y esta Edad duró 1.200 años, con lo que tenemos una suma de 4.121 años; pero como antes del bronce hubo otra Edad llamada *eneolítica,* en la que con los instrumentos de piedra se utilizaba el cobre y el oro; aunque sólo se le conceda á esta época un espacio de 900 años, tendremos los 5.000 años transcurridos desde el tiempo en que sólo se utilizaba la piedra hasta hoy en que conocemos la peseta y el duro.

Es otra opinión particular mía (sin oponerme á otras diversas) que esos antepasados nuestros de hace más de cuatro mil años traen su origen de gentes que entraron en la Península por lo que hoy es Estrecho de Gibraltar, y estos antecesores eran de estatura alta, vigorosa y de tez morena, como procedentes de países más cálidos. De la cuestión acerca de si estos nuestros progenitores eran *braquicéfalos* ó *dolicocéfalos* no me ocupé en serio, pues en nuestros días hay seres de cabeza redonda que son muy listos y otros de cabeza ovoidal que también lo son, y viceversa; lo que más conviene saber es que aquellos hombres dejaron pruebas de su talento y de su cultura.



Puñales y cuchillos que usaron nuestros antepasados de la Epoca neolítica

Las fotografías adjuntas demuestran una y otra cosa. La primordial y más grande necesidad del hombre, es la conservación de su vida, que se consigue, entre otros varios, por estos tres medios: Alimentación suficiente, abrigo contra las inclemencias del tiempo y defensa contra los enemigos. Que aquellas gentes cultivaban ciertas plantas alimenticias que brotaban espontáneamente de la tierra, lo prueban esa hoz formada con pedernales dentados y esa azuela ó azadilla formada por una piedra cortante sujeta con cuerdas á un mango. Creerán algunos que con esa hoz segaban trigos y cebadas, como ahora se siegan; yo, sin negar esta posibilidad, opino que con esa hoz segaban hierbajos varios, que podrían servirles de alimento.

La boca de los animales que, en resumen, no es más que una hoz dentada, pudo servirles de modelo. Con la azadilla, que tiene el mango más largo, es probable que tampoco cavasen en la forma como hoy se cava con las azadas, sino que la utilizarían para arrancar plantas de pequeño tamaño, para plantar otras, para picar tierras duras que estorbasen en el interior de sus cavernas y para otros menesteres de parecida índole. La otra piedra enmangada en un trozo de cuerno, es probable que tuviera aplicación para deshacer los animales destinados, después de muertos, á su alimento, utilizándola primero para desollarlos ó quitarles la piel, operación que aun en nuestros tiempos podría hacerse con ella sin echar de menos la panzuda y afilada cuchilla.

Dando por cierto que en la época neolítica se conocía y utilizaba el fuego, se explica también el uso de ciertos vasos de labor tosca muy parecidos á las ollas de nuestros tiempos, que emplearían para cocer las carnes de los animales con que se alimentaban. De los huesos partidos á lo largo sacaban el tuétano, quizá como más exquisito manjar, ó tal vez para usos medicinales, según todavía se usa entre la gente rústica. Entre los utensilios de barro hay también especies de copas, que utilizarían para beber, no sólo agua, sino otros líquidos especiales hechos con zumo de frutas ó de plantas. En la exploración de una cueva neolítica encontré varias de las citadas ollas, que tenían en el borde del cuello una ornamentación diferente, formada, ya con la uña, ya con un punzón ó con un instrumento cortante, lo cual me hizo sospechar si cada olla de esas se destinaría á uso diverso, según el manjar que se condimentase.

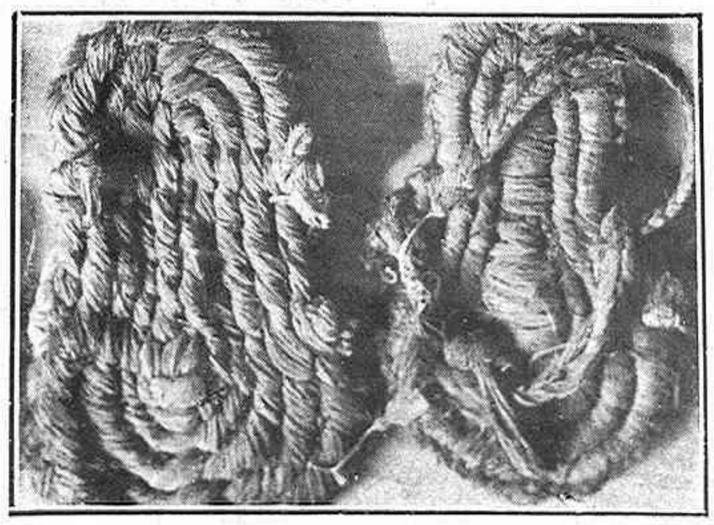
Llama la atención notablemente el calzado, en uno de los cuales se conserva la lía con que se lo ataban á la canilla del pie, siendo digno de notarse que este calzado sigue usándose sin variación alguna en varias regiones de España. En los otros tejidos de esparto se adivinan los precursores de las telas con que hoy se hacen vestidos, cortinas, ropas de cama, etc., etc., y hay bolsas confeccionadas con tal primor, que no tendría reparo la más atildada señorita en substituirla por el costoso bolso que hoy lleva á la mano. Por no multiplicar fotografías se prescinde de otras delicadas manufacturas de esparto en forma de gorro, que se debería usar para mitigar los ardores del sol estival, y que puede considerarse como el precursor del sombrero de paja y más aún del jipijapa.

Para la caza de fieras y para defensa contra toda clase de enemigos, utilizaban los puñales y cuchillos de pedernal que se ven en las fotografías adjuntas, alguno de los cuales está fabricado con exquisita perfección.

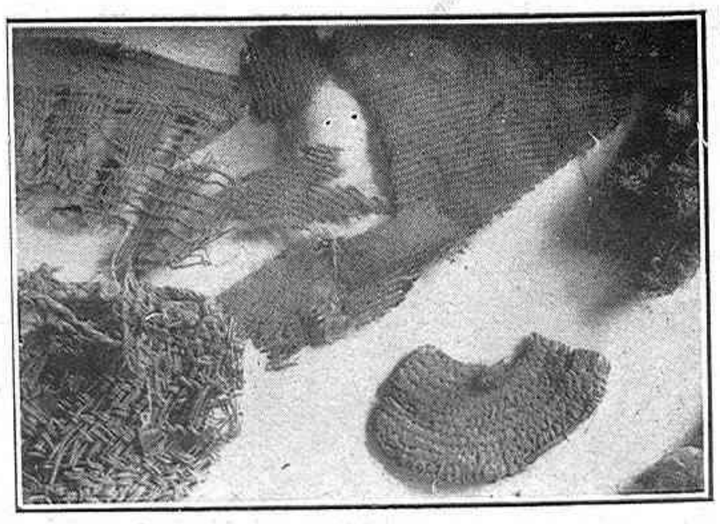
Resumiendo lo escrito, se puede concluir que nuestros antepasados de hace más de 4000 años sentaron bases tan firmes para el desarrollo de la civilización ibérica, que muchas no se han mejorado sino en los materiales de que ellos no pudieron disponer. La hoz que ellos usaron era más práctica y de mejores efectos que la que usaron mil años después, durante la Edad de bronce, como puede comprobarse por la fotografía de esa hoz. La azadilla y los puñales de la Edad de piedra siguen dando la norma de los mismos instrumentos usados cuatro mil años después; por tanto, puede deducirse la consecuencia de que aquellos nuestros remotos antepasados ni tenían menos habilidad ni menos valor ni menos apego al trabajo que nosotros, y, por consiguiente, resalta una verdad filosófica que no nos hace mucho favor, y es ésta: *La raza de los españoles ha degenerado.*

Ignacio CALVO

FOTS. M. MORENO



Calzado que usaron nuestros antepasados de la Epoca neolítica



Restos de tejidos de esparto utilizados en la Epoca neolítica

(c) Ministerio de Cultura 2006

LA MODA FEMENINA

REFLEXIONES DE UNA MUJER SENTIMENTAL

La tía Adelaida padece una aguda crisis pro matrimonio; y lo más grave del caso es que á mí es á quien corresponde sufrir las consecuencias, porque el objeto de su preocupación en tales momentos soy yo.

Empiézale el mal con el temor de que pueda aproximarse el término de sus días.

«Hija mía—comienza por decirme—: no tardarás mucho en quedarte sin tu tía Adelaida.»

La seguridad de que semejante aserción no tiene fundamento, impide el que mi réplica sea todo lo lacrimosa que ella deseara, y provoca toda una serie de recriminaciones que culminan en la frase obligada:

«Ya, ya verás cómo te acuerdas de lo que ahora digo, cuando te veas privada de mis cuidados, de mis atenciones y de mi cariño.»

Al llegar á este punto consigo generalmente que mis pupilas se humedezcan, y esto la anima, claro está, á proseguir:

«¿Quién te querrá como yo?» Y á continuación: «Es preciso que te cases, hija de mi alma. Es preciso que te cases, porque aunque los hombres están imposibles, yo no podría morir tranquila dejándote soltera.»

Tan enternecida la veo al llegar á este punto, que por breves momentos me siento capaz de aceptar cualquier sacrificio por contentarla, pero arrepiéntome en seguida.

Y no es que me oponga sistemáticamente al matrimonio; lejos de ello, deseo contraerle; pero... sin imposiciones..., á mi gusto, sosteniendo la teoría del derecho de elección, aun cuando ésta sea, como aseguran, una ficción amable nada más. Las que jamás han vivido con una persona atacada de manía casamentera, no saben el martirio que supone el oirse alabar de continuo á los solteros.

Para quienes, como yo, pretenden hacer al «elegido» un favor de incalculable precio al aceptar su amor, es sencillamente intolerable el verse reducida á la categoría de cosa útil ó conveniente.

Y menos mal cuando los ataques de la tía van dirigidos á personas que me conocen, á pretendientes desdeñados que saben cómo pienso y

no se dejan deslumbrar por las insinuaciones de la tía; pero cuando ocurre lo que anoche en el baile de la Embajada francesa..., ganas me dan de ingresar en un convento y sepultar para siempre mi belleza entre sus muros antes que oir lo siguiente. Mi tía á un joven que acaban de presentarle:

«¡Ah! ¿Es usted hijo de la condesa X?... Ya lo creo. Yo conocí mucho á su madre. Era guapísima. Y... ¿es usted casado?»

No logro oir la réplica del joven; pero la deduzco de lo que á continuación habla la tía.

«¡Conque soltero!... ¡Qué ogoístas son los hombres de esta época!»

«...»

«¿Cómo que no encuentra quien le quiera? Yo me encargo de buscarle novia.»

«...»

«Nada. No me lo agradezca mientras no la conozca. Sé de una que le convendría por todos conceptos: buena, inteligente, joven, huérfana.»

Como es natural, me indigna el que mi calidad de huérfana pueda parecerle una buena recomendación á persona de sentimientos delicados.

La ira me lleva á abanicarme con tal fuerza, que mi abanico de plumas de color coral se deshace entre mis dedos nerviosos.

Mi pareja de baile, un italiano de modales exquisitos, me mira asombrado. Poco me importa.

«Parienta mía, sí...»—prosigue la voz de la tía Adelaida.

«...»

«¡Oh, por Dios! Es usted muy amable. Sí que se parece á mí..., cuando era yo joven, naturalmente.»

«...»

«Ahora mismo voy á presentarle...»

Pero yo no me detuve á escuchar. De un salto me puse de pie y emprendí una carrera á través del salón, seguida de mi atónita pareja. Y claro está. Ya no me atreví á salir á bailar en toda la noche.

Por no dar ocasión á la tía Adelaida de presentarme al hijo de la condesa de X, me quedé sin cenar, sin bailar y sin lucir la última creación de un nuevo modisto húngaro que posee el secreto de todas las elegancias.

Un vestido de crespón de china, color de rosa muy pálido, forma enteriza y sin mangas, adornado al filo con un diseño oriental bordado en plata y colocado sobre una funda estrecha de tisú de plata, cuya falda remata una cola en pico, que se enrosca á los pies y alarga la figura.

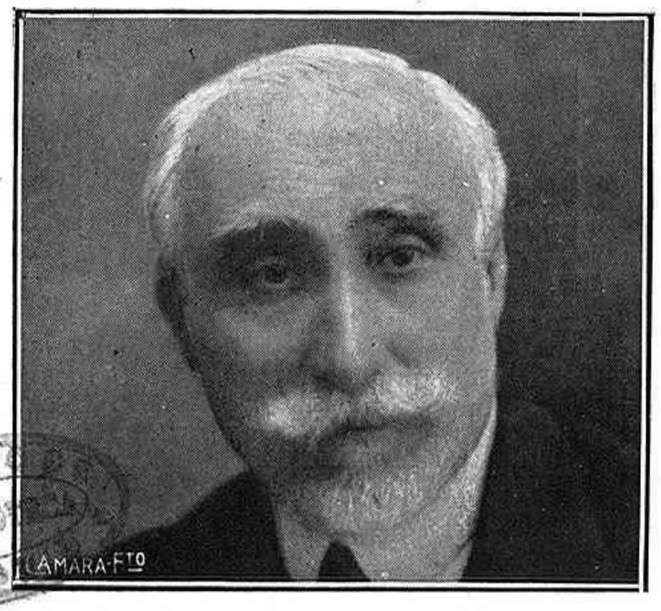
Si la tía no mejora, sin pérdida de tiempo, de su manía, huiré de su lado para siempre.

(c) Ministerio de Cultura 2006

UNA ENCUESTA INTERESANTE PARA LA INTELECTUALIDAD ESPAÑOLA Y LA HISPANOAMERICANA

EL ESTADO Y LOS ESCRITORES EN ESPAÑA

Con este título publicó LA ESFERA, pronto hará un año, unos interesantísimos artículos llamando la atención de nuestros gobernantes, de la opinión pública y de nuestros publicistas, acerca del grave peligro que para el progreso espiritual de España y para el beneficioso influjo de nuestro espíritu en los países transatlánticos de habla española entrañaba la crisis que atraviesan escritores y periodistas; y al indicar al Estado la necesidad de una política que los protegiese, apuntábanse para resolverla algunas ideas que nosotros mismos, al encabezar los artículos, calificamos de atrevidas, por no aplicarles el adjetivo que nos dictaba nuestro escepticismo en cuanto á la comprensión que aquéllas y el problema hallasen en nuestro mundo político, tan indiferente, al parecer, hasta ahora, para las necesidades del intelectual. Algún tiempo después, al ver que la Prensa francesa aplaudía y estimulaba la constitución de una Comisión parlamentaria para resolver la misma crisis en su país, alegando razones nada menos que de alto interés universal, por la influencia que el espíritu galo ejerce allende los mares, nuestro patriotismo, saliendo por los fueros del glorioso espíritu español y de nuestra lengua, que habla media América, nos impulsó á hacer nuestras aquellas iniciativas que lanzara á la discusión, en dichos artículos, su ilustre autor D. Miguel Sánchezdalp, y á emprender una encuesta por el mundo político, con objeto de sugerir en él atención é interés para tan vital problema. Periodistas y autores de libros deben leer detenidamente las opiniones que aquí transcribimos, y comprender que de ellos, y sólo de ellos, á juicio de las más relevantes personalidades de la política, depende la resolución de la grave crisis que les afecta y les entorpece el cumplimiento de su elevada misión.



D. ANTONIO MAURA

DON ANTONIO MAURA, *director de la Real Academia Española*

—Escritores y periodistas—comenzó diciendo el Sr. Maura—padecen y pagan el mismo mal que aqueja á las demás clases de la sociedad española: su falta de cohesión, su egoísta y disolvente individualismo... Para el mejoramiento y la dignificación de la clase periodística, y hasta para el progreso de la cultura de España, considero no sólo necesario, sino indispensable, la creación de la Escuela de Periodistas. Es lamentable que el periodismo sea una profesión abierta para cualquiera, é inadmisible que no se le cierre á quien, al ejercerla, demuestre falta de escrúpulos. Me parece muy equitativo que al periodista, tras veinte años de ejercicio de su profesión, la Ley le dé derecho á ingresar al servicio del Estado. Ahora bien; como no es cosa de que ingresara por la cola, y, á la vez, si se le colocase en el puesto digno de sus merecimientos y de sus aptitudes, lesionaría derechos adquiridos, el legislador ha de atender á salvar este inconveniente, lo cual podría bien ser destinándole á misiones culturales, informativas y aun de propaganda española y españolista de que estamos necesitados. Y en cuanto á la subvención á las Asociaciones de la Prensa, me parece muy bien, sobre todo para atender á fines de previsión...

Después del amparo que el Estado debe al periodista, pasó al que debe al publicista:

—Me parece una excelentísima idea, de grandísima importancia para llegar á una compenetración beneficiosa en lo espiritual, que alcanzaría también al orden material, con las Repúblicas hijas de España, la creación de una gran Asociación de publicistas españoles y americanos, por el Estado español y con la cooperación de los americanos de habla española. Sería un acierto beneficiosísimo para España y para las naciones suramericanas la creación, de consuno con ellas, de tal Asociación, que contando con talleres y corresponsales propios, y tarifas de franqueo y de transporte especiales, disponiendo del necesario capital inicial y de crédito á largo plazo para proveerse de papel, ambas cosas con el aval y, naturalmente, con el control del Estado, y de la entidad bancaria que adelantase el capital y de la proveedora del papel, tuviese también su sección aneja de Banco de la Exportación Editorial, del que podrían beneficiarse los demás editores, y la de Banco Hipotecario de la propiedad literaria, y fuese una gran Sociedad editora que libertase á los escritores de sus muchos parásitos... Dícese que el éxito de la Sociedad de Autores Españoles estribó en que el mismo día de su nacimiento tenía ya que cobrar unos miles de duros; el de la Asociación de que tratamos estaría igualmente asegurado, como se proponía en los artículos de LA ESFERA, con el impuesto sobre las obras de libre dominio— lo cual para mí no es ninguna novedad, porque Rovira ya tuvo presentada una moción sobre eso—y sobre las traducciones en general, y con el monopolio de las bibliotecas circulantes ó de alquiler del libro.

—¿De modo que le gusta á usted esta idea? —insistí, al oir el entusiasmo con que la celebraba.

—Mucho, mucho—repitió.

Muy agradecido á su amabilidad, me despedí pensando: «El insigne estadista no ha olvidado que dirige la Academia Española, ó sea la de los hombres de Letras...»

D. JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ

DON JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ, *presidente de la Asociación de la Prensa*

Para conocer su opinión, le abordé en el Salón de Conferencias del Congreso de los Diputados, momentos antes de una intervención parlamentaria suya. Quizá por eso fué muy breve.

—Me parece lo que se ha pedido en esos artículos de LA ESFERA para los periodistas, un sueño muy bonito; pero de dificilísima realización. ¡Con lo abrumado que está el presupuesto!... ¿De dónde sacar el dinero para eso?... En fin, interpréteme usted eso, como usted sabe...

Me conformé con transcribirlo, porque respetándole mucho, no me encontraba con fuerzas para imitar su magistral estilo ni disfrazar su pensamiento...

DON JUAN DE LA CIERVA

Quien recuerde las duras injusticias que parte de la Prensa ha inferido á este insigne político, creerá que en nuestra entrevista aconsejó una degollación de periodistas...

—Siento una grande admiración por el periodista y un gran amor á esa profesión, aunque le extrañe á usted—empezó.

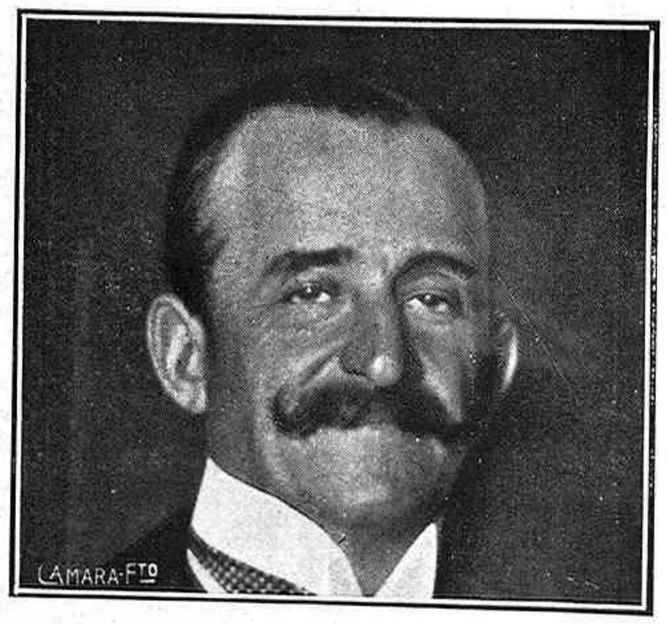
Porque no creyese que le lisonjeaba, no le interrumpí diciendo:

—No me extraña; por de pronto, usted fué el primero que quiso implantar en España el descanso dominical para los periodistas, y bien le combatieron por esa iniciativa los mismos que ahora la defienden.

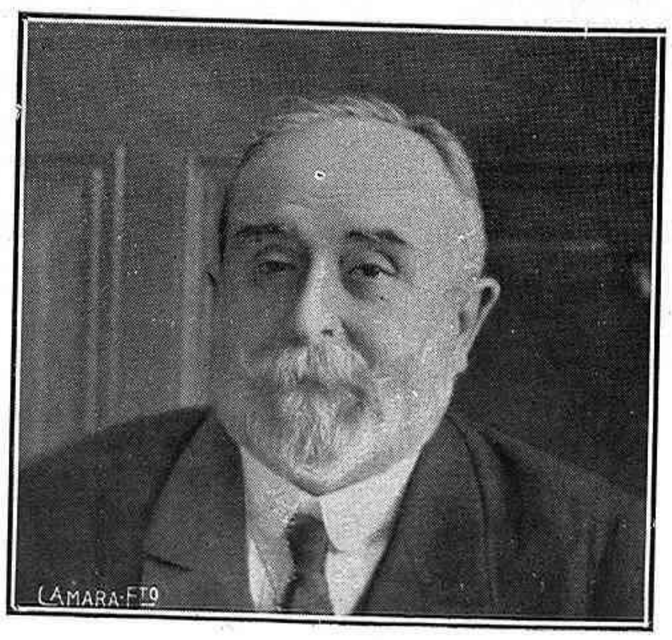
—Me parece muy bien—continuó—cuanto se haga por beneficiar al periodista. Subvencionar sus Asociaciones benéficas y de previsión. Igualmente, estoy conforme en que al periodista que tras veinte años de ejercer su profesión necesite apoyo, que se lo preste el Estado. Lo que no me parece bien es el someter ese apoyo á normas legales. Sobre todo, para que la gente no piense que los políticos, por granjearnos indulgencia en nuestros fiscales, que son los periodistas, tratamos de hacer de ellos una clase privilegiada. Los políticos no podemos actuar más que influídos por estados de opinión, y en el momento que los periodistas lo creasen á favor suyo, no tendría inconveniente en reglar la protección que se les debe, ya que la industria que los utiliza, por las especiales circunstancias en que se desarrolla, vive desmedradamente, sin poderles remunerar debidamente. No soy partidario, en cambio, de la creación de la Escuela de Periodistas. La mejor para hacerlos es la vida...

Al interrogarle acerca de la creación de la Asociación de publicistas hispanoamericanos, contestó:

—Eso me parece una gran idea—dijo—, de enorme trascendencia, no sólo para nuestros publicistas, sino para nuestra Patria. Merece estudiarse con todo amor. Para ello deben gestionarse tratados de propiedad intelectual con todos los países de habla castellana, de cuyo cumplimiento se encargarían los corresponsales de la Asociación. Con un insignificante derecho por la reproducción de artículos de periodistas españoles en periódicos suramericanos podría quedar resuelta en buena parte la situación económica para lo presente y para lo futuro de muchos escritores nuestros. Me parece bien, igualmente, la imposición de un tributo por las obras extranjeras traducidas al español, y digno de estudio la reforma de la propiedad literaria para aplicar en justicia la ley sobre la usura en determinados casos; la ampliación del plazo de prescripción de dicha propiedad y la imposición de un tributo á las obras nacionales de libre dominio, y me parece exagerado el exigir á las Empresas que editen solamente un cierto número de obras traducidas, puesto que basta con hacerlas tributar por este concepto para apoyar á



CONDE DE ROMANONES



D. JUAN DE LA CIERVA

(c) Ministerio de Cultura 2006

nuestros autores. Finalmente, hay que hacer ambiente y trabajar resueltamente en el estudio de estas ideas para que la indicada Asociación de publicistas hispanoamericanos propuesta sea una realidad.

DON INDALECIO PRIETO

Me dirigí á él y no á otro representante en Cortes de la minoría socialista, por ser tan gran periodista como parlamentario. Le expuse el objeto de mi indagatoria, y de buenas á primeras me replicó:

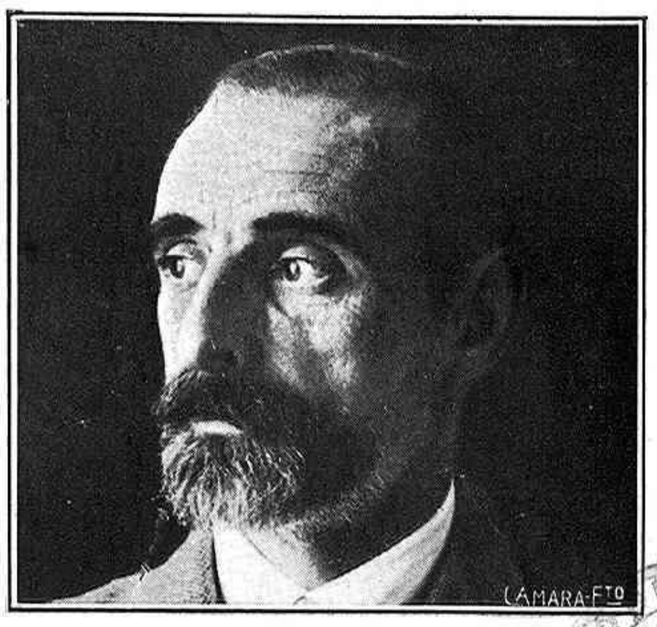
—Para los periodistas no debe concederse nada. Lo contrario sería hacer de ellos una casta privilegiada... Tampoco soy partidario de la Escuela de Periodistas... Ahora bien: lo de la Asociación de publicistas hispanoamericanos, eso es otra cosa muy importante y podría ser de mucha trascendencia para España...

EL MARQUÉS DE ALHUCEMAS

Con la cordialidad elegante, sin dejar de ser efusiva, que caracteriza á este perspicaz estadista, me habló así:

—Hace ya años que, al estudiar los sectores de la sociedad española necesitados de protección y amparo en nuestra legislación, deduje, no la conveniencia, sino la necesidad, para el bien patrio, de que el Estado se los prestase á periodistas y publicistas. Me he resistido, no obstante, á tomar la iniciativa. Los políticos hemos de actuar impulsados por estados de opinión, y el intentar apoyo para clases numerosas é influyentes que no lo han demandado—y esto es lo lamentable en escritores y periodistas—puede dar ocasión á la malicia para atribuir á tal empresa propósitos é intenciones de captación. No le extrañará, pues, que al leer aquellos artículos en La Esfera me pareciese beneficioso para el progreso de España que se trate tal problema en la Prensa, es decir, que se le haga ambiente, que se le haga opinión. Lo extraño es que no se le haya hecho antes. Y lo lamentable sería que á esta *enquête* no siguiera una campaña decidida y constante de periodistas y publicistas para conseguir la realización de cuanto estamos tratando ó de otras ideas que lo mejoren, sobre todo después de haber hallado usted propicia á la mayoría de los políticos á interesarse por este problema. Me parece de justicia, una reparación, cuanto apoyo y amparo se preste al periodista veterano, en cualquier forma que sea, bien concediéndoles pensiones á los caídos en invalidez por senectud ó enfermedad, bien utilizando sus valiosas aptitudes y facultades el Estado, al cual no le faltan, por desdicha, lugares en donde darles fructífero empleo; la creación de la Escuela de Periodistas, la subvención á las Asociaciones de la Prensa y demás instituciones de previsión para el periodista.

La clase periodística ha sido y es una de las más preteridas y desdeñadas, que más han sufrido y que más bien han hecho en España; el apoyo que ahora se pretende darles no sería un privilegio, sino una reparación justísima. Desde luego opino que esa protección debe tener sus normas legales: así, todos, fuesen cualesquiera los ideales políticos que hubiesen sustentado, tendrían iguales derechos á la protección del Estado al fin de su carrera, pues igual la merecen quienes defienden este régimen que quienes con sus utopias, atacándolo, lo impulsan á progresar y operan la natural evolución política. Todo lo expuesto no obsta para que me parezca más grande, más interesante, de más necesaria y urgente realización, por lo que afecta al porvenir del espíritu español, y por muchas razones, todas de alto interés, la creación de la Asociación de Publicistas Hispanoamericanos. Será la mejor y á la vez la más sólida base para implantar una eficaz política hispanoamericana, para intentar la reconquista espiritual de América, muy beneficiosa en lo moral y en lo material para España y las naciones transatlánticas, sus hijas. Hay que reformar la Ley de Propiedad literaria, establecer el impuesto sobre las obras de libre dominio y sobre las traducidas á nuestra lengua, y con gestionar y conseguir que los Estados suramericanos lo establezcan igualmente, desaparece el temor de competencia para nuestros editores en las obras de aquellas condiciones que se publiquen en el Extranjero; y en fin, que me parece muy interesante cuanto en aquellos artículos de La Esfera se propone para crear tal Asociación. No creo que ésta perjudique á los editores, sino todo lo contrario: les



D. FRANCISCO DE A. CAMBÓ

favorecería en un punto muy importante, con el Banco de Exportación editorial.

DON FRANCISCO CAMBÓ

—Me parece simpática y digna de atención—dijo—la idea de resolver la crisis que atraviesa el periodista y el publicista españoles, y desde luego, para resolverla, no debemos escatimar estudio ni esfuerzo. No le extrañe que en Francia, al resolver esa crisis, se preocupen hasta del problema de la vivienda. En Barcelona lo hemos re-

D. INDALECIO PRIETO

suelto para nuestros periodistas. Ahora bien: puestos á ello, voy á decirle algo que no es una improvisación. Estoy convencido de que, dentro de cincuenta años, las gentes se escandalizarán de que haya habido una época en que se haya considerado como industria libre la Prensa; de que se haya podido dar el absurdo de que un cualquiera haya tenido derecho para fundar un periódico; de que frente á todos los poderes del Estado haya podido alzarse otro poder irresponsable como la Prensa, más fuerte que un Parlamento. De seguir como hasta aquí, la Prensa toda caerá en manos de poderosos núcleos capitalistas. Ya ocurre algo de eso; por ejemplo, en Inglaterra, donde lord Northcliffe dispone de una fuerza periodística enorme, y desde su yate en alta mar, por medio de un radio, puede imprimir rumbos á la opinión pública de su país. Esto ni puede ni debe continuar así. Del mismo modo tampoco debe cualquiera tener derecho á ser periodista. Así como para ejercer la Medicina, la Abogacía ú otra carrera, para ser periodista debe haberse cursado esta carrera y adquirido el título en la correspondiente Escuela después de haber demostrado su aptitud. Creada la Escuela, solamente deben quedar con derecho á ejercer el periodismo los actuales periodistas á quienes se debe proveer de su título, y desde luego el Estado debe asegurarles una independencia económica que les permita consagrarse con toda lealtad al progreso del espíritu de la nación.

—Creo que la Asociación de publicistas es un asunto interesante desde el punto de vista hispanoamericano; pero me parece que al escritor le conviene que no desaparezca la libre concurrencia.

Esto último no debe tomársele en cuenta, por obedecer, sin duda, á no haber tenido tiempo de estudiar este asunto, cuya exposición extractada le había enviado yo con bastantes semanas de antelación.

EL CONDE DE ROMANONES

Este sagaz y cultísimo estadista, fué, como acostumbra, breve, pero expresivo:

—Me parece muy bien esa campaña en pro de nuestros periodistas y de nuestros publicistas. Cuantos amen el enaltecimiento y la difusión del glorioso espíritu hispano, la aplaudirán como yo, y desearán que La Esfera persevere en ella y que el resto de la Prensa española y la suramericana la secunden, como los políticos debemos secundarla en el Parlamento, traduciendo en leyes las beneficiosas ideas que en aquellos artículos se sustentan. Lo que se refiere al apoyo del Estado, á los periodistas, como la creación de su Escuela, me parece, más que justísimo, necesario, y la creación de la Asociación de Publicistas, una hermosa idea digna de llevarse á efecto, porque sería el medio más eficaz para compenetrar á las naciones de lengua hispana con la nuestra. Y á quienes crean que este entusiasmo mío en beneficio de publicistas y de periodistas obedece á miras ó intenciones de captármelos, les recordaré que por mí, por creerlo de justicia, tuvo la Prensa el anticipo reintegrable para salvarla de un momento de tremenda crisis..., y poco tiempo después tuve que dejar la Presidencia del Consejo de Ministros, á impulso de la campaña de Prensa más violenta que se haya hecho contra un jefe de Gobierno... Y, para concluir, no omita usted mi satisfacción por que haya sido un diputado de mi partido el primero que haya estudiado ese trascendental problema y haya iniciado esa campaña en favor del publicista y del periodista en sus artículos de La Esfera; y que el autor de esos artículos, Sánchezdalp, es un hombre tan modesto, que, á pesar de nuestra intimidad, no me había dicho nada de ellos, que por haberse publicado en ausencia mía, no habría conocido, si usted, con motivo de esta encuesta, no me hubiese llamado la atención.

—No se ha olvidado usted de que es, merecidamente, el presidente del Ateneo de Madrid—le dije.

—Aunque no lo fuese, pensaría lo mismo: que hay que mejorar la situación de nuestros periodistas y de nuestros publicistas—dijo, y nos despedimos.

La falta de espacio me obliga á omitir, bien á mi pesar, las palabras entusiastas con que se expresaron en pro de la protección que el Estado debe á periodistas y publicistas el insigne presidente del Congreso, *D. Gabino Bugallal*; el el gran estadista y gran publicista, de enciclopédica cultura, que preside el Senado, *D. Joaquín Sánchez de Toca*, y una de las personalidades más valiosas de la política española, *D. Santiago Alba*, cuyas frases, además, no podría estampar aquí, porque le prometí no publicarlas sin someter la transcripción á su examen, lo cual no me ha sido posible, y yo soy cumplidor de mi palabra.

* * *

Glosa final:

Ahora, periodistas y publicistas ya no podrán justificar su falta de espíritu de clase con el tópico de la indiferencia de los políticos para los intelectuales...—E. GONZALEZ FIOL

MARQUÉS DE ALHUCEMAS

(c) Ministerio de Cultura 2006

FÉMINA

INTERESANTES

Sentimos no compartir con la mayoría de nuestros compatriotas su preferencia por las tobilleras, ni aun por las mujercitas de veinte años. Es más: creemos que es más bella una mujer en el comienzo de su otoño que en la florida etapa primaveral. Y desde luego, más interesante.

Pero no enredemos motivos tan distintos, y vayamos por orden, como en un estudio académico. Veamos por qué el tobillerismo resulta vencido, á pesar de sus innegables encantos, casi siempre superiores á los de la fémina en su treintena. Todo depende de los propósitos del admirador. El hombre que ha llegado á la edad de comprender á Eva y á Venus, si prefiere á las colegialas, no cabe duda de que merece la calificación de voluptuoso de la carne y frívolo, y que se declara indolente ó incapaz ante el delicioso peligro de una pasión honda y entrañable del drama del amor, amargo conforme va arraigándose seriamente. Compararíamos los menudos placeres bonitos de galantear á una damisela á los de un cultivador de tulipanes, entretenido y vanidoso con su ligera devoción, deportista mundano. Comprendemos la alegría de contemplar un cuerpo ágil y elástico, de líneas vibrantes, búcaro lleno de una esencia con fragancias nuevas. Mas no ya el espíritu, la carne, ¿puede interesarse, inquietarse, embrujarse, con un amorío de comedieta? Lo dudamos, lo negamos. Menos jugar al ajedrez con un contrincante que sepa menos que nosotros, nada tan desprovisto de curiosidad como un idilio con una muchachita angelical ó diabólica. Se adivina siempre lo que sigue, igual que en las obras de teatro candorosas. Se necesita que ella haya vivido, sufrido y gozado mucho, que en sus esperanzas se mezcle el miedo, que los remordimientos induzcan á un anhelo de purificación, para que su mirada y sus palabras tengan el misterio, la vehemencia y la complicidad del verdadero amor. El vino y las pasiones femeniles ganan con el transcurso del tiempo. Las niñas mayores semejan gratos y aromáticos refrescos estivales. Las casaderas caminan hacia una dicha discreta, como si dijéramos á cortar el cupón de una felicidad apacible. En cambio, enamorarse y enamorar á una mujer en la plenitud de la vida significa entregarse á todas las intensidades, renunciar acaso á los goces fáciles de la galantería, profesar en el sacrificio.

Decían los Goncourt que la persona á quien en la mesa gustan los pescados y las legumbres, lo que humorísticamente denominaríamos la acuarela de la cocina, ya revelaban con esto una sensibilidad delicada. El contraste afirma la verdad de la observación de los autores de *Los Hermanos zingano*. Porque aquellos que alardean de carnívoros, glotones del jamón y la parrilla sangrienta, rociados con mostos capitosos, pecan de incomprensivos, toscos, agresivos y macizos. De idéntica manera, desconfiad de los enamorados del tobillerismo. Se declaran egoístas, banales, atentos sólo á su regalo. Lucen sus amoríos como una rosa en la solapa. Y lo que importa para sentirse vivir es arrancarse el corazón como una rosa atravesada por las espinas de sus propias ramas...

Cuidado. Nos ponemos demasiado graves y sentimentales para esta época de la gabardina entallada. Desviemos un poco el curso de esta charla. Vamos con la paradoja de que una beldad es más bella en su decadencia. Sí. Queda repetido. Esos encantadores, juguetones, adorables animalitos de color de rosa, que son las tobilleras, ganarán en *charme*, en sugestión, cuando principien á marchitarse. Nos referimos á las realmente bonitas. Las otras, las que únicamente poseen el vulgar privilegio de su juventud, esas desaparecen mediocre, obscuramente al declinar día tras día. Porque su atractivo consiste en la novedad, en la frescura de la materia no gastada, en que nada parece pobre antes de estrenado. Permitidme un ejemplo, que, quizá, sin duda, carece de aliento poético. Aceptadlo en gracia á su plasticidad. Un traje catalán; con un traje catalán incluso puede alardearse la tarde de lucirlo por primera vez, convertida por eso en tarde de domingo. A la semana, da lástima el terno que era ofensivo de petulancia, y que está como un paraguas mojado, de lamentable. Al revés de lo que ocurre con un tejido garantizado por el plomo británico, que, según se usa, adquiere ductilidad, suavidades, la suprema elegancia de la sencillez. Y una seda, ¿no es más dulce á la mano y al oído y á la vista cuando ya no cruje recién salida del telar? Las mismas flores, que nadie suele conservar en el vaso, al irse mustiando, intensifican su color, su perfume. El crepúsculo emociona como ninguna hora de la jornada...

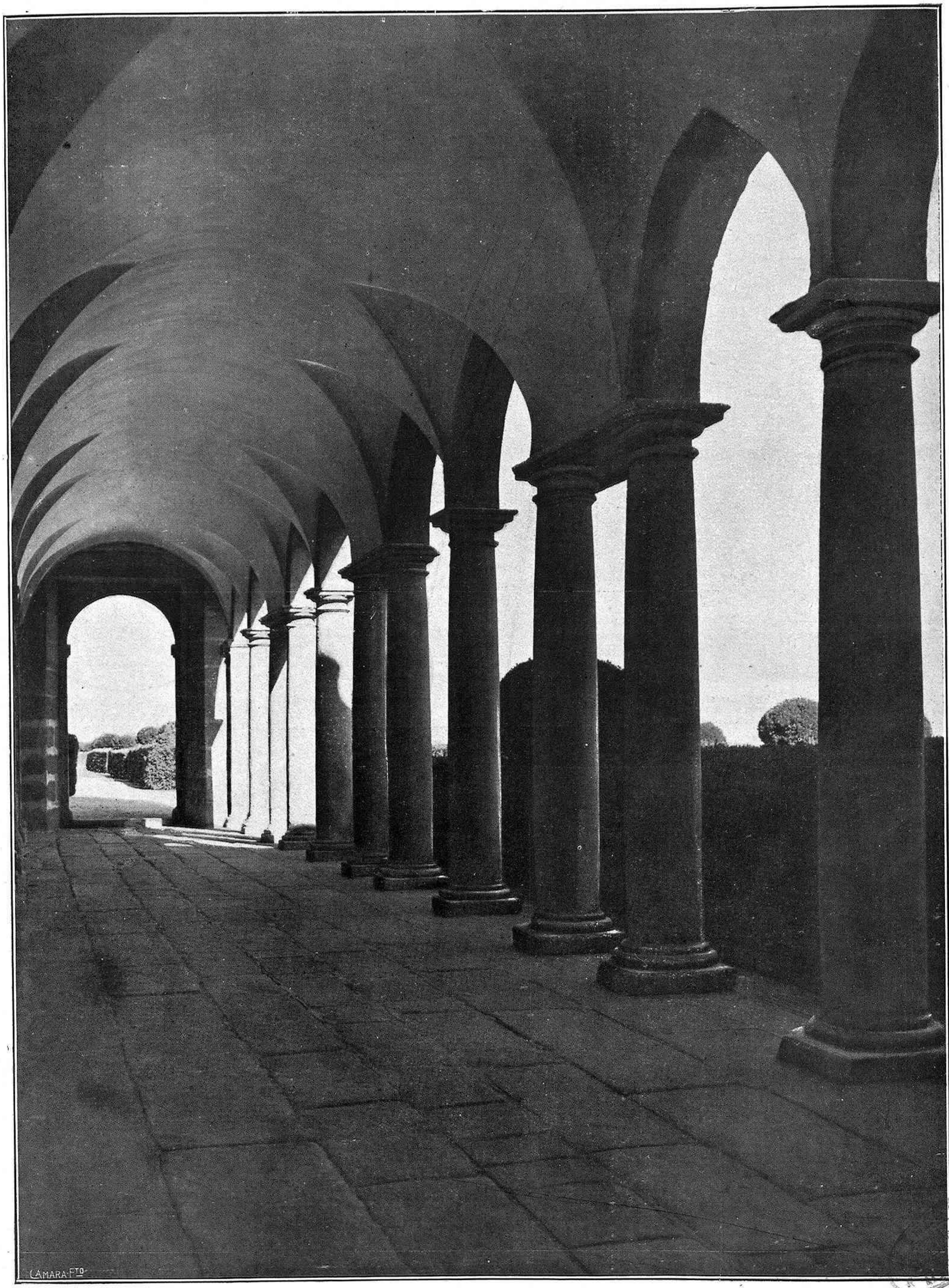
No acabaríamos con los ejemplos. Pero nos asalta una duda. ¿No nacerá el inexplicable encanto de las decadencias, precisamente de la engañosa visión, de la nostalgia que traen de la juventud de las cosas y los seres? El arte, como el amor, como la vida, se enriquecen según lloran por el pasado irremediable ó por el porvenir que no podemos aproximar á nuestro antojo. El sentimiento camina fatalmente por ese cauce de imposibles, como el río entre las orillas condenadas á no juntarse nunca.

Federico GARCIA SANCHIZ

DIBUJO DE OCHOA

(c) Ministerio de Cultura 2006

LA RIQUEZA ARQUITECTÓNICA DE ESPAÑA

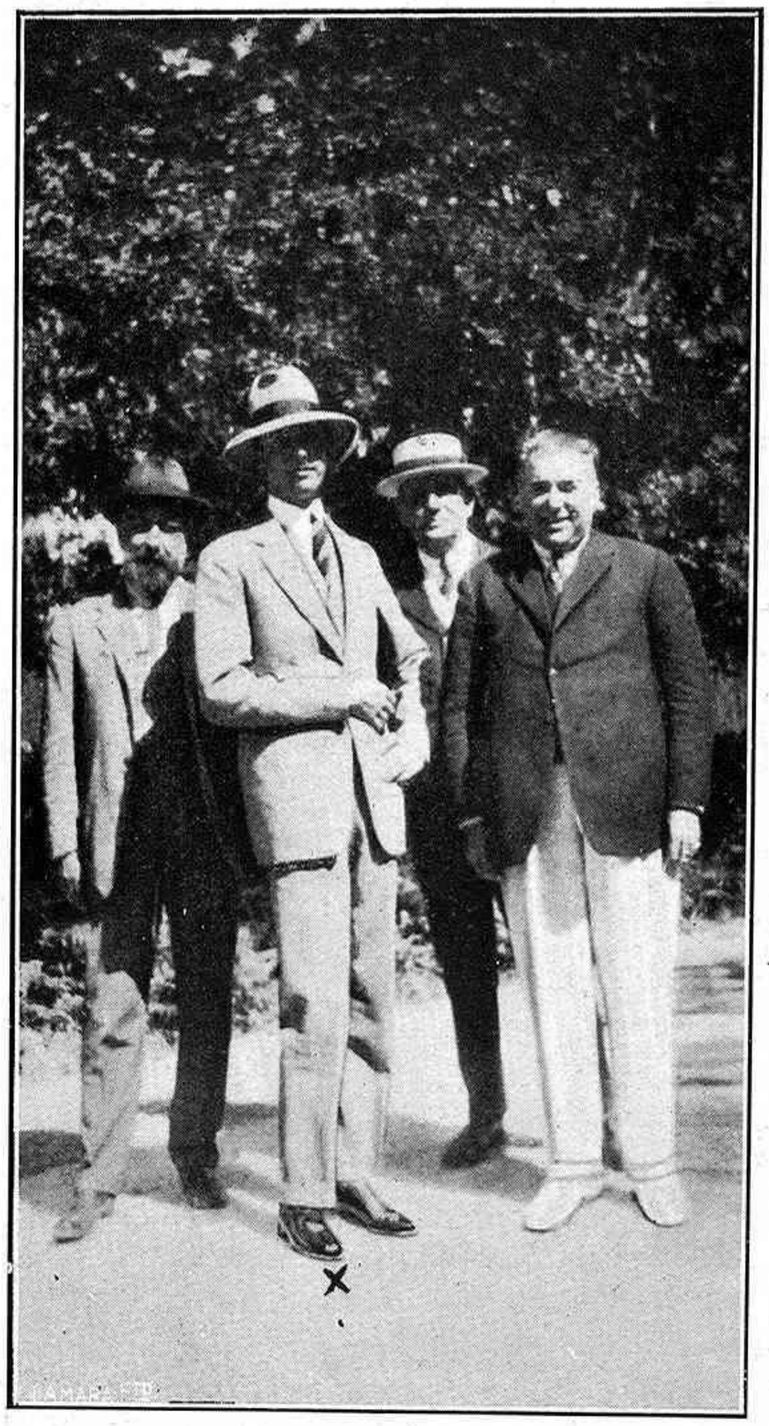


Interesante y bellísimo claustro que sirve de paso, en el lado de las sepulturas reales, á los jardines del Monasterio de El Escorial

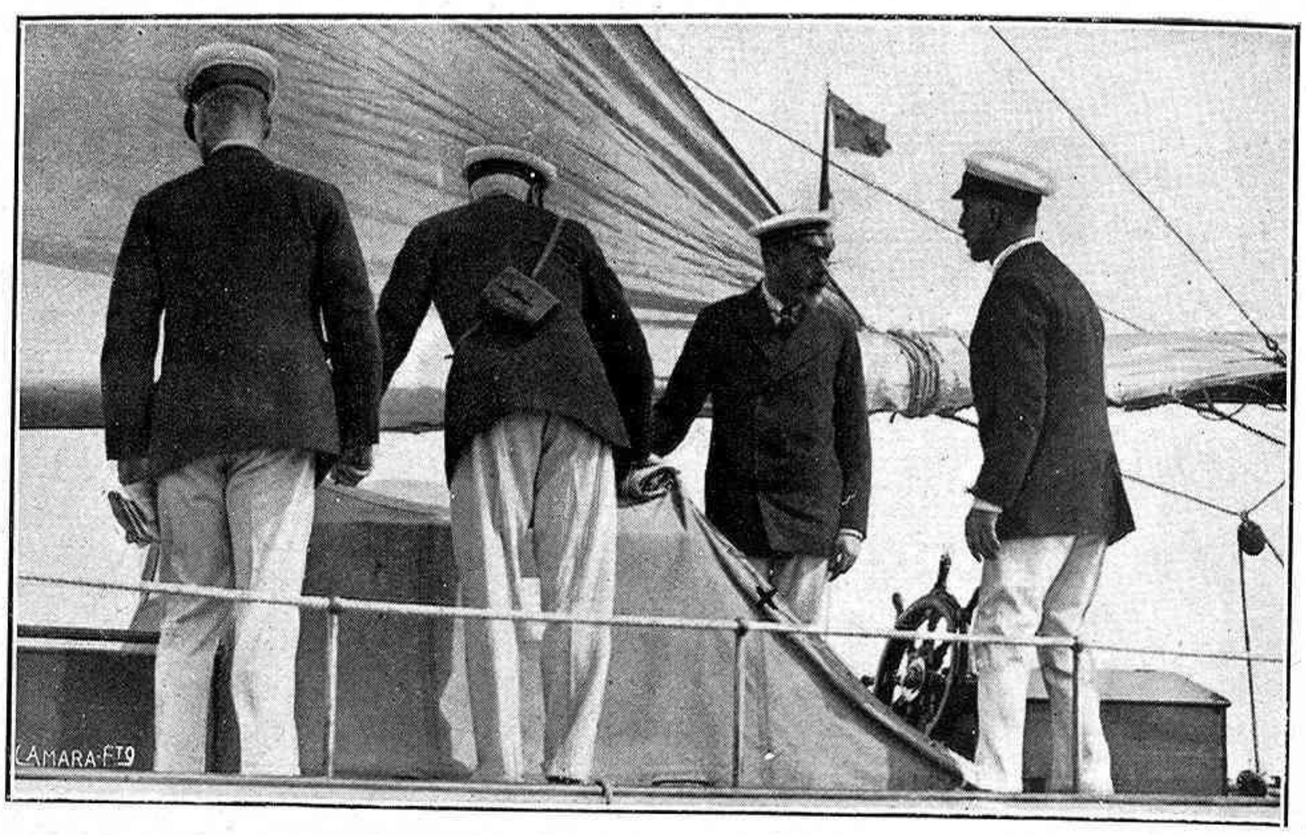
FOT. WUNDERLICK

(c) Ministerio de Cultura 2006

DE NORTE A SUR



El Príncipe Humberto de Saboya, heredero del trono de Italia, que ha desembarcado hace pocos días en Vigo; su profesor el almirante Bonaldi, y el comandante del crucero «Ferrucio»
FOT. GUEDES



Presenta la adjunta fotografía al heredero de la corona de Italia, S. A. Humberto de Saboya, Príncipe de Piamonte, que hace pocos días desembarcó en Vigo, del crucero *Ferrucio*, donde realiza actualmente un viaje de instrucción. Acompañan en el grupo al augusto personaje el almirante Attilio Bonaldi, profesor del Príncipe, el comandante del crucero, Sr. Cantio, y el súbdito italiano, residente en Vigo, O. Alberto Magnomo. Los rumores circulados hace pocos días acerca de un proyectado acuerdo matrimonial, entre dos casas reinantes de Europa, dan un gran interés de actualidad á la presente nota gráfica.

Nota saliente de la actualidad extranjera han sido las famosas regatas de Cowes, que se verifican anualmente por esta época, y á las que ha asistido este año el Rey de Inglaterra, patroneando su yate *Mavoureen*. Nuestra fotografía ofrece uno de los momentos más interesantes de esta célebre fiesta deportiva, á la que suelen concurrir los mejores *yachtmen* de Europa y América.

La ilustre escritora D.ª María Valero de Mazas, autora del libro titulado «Pequeñas y serias cuestiones sociales», que está siendo muy elogiado por el público y la crítica

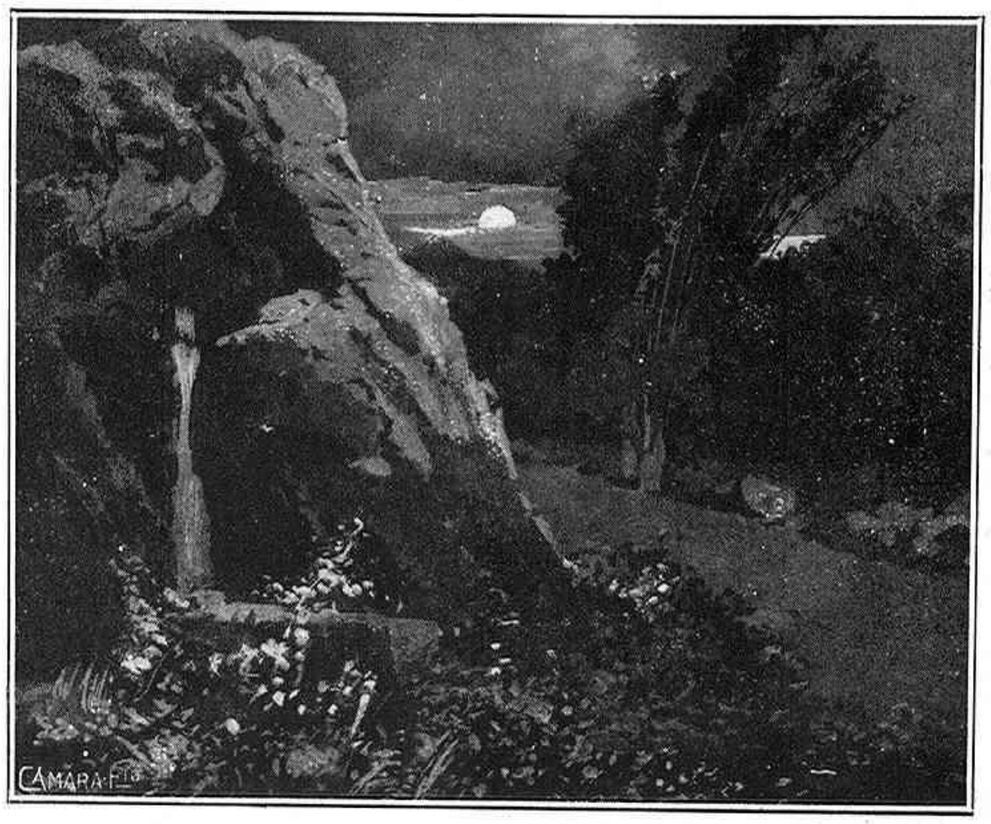
La bellísima y aristocrática señorita María del Rosario Sanchis Creixach, que ha sido elegida reina de los brillantes Juegos Florales efectuados en Valencia recientemente con motivo de la feria, que como todas las fiestas que se celebran en la hermosa ciudad levantina, ha sido una espléndida manifestación de su cultura y de su gusto artístico

Carroza presentada por el Círculo de Bellas Artes, de Valencia, en la Batalla de Flores organizada con motivo de la feria y que obtuvo el primer premio

(c) Ministerio de Cultura 2006

La Leyenda de la Fontana

(BALADA)



En un rincón olvidado
de una comarca lejana,
y en el valle más florido,
circundado de montañas;
entre vergeles de flores
que el rocío de la mañana
con multicolores perlas
irisadas engalana;
entre vergeles lozanos
y la polícroma gama
que el arco iris destella,
ilumina y abrillanta,
que el buen padre Sol triunfante,
con brillo de fuego esmalta,
tiñendo con sus dorados
rayos de luz escarlata;
en este valle escondido
á las pupilas humanas;
en este tranquilo valle,
de una paz nunca turbada,
corren las aguas tranquilas
de una escondida fontana.
Como un rumor cristalino,
como una lluvia de plata,
esta antiquísima fuente
destila siempre sus aguas.
Fuente vieja, fuente humilde,
melancólica fontana,
en que á través de los siglos,
como una caricia alada,
mezcla de rumor campestre
y de conseja fantástica,
pervive el murmurio blando
y suave de sus aguas.
Fontana dulce y vetusta,
donde se cuenta que es fama
que, en otros tiempos ya idos,
peregrinos se paraban
á calmar su sed, gozando
de su transparencia clara
y de la frescura límpida
de sus cristalinas aguas.

. . . . . .

Era en los siglos ignotos
en que á las bellas pastoras
enamoraban los príncipes
y celebraban sus bodas
llevándolas á los tálamos
y convirtiendo las horas
de sus vidas, siempre agrestes,
en leyendas melancólicas...
Cuenta la leyenda que hubo
una inocente pastora,
de corazón candoroso
como inocente paloma,
que aguardando al noble príncipe,
de guedejas como blondas,
soñaba junto á la fuente
sus venturas amorosas,
en la espera del momento
en que una voz cariciosa,
de mayestática estirpe,
mezclase la sangre roja
de su alcurnia con la azul
de sus venas, gota á gota.
Su humilde ilusión aldeana,
romántica y soñadora,
de la fuente en el espejo
reflejaba á todas horas.
Y pasaban los donceles
con sus dalmáticas rojas
y sus blasones heráldicos
sin notar la voluptuosa
amargura de sus ansias,
como el azul candorosas.
Y soberanos y príncipes,
en cabalgatas fastuosas,
cruzaban el fértil valle
donde estaba la pastora
aguardando un imposible,
siempre inquieta, siempre ansiosa.
Y así pasaban los días,
y así volaban las horas...,
sin que los reyes ni príncipes
contemplasen su persona...

. . . . . .

Pero la pastora humilde,
siempre junto á la fontana,
alimentaba sus sueños
con la serena esperanza
de que alguna vez vería
su quimera realizada.
Ilusión que la encendía
con dulces rayos de plata,
bajo el candor de la luna,
como ella, pálida y blanca.
En las tardes invernales,
cuando el ábrego soplaba
sus crudos rigores, frío
como una caricia helada,
la pastora soñadora
junto á la fuente soñaba.
Y en las noches del estío,
serenas y perfumadas,
á la luz de las estrellas
misteriosas y doradas,
del príncipe amante y noble
la aparición invocaba.
Nunca desmayó su fe
en los cuentos de las hadas.
Y al espejo de la fuente
sus ansias ella asomaba.
Y en sus deseos veía,
como una esperanza mágica,
la imagen de sus amores
en sus aguas reflejada.
La imaginación volando
de su ilusión en las alas
le hacía ver en el claro
de la límpida fontana
la figura señorial
con regio manto escarlata
del príncipe que con tanto
fervor, amante, aguardaba.
Su tierno corazoncito
con la visión se cegaba,
y en su arrobador deliquio
creía oir sus palabras
plenas de un amor intenso
que, galante, la embriagaba:..

. . . . . .

Y así pasaron las horas,
y así volaron los días...
Una noche en que la humilde
soñadora pastorcilla
á la fontana asomaba
su pasión entristecida,
tan de cerca notó al príncipe
de sus ansias, de sus cuitas,
en el fondo de la fuente,
que, amorosa y encendida,
como loca mariposa
que junto á la luz se agita
y en el fuego halla su muerte,
por el calor consumida,
así la pastora humilde,
de amor las alas prendidas,
inclinóse á la fontana,
de pasión desvanecida,
para rozar con sus labios
los de la imagen querida,
y su cuerpecito tierno
unos instantes vacila
entre la muerte acechante
y el ensueño de su vida...
El encanto pudo más...
¡Y se ahogó la pastorcilla!

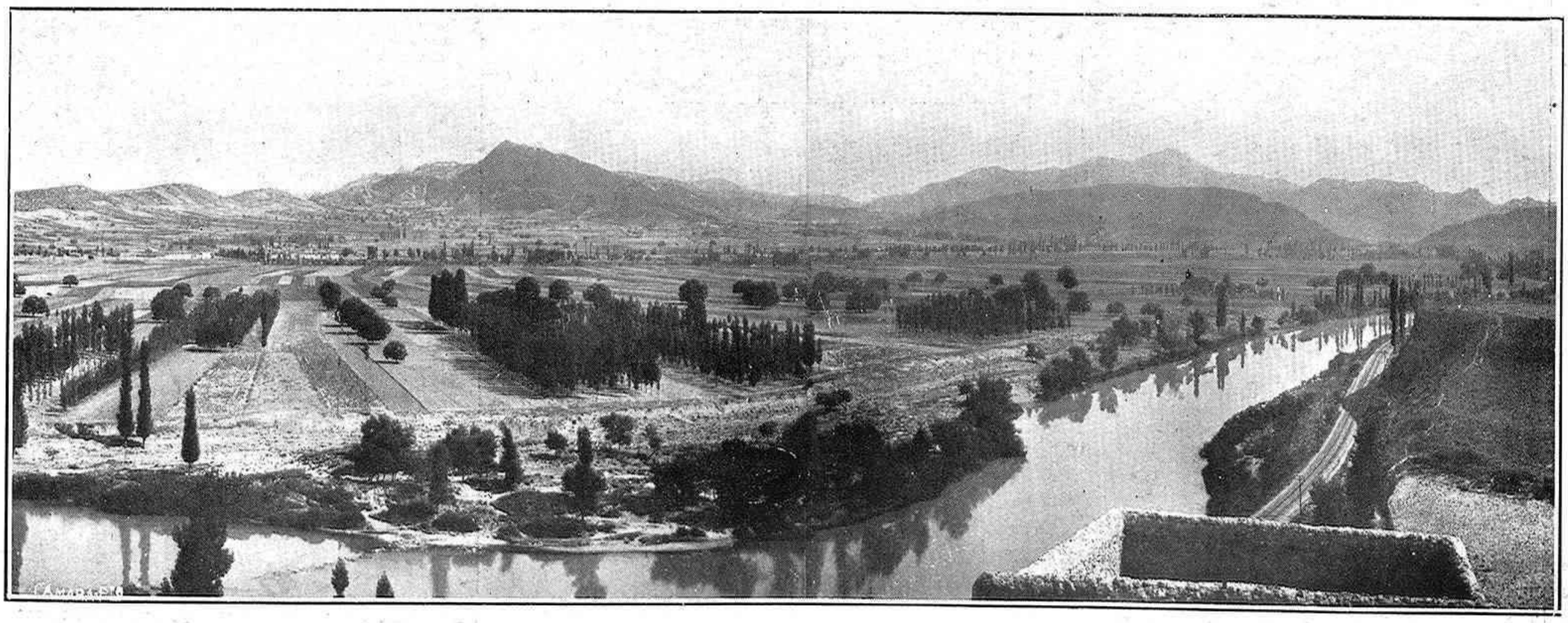
. . . . . .

Cuenta la vieja leyenda
que desde la infortunada
noche en que halló la pastora
muerte triste en la fontana,
en el escondido valle
de las flores perfumadas
ronda el espíritu amante
de la niña enamorada,
como si tras de la vida,
persistente en su esperanza,
esperase al rubio príncipe
del regio manto escarlata,
ciega de fe, tras la muerte,
en los cuentos de las hadas.

GUILLERMO RITTWAGEN

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

PANORAMAS ESPAÑOLES



Pintoresca vista tomada desde Ircio (Burgos), y desde donde se divisan los pueblos de Zambrana, Santa Cruz Ocio, Concha de Haro y Berganzo, de la provincia de Alava

FOT. ESPIGA

(c) Ministerio de Cultura 2006

CARACAS SENTIMENTAL

ELOGIO DEL "CHAGUARAMO"

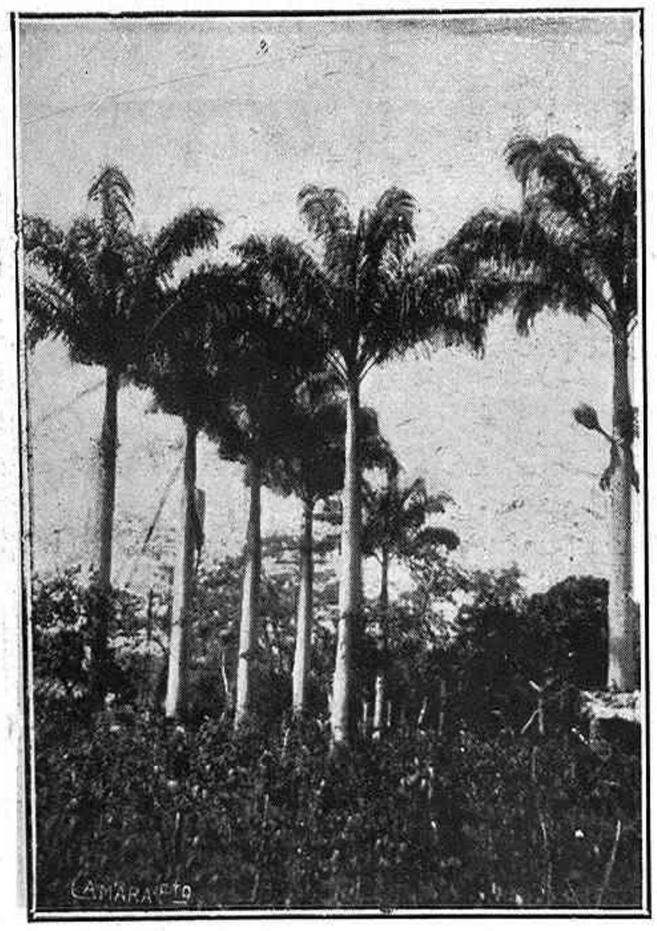
Emoción intensísima y flageladora la de las costas de América, vistas por primera vez desde el barco!... Oprimido el corazón por mil divinas angustias literarias, ante el continente que atraía á los buscadores de Eldorado y la Fuente de la eterna juventud—continente dorado como una brasa y sonoro de rumores alucinantes como una caracola dentro de la cual morase la gran enloquecedora, la Esperanza—, lo divisamos una mañana de Julio.

Aquel grupo de casas rojizas, al pie de un hosco monte; aquella playa con su bosque contorsionado de cocoteros oblícuos, sutiles y altos, cuyas copas, amadas copas de abanico, copetes de pluma, parecían erizarse bajo el sol, eran América...

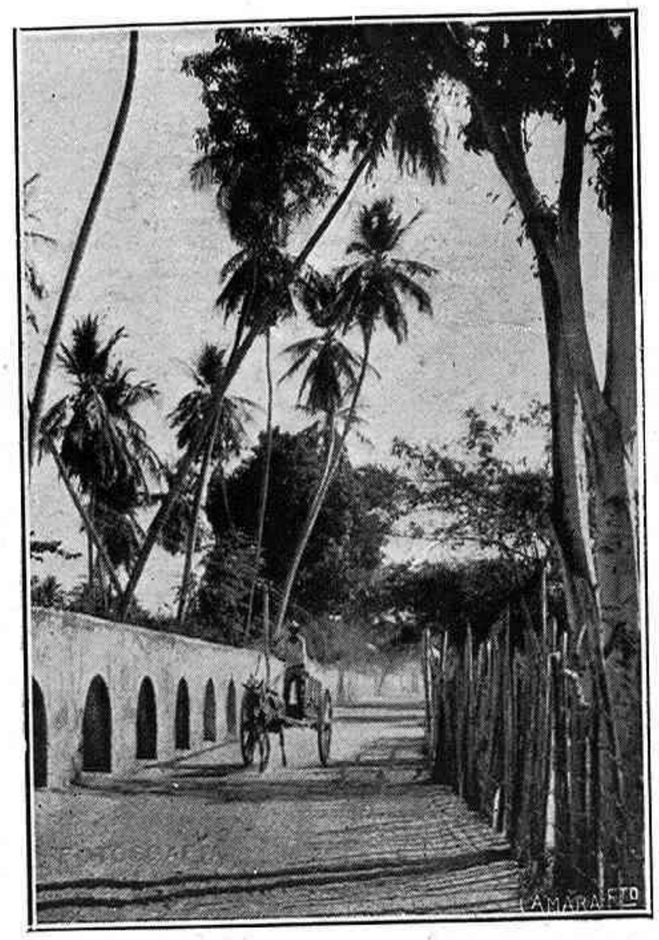
¡América! Palabra que destilaba enervante dulzura de mosto en nuestra imaginación á lo largo de las tardes remolonas del colegio, cuando con prematura gravedad de peregrinos pasábamos el índice sobre el globo terráqueo, linda bola polícroma, mágica gruta de cartón donde nos susurraban su canturia irresistible de duendecillo las cinco partes del Mundo... América, la de nuestros quince años, locos ya de novelas y de novelerías; América, la de Verne y Salgari; la de *La Africana*, con música zarzuelera, y la del emigrante, con ritmo trágico; América, la de los ríos inmensos y las noches agotadoramente inefables y los bosques vírgenes acribillados de mil aves maravillosas... América la remota, imán de los transatlánticos formidables y faro de ambiciones redentoras; cuna resplandeciente y fosa inmensa; sol donde la aventura viene clavando millones de saetas anhelantes; América, la muy moza todavía, que dió al mar docilidades concretas de camino, y al hombre una luminosa aula en la que urde y rectifica, en la que aprende á elevarse con energías de condor, y á hundirse, también, con desesperaciones de gusano; América, la que resplandece, conquistada en las tizonas de Cortés y Pizarro, y la que deslumbra, conquistadora, en las estrofas de Rubén y de Amado; América, la que grita joven sobre el estertor de la Europa cansada, y, por encima de las humaredas, de las Babeles, de los derrumbamientos y de las mixtificaciones, blande como una enseña y un ejemplo su fortaleza casi virginal...

□□□

Aquel cocal de la playa de Maiquetía ó de La Guaira, que admiramos trémulos, persiste en nuestra retina de madrileños como un testimonio esencialmente americano. Si el pino es el Norte y la palmera el Sur; si en un árbol representamos un concepto restringido, pero plásticamente literario, que responde á nuestras fantasías de ensimismados, el cocotero es, sin duda, la concreción local más expresiva de la América



Cocoteros de Maiquetía



Paisaje de Caracas

entrevista perezosamente desde una *terrasse* del Barrio Latino, ó desde una cervecería de la calle de Alcalá.

Sugestionados con exceso por el inevitable *part pris,* una vez en la linda capital de Venezuela, nos afligió no hallar nada «americanamente sensacional»... ¡Chasco espantoso, amigos! Casas más ó menos elevadas; árboles más ó menos corpulentos; carreteras, abismos, riachuelos, asfalto, nubes, moscas, malos poetas, como aquí, como en Europa, como en cualquier portfolio de papel muy satinadito... Ni en la plaza mayor de Caracas—la plaza Bolívar—trazan su estridente espiral verde los loros, ni por las inmediaciones del Guaira—un Manzanares criollo al que Dumas echaría otro vaso de agua—se hincha la tierra con el pardo estremecimiento de los caimanes, que tuvimos que ir á buscar lejos, muy lejos en la misma Venezuela...

Nuestra decepción, francamente, fué grande. ¿Dónde, pues, estaba la América de las novelas y novelerías incitantes de antaño? En un jardín deliciosamente, casi natural, «El Calvario», vimos unas tortugas polvorientas, como aplastadas por la sabiduría verdosa de los tomos de Félix Alcán. En casa de un hebreo, amigo nuestro, descubrimos un «turpial», cantor maravilloso..., enjaulado. Y por la carretera de Maracay, cierta tarde, entre los hermosos é incomparables valles de Aragua, brotó delante de nuestro automóvil una cosa menuda, un roedor despreciable, un cuadrúpedo desprestigiado de la América pomposa: brotó ¡un conejo! Lo mismo que á medio kilómetro de la calle de Sevilla. ¿No era para tomarse una pastilla de sublimado?

□□□

Aventemos la pesadilla... Ahora recordamos que á las puertas mismas de Caracas crece un árbol «bien» americano, de veras hermoso, pujante, evocador, tal cual lo habíamos soñado desde las modestas hondonadillas de la Moncloa... Ahora recordamos que á la entrada de uno de los varios puentes de la ciudad—el Puente de Hierro—hay hasta diez ó doce esbeltísimos *chaguaramos*...

Ceda, ceda la inofensiva burleta sin hiel ni malignidad el paso al fervor irreprimido y venturoso. Cantemos en serio, muy emocionadamente, la belleza de este árbol, rey en una comarca donde existen los más variados y más seductores árboles del mundo, y donde las flores, infinitamente insospechadas, multiplican sus hervorosas inundaciones de fragancia.

El *chaguaramo*—¿para qué terribles definiciones científicas?—es, sencillamente, una palmera, la llamada palma real. Eso sí, alta, muy alta y muy recta. No tiene complicación alguna: un tronco liso, como torneado, de color gris, y las ramas péndulas, verdes, arriba. Pero ¡qué arrogancia! ¡Cuán elegante distinción la suya!... Salvo el nombre indígena, que es una catástrofe fonética, todo lo demás suspende y embelesa. La Naturaleza le ha hecho el regio regalo de la sencillez, dotándole de esa hermosura rara que en muchas cosas parece artificial.

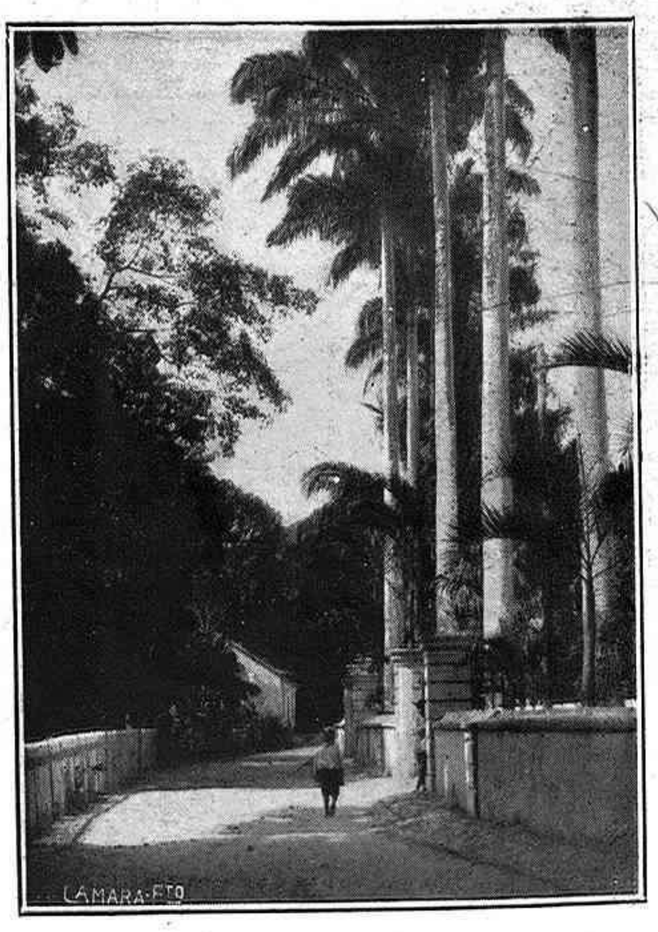
En efecto; el *chaguaramo* da la impresión de algo, majestuosamente simple, creado por el hombre. Por su silueta, pertenece al patio, á la mundanidad; por sus proporciones, lo reclama el valle, la Naturaleza. Es el árbol de la serenidad, del hieratismo, de la dignidad. Su tronco sube, libre de indecisiones y voluptuosidades, como una rectitud, hacia el asilo reverberante de las constelaciones y de los celajes; pero, bruscamente, se detiene, rectificando, y extiende las ramas, y las abre, y las deja colgar, en un gesto de repentina, desmayada y lírica renunciación... Y ahora viene lo curioso: cuando, erguido, le vemos claudicar; cuando, al término de su ascensión, toda la energía del tronco se disuelve y malogra en la lánguida estrella de sus ramas, entonces vemos que de ellas surge un vástago verde y finísimo, púa osada, ástil rebelde que prolonga el anheló de altura del tronco; y entonces advertimos cómo este árbol, sin par entre los restantes de la tierra, simboliza la acción y el ensueño, y cuán expresivamente asocia á la belleza de la perseverancia la hermosura del arrobamiento.

Metafóricamente, el *chaguaramo,* tan abundante en Venezuela, encierra un estoico y un enérgico, un desesperanzado y un creyente. Su vida es un asalto á lo azul, interrumpido por el delicioso incidente de la copa. Se parece á la palmera, y no es, como ella, todo sensualidad, blandura; se parece á algún otro árbol rígido, y carece de su austeridad taciturna.

El alma de América alienta en él, á modo de alegórica savia. Decorativamente, es el soberano. Lección, hermosura y gala, tiene un aristocratismo muy suyo, y un ímpetu muy del país feraz, donde brota con gentileza de surtidor.

Su brío y su final desmayo sí son del trópico. Ahora, al pie de estas acacias de Madrid, chiquitas, fragantes y modosas, como hijas de familia, evocamos la fuerte majeza de aquellos doce ó catorce *chaguaramos* del Puente de Hierro, que durante tantas noches íbamos á admirar unos cuantos españoles para sentir enguirnaldada y musicalizada muy dentro del pecho nuestra expatriación. La luna se enredaba entre los inolvidables árboles, que no dan fruto, y, enredadora y embaucadora, como de costumbre, semejaba un coco; un coco de brujería, áureo y enorme, que sólo podía cogerse, comerse y bendecirse allí, en aquella América, enorme y áurea también...

E. RAMÍRE ÁNGEL



Camino vecinal de Caracas

(c) Ministerio de Cultura 2006

LAS MODAS CAMBIAN

pero el

JABÓN HENO DE PRAVIA

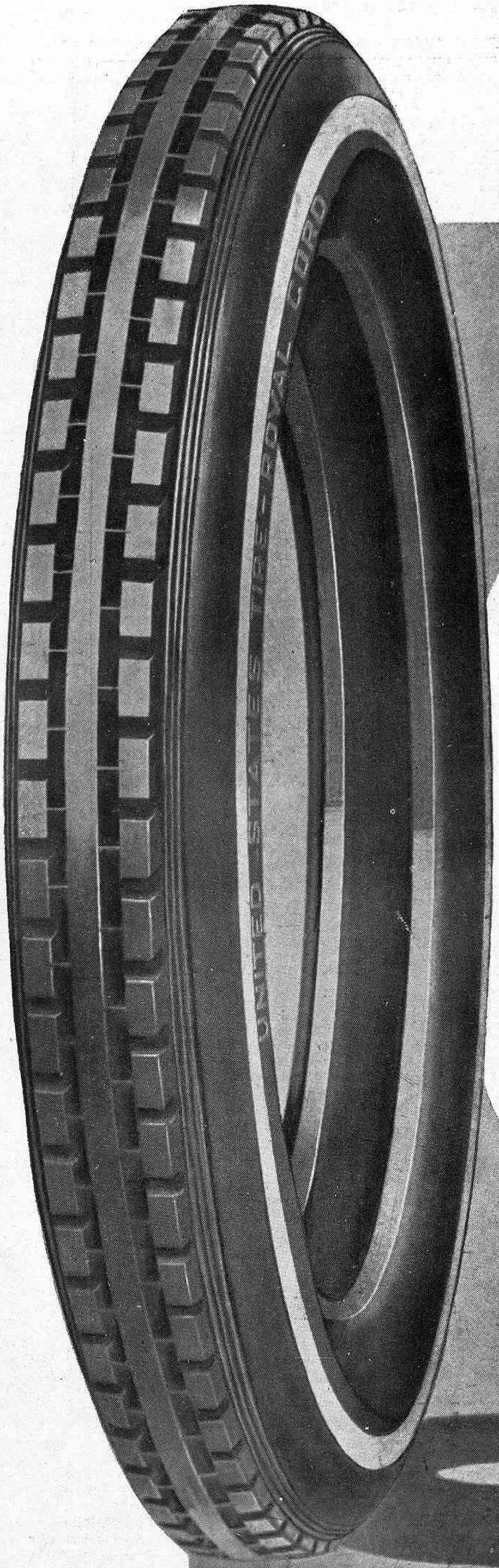
siempre es el mismo.
Por su esmerada elaboración y perfume delicioso se ha hecho el favorito de la gente "Chic"

Pastilla 1.50

en todos los bazares, perfumerías, farmacias y droguerías de España.

PERFUMERIA GAL . MADRID

(c) Ministerio de Cultura 2006



Fuerte, seguro,
flexible
es el neumático

Royal Cord

Su resultado
lo acredita

UNITED STATES RUBBER COMPANY
US
RUBBER SYSTEM
AND ASSOCIATED COMPANIES

United States Rubber Co. Ltd.

MADRID ⌔ BARCELONA ⌔ BILBAO ⌔ SEVILLA

(c) Ministerio de Cultura 2006

cuando vivía en Buenos Aires tuvo varios duelos por asuntos de hembras.

Miró Rojas á un lado y á otro, por si la niña andaba cerca y podía oirle. Luego sonrió con la vanidad que sienten los hombres entrados en años al recordar las audacias y desafueros de su juventud, y dijo con una falsa modestia:

—¡Bah! ¡Quién se acuerda de eso! Muchachadas, ché; cosas que se usaban entonces.

Creyó necesario Moreno hacer una larga pausa, y añadió:

—El ingeniero Canterac y el contratista Pirovani se batirán mañana en duelo... Pero el duelo es á muerte.

Don Carlos mostró sinceramente su extrañeza.

—¿Pero aún están de moda esas cosas?... ¡Y aquí! ¡En pleno desierto!

Moreno hizo gestos afirmativos y quedó silencioso. Calló también el estanciero, mirándole interrogativamente. ¿Y qué tenía que ver él con todo esto?... ¿Acaso había hecho el viaje por el simple placer de darle tal noticia?...

—Canterac—dijo el oficinista—tiene por padrinos al marqués de Torrebianca y al gringo Watson. Como los dos son ingenieros, no pueden negar un servicio tan importante á un camarada.

A Rojas le pareció esto muy natural. Pero, ¿qué podía importarle á él que los padrinos fuesen unos ó fuesen otros?

—Pirovani sólo cuenta conmigo—siguió diciendo Moreno—, y yo vengo á buscarle, don Carlos, para que me saque del apuro como hombre de armas y sea también padrino del italiano.

Protestó el estanciero con vehemencias.

—¡Déjese de macanas, ché!... ¿Por qué voy á mezclarme en esos entreveros de las gentes del campamento, cuando todos son amigos míos? Además, ya estoy viejo para meterme en tales cosas y no quiero hacer un papelón.

Insistió Moreno, y durante algunos minutos discutieron los dos hombres. Al fin don Carlos pareció ablandarse, seducido por el misterio que creía entrever en este duelo inesperado. Valiéndose de su condición de padrino, tal vez averiguaría cosas muy graciosas é interesantes.

—Bueno, ché; será como usted quiere. ¡Qué no me hará hacer este tinterillo!

Luego sonrió picarescamente, golpeando al oficinista en una pierna, al mismo tiempo que le preguntaba bajando la voz:

—¿Y por qué quieren matarse? ¿Cuestión de mujeres?... De seguro que anda por medio esa marquesa que á toditos los trae locos.

Tomó Moreno una actitud misteriosa, al mismo tiempo que se llevaba un dedo á los labios para imponerle silencio.

—Prudencia, don Carlos. Piense que el marqués tratará con nosotros como padrino, y por ser experto en esto de los duelos tal vez dirija el combate.

El estanciero empezó á reir, dando nuevos golpes en las piernas de su amigo. Fué tal su risa, que en ciertos momentos se llevó una mano á la garganta como si temiera ahogarse.

—Pero, ¡qué lindo, ché!... Y es el marido el que va á dirigir el desafío... Y los otros dos se pelean por su mujer... Pero ¡qué gringos tan sabrosos! Me gustará ver eso... ¡Cosa bárbara!

Luego añadió, serenándose:

—Sí que acepto el ser padrino. Eso vale más que una comedia en Buenos Aires ó una de esas historias del biógrafo que traen loca á mi niña.

A media tarde, luego de haber almorzado en la estancia de Rojas, volvió Moreno á la Presa y echó pie á tierra frente á la antigua casa de Pirovani.

Torrebianca se paseaba por la habitación que le servía de despacho. Iba vestido de luto, y su aspecto era aún más triste y desalentado que en los días anteriores. Al pasearse se detenía algunas veces junto á su mesa, donde estaba abierta una caja de pistolas. Había pasado una parte de la tarde limpiando estas armas ó contemplándolas pensativo, como si su vista evocase lejanos recuerdos. Cuando olvidaba las pistolas miraba una fotografía puesta sobre la misma mesa y que era de su madre. Esta contemplación humedecía sus ojos.

Moreno, después de saludarle, se apresuró á decir que ya había encontrado compañero y venía autorizado plenamente por él para la discusión de los preparativos del combate. El marqués aprobó con un saludo ceremonioso, y luego le fué mostrando sus pistolas.

—Las traje de Europa, y han servido varias veces en lances tan graves como el nuestro. Examínelas bien; no tenemos otras, y deben ser aceptadas por las dos partes.

El oficinista manifestó que tenía por inútil este examen, aceptando todo lo que hiciese el otro.

Siguió hablando el marqués con una dignidad caballeresca que impresionaba á Moreno.

«Este pobre señor—pensó—no conoce su verdadera situación. Y es un hombre bueno y pundonoroso: un caballero que ignora los actos de su mujer y el triste papel que va á representar.»

Mientras el argentino le miraba con simpática conmiseración, Torrebianca siguió hablando.

—Como ninguno de los dos quiere dar explicaciones, y las injurias son de indiscutible gravedad, el duelo lo concertaremos á muerte. ¿No opina usted así, señor?...

El oficinista, que se había puesto muy serio al darse cuenta de la importancia de esta conversación, aprobó silenciosamente con movimientos de cabeza.

—Mi representado—continuó el marqués—no se contenta con menos de tres tiros á veinte pasos, pudiendo apuntar durante cinco segundos.

Parpadeó Moreno para expresar el asombro que le producían tales condiciones, y quiso negarse á admitirlas; pero se acordó de una segunda conversación que había tenido con Pirovani aquella mañana, antes de ir á la estancia de Rojas.

Parecía transfigurado el italiano por un entusiasmo belicoso. Celebraba esta ocasión que le iba á

permitir mostrarse ante la «señora marquesa» en la misma actitud de un héroe de novela.

«Acepte todas las condiciones—había dicho á Moreno—por terribles que sean. Quiero hacer ver que, aunque empecé como un simple trabajador, soy más valiente y más caballero que ese capitán.»

Acabó el oficinista por mover otra vez su cabeza afirmativamente.

—Esta noche—continuó el marqués—nos reuniremos los cuatro padrinos en casa de Watson para fijar por escrito las condiciones, y mañana á primera hora será el encuentro.

Manifestó el representante de Pirovani que don Carlos Rojas no podría asistir á tal reunión, por haber ido á Fuerte Sarmiento en busca de un médico que presenciase el duelo; pero él suscribiría todos los documentos necesarios en nombre de su amigo. Y los dos padrinos dieron por terminada su entrevista.

Al salir Moreno de la casa vió al comisario de policía junto á la escalinata, como si estuviera esperándole. Don Roque se expresó con indignación.

—Ustedes se figuran que pueden hacer lo que quieran, como si en esta tierra no hubiese autoridad, ni ley, ni nada, y aún mandasen en ella los indios. Yo soy el comisario de policía, ¿sabe, ché?, y mi obligación es impedir que los demás hagan locuras. Dígame cuándo será eso del duelo... Necesito saberlo.

Moreno se resistió á hacer tal revelación. y el comisario, en vista de su rebeldía, fué dulcificando el tono de su voz.

—Dígamelo y no sea cachafaz. Piensen todos ustedes que no está bien que ocurran aquí tales cosas, hallándome yo presente. Dígame cuándo será eso..., para marcharme antes.

Le habló al oído el padrino, y él estrechó su mano agradeciendo la confidencia. Luego fué en busca de su caballo, que estaba cerca, y al poner el pie en el estribo, dijo en voz baja:

—Voy á pasar la noche en Fuerte Sarmiento, y no volveré hasta mañana por la tarde... Hagan lo que quieran. Yo lo ignoro todo.

XIV

Empezaban á retirarse los parroquianos más trasnochadores del boliche cuando llegó Robledo ante la casa ocupada por Elena.

Subió con pasos quedos la escalinata, llamando discretamente á la puerta después de unos instantes de vacilación. La puerta se abrió al poco rato, asomando á ella Sebastiana, sorprendida por este llamamiento cuando iba á acostarse.

Llevaba la dura cabellera dividida en numerosas trenzas, cada una con un lacito en la punta, y procuraba taparse con la enorme redondez de sus brazos una parte del pecho cobrizo, no menos exube-

(Continuará en el próximo número)

(c) Ministerio de Cultura 2006

LEED

Hombre de amor

Y

Un hombre extraño

Dos volúmenes de 350 páginas cada uno, que contienen la emocionante vida dolorosa de un galán afortunado, escrita por el amenísimo novelista

El Caballero Audaz

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

PEDIDOS:

Editorial "Mundo Latino".—Apartado 502, Madrid

TAPAS

para la encuadernación de

La Esfera

confeccionadas con gran lujo

Se han puesto á la venta las correspondientes al primer semestre de 1922

De venta en la Administración de **Prensa Gráfica (S. A.), Hermosilla, 57,** al precio de **7 ptas.** cada semestre

Para envíos á provincias añádanse 0,45 para franqueo y certificado

---

TE ENDVAR es una delicia al paladar

SE VENDEN

los clichés usados en esta Revista. Diríjanse á esta Administración, Hermosilla, 57

EDUARDO ZAMACOIS

el gran escritor y novelista, el autor de tantas bellísimas páginas, el admirable y admirado literato cuyas novelas son joyas de inestimable precio en nuestra literatura contemporánea, publicará el sábado 26 de Agosto, formando un lujoso volumen de ochenta páginas, con portada en color y numerosas ilustraciones, una deliciosa narración que el ilustre escritor ha hecho con destino, expresamente, á

LA NOVELA SEMANAL

donde se publicará como número extraordinario de esta popularísima publicación.

HORAS LOCAS

es el título de la magnífica novela en que Zamacois hace alarde, una vez más, de su estilo apasionado, de su extraordinaria amenidad, de todas las grandes cualidades que han hecho del gran escritor uno de los autores más constantemente mimados del público y de la crítica.

EDUARDO ZAMACOIS

el autor de tantas narraciones cortas, que pueden considerarse maestras, ha escrito para

LA NOVELA SEMANAL

una de sus creaciones más subyugantes, más bellas, más llenas de encanto y de interés.

HORAS LOCAS

ha sido ilustrada por el gran artista Rafael de Penagos, que ha hecho numerosos dibujos con el acierto y la elegancia que en él son peculiares.

La emocionante narración de Eduardo Zamacois se venderá al precio de

Cincuenta céntimos ejemplar

el sábado 26 de Agosto, como número extraordinario de

LA NOVELA SEMANAL

Pedidos á

PRENSA GRÁFICA

Hermosilla, 57.—Apartado 571

SEDLITZ CH. CHANTEAUD de PARIS

a base de Sulfato de Magnesia anhydro puro, Acido Tártrico, Bicarbonato de Sosa. — El mejor *Purgante, Laxante, Depurativo* contra: ESTREÑIMIENTO, JAQUECA, ESTADO BILIOSO, CONGESTIONES, VICIOS de la SANGRE

PREPARADO POR URIACH Cª, 49, Bruch. BARCELONA

Vogue español será la revista predilecta de las damas elegantes.

Vogue español será guía de caballeros elegantes.

Vogue español será espejo de *sportman* elegantes.

Vogue español se hallará en todos los círculos y casinos elegantes.

Vogue español será indispensable en todos los salones públicos y privados del mundo elegante.

Vogue español no podrá faltar en ningún sitio de reunión de gente *chic*.

Prensa Gráfica está organizando una hermosa serie de anuncios del más refinado buen gusto, propios de ***Vogue,*** para la publicidad de importantes casas de modas, sastrerías, zapaterías de lujo, perfumerías, peluquerías, manicura, etc., etc., que seguramente llamarán la atención de propios y extraños.

(c) Ministerio de Cultura 2006

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida

---

DEBE SU VICTORIA
al VALOR, á la DISCIPLINA y al
PICADILLO DE JAMON SIBERIA
Millones de latas consumidas por el valeroso ejército de operaciones en Marruecos han contribuido á la victoria. Excelente fiambre para excursiones, viajes, etc. Ventas al por mayor de 4 á 5 ptas. kg. en latas de 1/8, 1/4 y 1/2 kg.

LIBROS
DE
BARRIOBERO

Contra giro de cinco pesetas, certificados: **De Cánovas á Romanones** (estudios económicos). **Matapán** (relatos picarescos). **El hombre desciende del caballo** (novela).

22, Príncipe, 22
(ADMINISTRACIÓN)

Misterios de la Policía y del Crimen

Pídase á la Administración de esta Revista

BALNEARIO DE LIÉRGANES (Santander)

Estas aguas son el único tratamiento eficaz para los catarros de la **nariz, bronquios, pulmón** y en la predisposición á ellos, así como en los cólicos nefríticos y arenillas.

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO ABRÓTANO MACHO

Carmen, 10, ALCOHOLERA, Madrid

Rogamos á nuestros corresponsales, subscriptores, anunciantes y á todas aquellas personas que se dirijan á nosotros para asuntos administrativos, extiendan la dirección en el sobre en la siguiente forma:

Prensa Gráfica
Apartado 571
MADRID

El sol y el mar portátiles con la ayuda de un

Kodak

Quien quiera puede llevarse el mar a su casa al regresar del veraneo. Y la arenosa playa, los cientos de niños que en ella juegan.

Y la floresta umbría, y el plácido prado, y las personas conocidas; todo, en fin, cuanto revista algún interés puede llevarse a casa. El veraneo entero cabe en un Kodak. El Kodak será el baúl mágico de las escenas vividas. Cuando la felicidad salta y se desliza entre los días de vacaciones, el Kodak es rápido para sorprenderla y vigoroso para sujetarla.

Y cuando un verdadero museo de recuerdos se agrupe en nuestra colección como factores de una felicidad lejana, ha de ser nuestro corolario obligado que vaciones sin Kodak son vacaciones perdidas.

No pierda usted sus proximas vacaciones.
Lleve a ellas un Kodak.

Téngase presente que el manejo de un Kodak se puede aprender en media hora. Hay Kodaks de todos los precios, comprendidos entre 59 y 795 pesetas.

Véanse los tres modelos siguientes:

Kodak Vest Pocket Autográfico, hace fotografías de 4 × 6 1/2 cm.

Kodak Junior Autográfico núm. 1, hace fotografías de 6 × 9 cm.

Kodak Autográfico núm. 1A, hace fotografías de 6 1/2 × 11 cm.

Brownies de cajón para niños, desde 21,50 a 63 ptas., hacen fotografías desde 4 × 6 1/2 a 8 × 10 1/2 cm.

Pida Vd. Catálogo ilustrado en casa de cualquier revendedor de artículos fotográficos, o a

KODAK, S. A.

MADRID
PUERTA DEL SOL, 4
GRAN VÍA, 23

BARCELONA
FERNANDO, 3
PASEO DE GRACIA, 22

Vacaciones sin Kodak son vacaciones perdidas.

(c) Ministerio de Cultura 2006

IMPRENTA DE PRENSA GRÁFICA, HERMOSILLA, 57, MADRID

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS

(c) Ministerio de Cultura 2006